

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LÉON

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LÉON

SINUES



CUENTOS
DE COLO
DE CIELO

706567
435
08



1020027407



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas.	CG
Núm. Autor	B 618 cu
Núm. Adg.	33879
Procedencia	8
Precio	
Fecha	
Clasificó	CG
Catalogó	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUENTOS

DE

COLOR DE CIELO

POR

María del Pilar Sinués de Marco.

190506

EL AMOR DE LOS AMORES.
CRUZ DE PAJA Y CRUZ DE PLOMO.—MARTIRIO SIN
GLORIA.—EL CÁNCER DEL SIGLO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

GUADALAJARA
IMPRESA DE DIONISIO RODRIGUEZ
CALLE DE SANTO DOMINGO NUM. 15.

1872

33879



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DEDICATORIA.

A LA SEÑORA DOÑA ISABEL ESCANDON DE MARASSI.

Al pensar en escribir este libro para las jóvenes esposas, para las madres buenas y tiernas, pensé también en tí, para dedicártelo, mi querida amiga, porque tú eres el modelo de las mujeres buenas, piadosas y modestas.

Ni tú ni ninguna de las que se te asemejan, hallareis lecciones en él, porque no las necesita quien tan perfectamente comprende y cumple sus deberes; y además, porque no son preceptos, sino narraciones, lo que he escrito en sus páginas.

Son historias de esas que se desenvuelven y se desenlazan en el seno de la familia, ignoradas de todos, sencillas y casi vulgares; pero que cada una encierra un saludable ejemplo y algunas verdades cristianas.

Por eso las he titulado CUENTOS DE COLOR DE CIELO: tú, cuyos ojos tanto miran al cielo desde que tu esposo surca los mares: tú que repartes tu vida entre la religión, el recuerdo del ausente y el cuidado de tus hijos: tú que rezas con el corazón en los labios y las lágrimas en los ojos, hallarás sin duda á estos cuentos el color que yo he querido darte: sirvante de solaz algunas horas en la soledad de tu hogar tranquilo: lee los sentada entre las camitas de tus hijos, junto al velador que sostiene tu bordado, á la luz de la modesta lámpara que alumbra tus veladas domésticas: con ese objeto escribo mis libros, y así deseo que leas este que te ofrece, como una prueba de cariño, tu amiga.

MARIA.

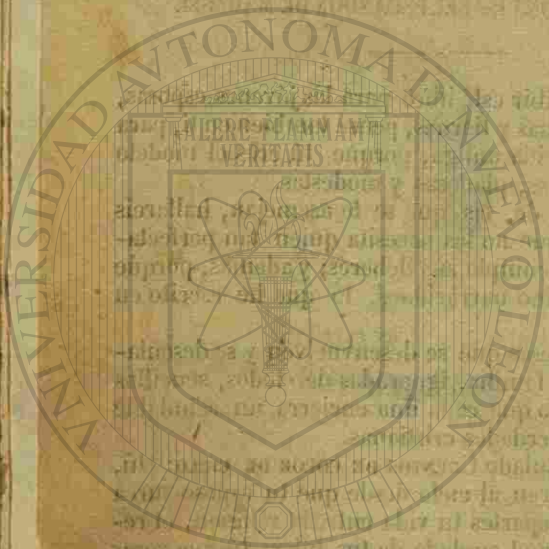
Madrid, Enero de 1866.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTE REY, MEXICO

863
S



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL AMOR DE LOS AMORES.

El ser buena es una ganga:
Para ser feliz ser buena.
(EGUILAZ: *La Cruz del Matrimonio.*)

1

—!Tío, es preciso que me vaya; exclamó un jóven y gallardo oficial de caballería, continuando sin duda una acalorada discusion, y hablando con un señor de edad avanzada, cuya blanca cabellera y venerable fisonomía inspiraban respeto y cariño.

—Está bien, repuso el anciano: véte, ya que te empeñas en dejarnos cuando aun faltan quince dias para cumplir tu licencia..... vete..... parece mentira..... ¡un casado de mes y medio!..... pero ten entendido que si pudiera evitarlo, no te llevarias á tu mujer..... ¡no señor! ¡ella permanecería conmigo! ¡quedarme solo cuando he criado á Elodia y me he acostumbrado á su compañía!..... Si tú cedieras en lo que es justo, yo cedería tambien y te la dejaria..... á lo menos, por algun tiempo..... ¡pero esto es una injusticia!

Al terminar estas palabras, la voz del anciano temblaba de emocion, y sus ojos se arasaron de lágrimas.

Pocas personas hay que puedan ver con serenidad el llanto en las pupilas de un anciano: esta manifestacion de dolor, natural en la infancia, frecuente en la juventud, es

extraña en la edad madura, y en la ancianidad demuestra una pena profunda y desgarradora.

Y por otra parte ¡es tan duro hacer sufrir á una persona cuyos blancos cabellos atestiguan una larga y dolorosa carrera!

Sin embargo, la fisonomía del jóven oficial demostró mas alegría que dolor al oír decir al que había llamado tío, que su esposa, en vez de partir, no se separaría del anciano.

—Querido tío, repuso, jamas he pensado en privar á vd. de la compañía de Elodia, á quien ama como á una hija: que se quede con vd. y yo vendré á verles siempre que me sea posible dejar mi regimiento por algunos dias.

—Y ella querrá separarse de tí! observó el anciano.

—Creo que lo hará, aunque con sentimiento, por no dejar á usted.

—Pues yo pienso lo contrario, y creo que tengo mas razon! Casada de mes y medio, ¿quieres que te deje ya? Tendría que ver! ¡Y podrias esperar gran cosa de una mujer que hiciera eso! ¡No señor! Yo la conozco y nunca he esperado que, al marchar tú, se quedase ella; pero, á lo menos, contaba tener quince dias mas de dicha viéndolos á los dos!

—Elodia se quedará, querido tío, repuso el oficial: ¿para qué ha de dejar esta hermosa quinta? yo le escribiré todos los dias.

—Y yo te digo que no se quedará, y hará bien.

—Por allí viene, dijo el jóven señalando á su derecha, á un sendero entoldado de verdor que iba á concluir á la glorieta en que se encontraban tío y sobrino.

La escena precedente y la que va á seguir tenían lugar en un hermoso jardín de una quinta situada en el fondo de nuestras risueñas provincias vascongadas.

Don Anselmo López, militar encañecido en el servicio, la había comprado, al retirarse de coronel, con sus modestos ahorros y lo que había heredado de su esposa, que había muerto hacía diez años sin dejarle ningún hijo.

Don Anselmo había tenido un hermano, bueno y honrado como él, que había llegado á ser un célebre abogado: habiendo muerto del cólera él y su esposa, Don Anselmo se encargó de la niña Elodia, que acababa de cumplir cuatro años y la educó con tanto amor como si hubiera sido suya.

Educabase ésta en el convento de las Salesas Reales de Madrid, en tanto que su tío siguió en el servicio; pero al retirarse á la casa de campo que compró en las provincias, y muerta ya su esposa—cuya pérdida lloraba aun todos los dias,—su primer cuidado fué sacar del convento á Elodia, que ya contaba diez y seis años, y llevarla á su lado.

La niña era hermosa como el amor; y reunia á su belleza un carácter verdaderamente angelical y una buena educacion: esto, con la fortuna que su tío podía dejarle, y que ascendía á unos treinta mil duros, la constituía en un partido no despreciable.

Conocia desde muy temprano los tiernos cuidados que debía á su tío, y en el fondo de su alma le profesaba un amoroso culto: para agradecerle su cariño, se aplicaba mas que ninguna de sus compañeras en sus lecciones, y en sus cartas se pintaba la mas viva gratitud.

Qué contenta fué Elodia á acompañar la soledad del anciano! Encargóse desde luego del gobierno de la casa, y dotada de un juicio superior, arregló su tiempo de modo que le bastase para atender á los quehaceres domésticos y al cultivo de las habilidades que su tío deseaba que aprendiese.

Sin embargo, Elodia no era ni un génio musical, ni una artista eminente en la pintura; tenía talento y buen gusto, nada mas; pero estas dos cualidades, unidas á una gran perseverancia y á una afición decidida al trabajo, bastaban para que cantase con sentimiento, se acompañase bien y sacase de su caballete paisajes muy lindos, y de su garganta melodías muy agradables.

La figura de Elodia era verdaderamente encantadora, no

por la extrema perfeccion de sus facciones, sino por la gracia suave y casta de que se hallaban revestidas: sus ojos garzos tenían la mas bella y dulce mirada: su boca sonreía de continuo con una expresion acariciadora: es verdad que Elodia era una de esas niñas, criadas entre halagos y ternura, y que jamás han conocido la violencia y los castigos: esto, que vuelve voluntariosos los caracteres de algunos niños, contribuye á dar á los de otros una suave é inalterable dulzura y á conservarles sus creencias y sus mas bellas ilusiones.

La jóven habia sido amada en su pension y lo fué mucho mas en casa de su buen tio. Don Anselmo la adoraba: se tenía por el mas dichoso de los hombres cuando Elodia quería salir apoyada en su brazo y cuando le cantaba una de sus canciones favoritas.

Tenia el anciano uno de esos caracteres generosos, leales y varoniles que no saben fingir ni adular, pero que, en medio de su rudeza, encierran una nobleza admirable.

La quinta, ó caserío, se hallaba rodeada de otras mas pequeñas, cuyos habitantes debian á D. Anselmo repetidos favores: así cuando salia con su sobrina por las tardes les acompañaba un concierto de bendiciones.

Cerca de la quinta y como un gigante orgulloso, se elevaba un vetusto castillo, restaurado segun el uso moderno, pero que aun conservaba su antiguo y soberbio aspecto.

Aquel castillo se hallaba engalanado con vidrios de colores, y al mismo tiempo ostentaba en su pavimento preciosos marmolillos que componian graciosos dibujos: cada ventana, al abrirse, dejaba ondear riquísimos tapices de seda, de remota antigüedad, y hasta mostraba algunas veces las magníficas alfombras de terciopelo que cubrian el piso.

Habitábanlo dos mujeres: la Srta. Yolanda Medina y su jóven hermana Rosalía, que contaba veinte años menos que aquella.

La misma notable diferencia que habia en su edad, habia tambien en la parte física y en la moral de las dos hermanas: eran hijas de dos madres, y de la de Rosalía habia nacido tambien Julian Medina, quien, dotado, como sus hermanas, de muchos pergaminos, pero de una fortuna muy modesta, habia seguido la carrera de las armas.

Julian, durante una licencia, habia ido á ver á sus hermanas: conoció á Elodia, se enamoró de ella, se lo dijo y tardó poco en verse correspondido.

A la verdad, esto era lo mas natural. Elodia tenia diez y siete años: Julian veinticinco: poseía una gallarda figura, una conversacion ligera y alegre, modales finos y desembarazados: le hablaba el dulce lenguaje del amor, y aquella alma virgen se abrió á las gratas sensaciones de la primera pasion como una rosa abre su cáliz para recibir el rocío de la aurora.

Julian, á pesar de no ser rico, no era del todo pobre: él y su hermana Rosalía tenían una pequeña fortuna que podia sumar unos ocho mil duros para cada uno.

La opulenta era Yolanda, pues ademas de que su madre era muy rica y ella la habia heredado, dos hermanos de aquella la habian dejado tambien dueña de su fortuna.

Julian y Rosalía tenían lo que les habia sido legado por su padre y habia este retenido para ellos á costa de su trabajo y privaciones, dejando á su muerte á sus dos hijos menores bajo la tutela de su hija mayor.

La prudente Yolanda habia dado á aquel dinero una colocacion segura para que rēdituase lo necesario á la carrera de su hermano y no sacar ella un maravedí de su propio peculo.

En efecto, el capital habia quedado intacto, y la renta era lo que se habia invertido en los gastos de la carrera militar, que no es de las mas costosas, y que Julian terminó brevemente y con brillantez: cuando fué destinado á un regimiento, su hermana le puso al corriente

de sus asuntos y le hizo entrega del capital que estaba intacto.

—¿Por qué no dejas ese dinero donde estaba? le preguntó Julian: ¿y para qué lo quiero?

—Yo tampoco quiero mas cuidados de esta especie, repuso ásperamente Yolanda: ahora haz tu de él lo que se te antoje, y si vuelves á ponerlo donde estaba, que sea bajo tu responsabilidad.

—¡Vaya un carácter que tienes! exclamó el novel oficial: á no ser por Rosalía, no habia quien pudiera vivir en esta casa!

—Yo me alegraré de que vengas á ella lo ménos posible, dijo la solterona, que era, en efecto, hiriente como un cardo: vé á tu regimiento y diviértete dejándonos aquí tranquilas: de tu dinero haz lo que te parezca; pero te aconsejo que no lo tengas en tu poder porque lo gastarás.

Julian siguió este consejo: volvió á colocar el dinero donde habia estado hasta entónces, y se unió á su regimiento, en el que se distinguió por varios rasgos de valor.

Algunos años mas tarde volvió al castillo paterno con una licencia de tres meses: le llevaba su deseo de ver á Rosalía y tambien su valle natal.

Elodia hacia un año que se hallaba con su tío, y ya por razones de vecindad, ya por efecto de una simpatía profunda, era amiga íntima de Rosalía.

II

Julian era un atolondrado, con bastante buen corazon, pero tambien con bastante poco talento.

Cometia desaciertos, no por gusto ó porque á ellos le inclinase la violencia de sus pasiones, sino por imitacion; por no ser ménos que sus compañeros de milicia, y tambien para distraer el fastidio que sentia muchas veces, pues no era hombre de muchos recursos en sí mismo.

Habia salido bien de sus exámenes, en tanto que estuvo en el colegio militar; mas, para esto, solo habia estudiado lo estrictamente necesario: ningun arte de adorno habia merecido su atencion: no sentia afición hácia el dibujo; la música era para él un ruido incómodo; y jamas se le ocurrió hacer versos, aunque fueran muy malos, como lo son generalmente todos los que se hacen en la primera juventud.

En cambio, era gran comedor y gustaba de la caza y del juego; inclinaciones vulgares y las mas propias para arruinar una fortuna.

Elodia le enamoró, tal vez porque ofrecia con él el mas completo contraste: era la jóven dulce, suave, elegante, casta y bella, como la creacion del sueño de un poeta: su graciosa hermosura atraía mas bien que deslumbraba; su traje sencillo, casi siempre blanco, descubria una gallarda estatura y un talle encantador.

Julian la amó verdaderamente, y su pasion tenia el carácter de una violencia dolorosa, pues sospechaba que el prudente Don Anselmo debia negarle á su sobrina por el mero hecho de pertenecer á la carrera militar.

Mas para el viejo retirado, era éste el mayor de los meritos: y ademas, Julian tenia un agradable barniz que disimulaba los defectos de su educacion, algun tanto soldadesca, y de su carácter fuerte y á veces grosero y voluntarioso.

Engañó á Elodia, que le miraba bajo el prisma de su amor, y engañó tambien á su tío, que, en su confiada lealtad, confesaba á cada instante que no era el marido que preferia para su *niña*, un atildado mozalvete.

Sin terminar su licencia, Julian, que ya tenia la efectividad de capitán, la pidió para casarse, y se desposó con Elodia, que se creyó la mas dichosa de las mugeres.

No obstante, las bruscas maneras de su marido empezaban á chocarle dolorosamente: todo su amor no podia impedir que la venda cayese de sus ojos alguna vez: el capitán, acostumbrado á mandar soldados de caballería, ol-

vidaba frecuentemente su dulce y culta apariencia, y la careta caía de su semblante cuando menos se lo figuraba.

Elodia veía todo esto con secreto terror; pero amaba á Julian con esa adhesión, con ese apego profundo, que son los distintivos del primer amor de una jóven inocente, bien educada, modesta y llena de ilusiones.

Julian se cansó muy pronto, no solo de aquella apacible y sosegada vida, sino tambien del amor de su muger y de las delicadas manifestaciones que aquel amor tenia: nunca habia sido muy sensible; pero la vida de cuartel y de campamento, le habian vuelto mas material de lo que era en sus primeros años: amaba, como ya lo hemos indicado, el juego y las orgías; gustaba de la sociedad de esas muchachas alegres, cuya educacion abandonada las aparta de todo círculo en que reine el decoro; en una palabra, delante de su mujer se hallaba cortado y confuso, y no sabia seguir con ella una conversacion de diez palabras.

Es probado, que el que no gusta de la música, de la lectura y de las bellezas de la naturaleza, está perdido en el campo y se aburre de muerte: esto es lo que sucedia al capitán Medina, y por esta razon se decidió á volver á incorporarse á su regimiento, como el lector ha visto, en la conversacion que tenia con su tío; ó mas bien, con el tío de su esposa.

Un solo temor le acosaba; el de que su mujer quisiera acompañarle: ¿qué iba él á hacer de aquella niña bella, inocente y delicada, que jamas habia escuchado una broma grosera, y que desde los brazos de las madres Salesas, habia pasado á la apacible y solitaria quinta de su tío?

Esta idea aterraba al capitán; y no es esto decir que él fuese un hombre depravado: Julian, ya lo hemos dicho, tenia buen corazón, pero tenia tambien muchos defectos y un talento muy escaso: una madre hubiera ilustrado su entendimiento y formado su corazón con lecturas útiles y agradables; un padre le hubiera corregido de su impetuosidad natural; pero ¡hay! Julian habia perdido, desde muy

niño, aquellos tiernos preceptores, y se habia educado solo, ó por mejor decir, habia crecido á su gusto, como la yerba de los campos.

Sin embargo, su comprension era viva y fácil, y, como todos los calaveras, poseía muy buenos sentimientos y un valor casi temerario.

El anciano D. Anselmo, hombre de recto juicio, de claro talento, y de mucho mundo, hacia á su pesar, algunas comparaciones entre su sobrino Julian y el hijo de uno de sus amigos, de quien era padrino, y que estaba próximo á terminar su carrera en Madrid.

Aquel jóven vivia con su madre, viuda de un consejero, y era difícil hallar otro dotado de una figura mas bella ni de mayor distincion.

Calixto, que este era su nombre, pasaba entre sus amigos por un modelo de elegancia y de buen tono, que todos procuraban imitar: nadie era mas obsequioso en un convite en que hubiera señoras: nadie sabia llevar con tanta soltura el frac y la corbata blanca: nadie montaba á caballo con tanta gallardía: nadie dibujaba con mas gracia: nadie decia con mas talento lisonjas y palabras dulces: era, en fin, un jóven de buena sociedad en toda la latitud de esta palabra.

Su madre estaba orgullosa de él y con razon: pues su vida elegante no le privaba de ser el mejor de los hijos, ni de haber llegado al término de su carrera de leyes con extremada brillantez.

Tal era Calixto Moncada que escribia á su padrino con frecuencia cartas muy tiernas, que hacian llorar de placer y de alegría al viejo coronel.

Pero ya conocerémos mejor al elegante ahijado dentro de poco tiempo: ahora volvamos con el padrino y el capitán, quienes, al ver llegar á Elodia, suspendieron la disputa que venian sosteniendo desde hacia algun tiempo y que ya iba acalorando la sangre, un poco viva, del buen D. Anselmo.

Llegaba apenas Elodia á los diez y siete años: el mes y medio que llevaba de matrimonio, no habia podido aún alterar la limpia brillantez de sus ojos, ni la candida expresion de sus graciosas facciones.

Su traje era sencillo, modesto y mas bien el traje de una niña, que todaví vive en la casa paterna, que el de una señora casada: en aquella boda, no habia habido galas para la novia, porque ésta, niña modesta é ignorante de todas las cosas del mundo, tenia la costumbre de vestir solo la humilde guínga, el fresco percal, ó la vaporosa muselina.

Ni aun en el invierno habian dejado su quinta el tío y la sobrina: lo apacible del clima de Guipúzcoa y lo corta que es allí la estación mas fria, les habia decidido á quedarse en la hermosa casa rodeados de sus criados y arrendadores, y de su agradable vecindad.

En los caserios inmediatos, grandes como castillos campestres, vivian algunas familias acomodadas, que mantenian relaciones de buena y franca amistad con D. Anselmo y su sobrina.

Sin embargo, por una casualidad singular, en ninguna de aquellas familias habia ningun jóven que hubiera podido llamar la atención de Elodia: en todas aquellas risueñas quintas habitaban matrimonios de edad madura, con hijas crecidas, excepto en una que moraban dos hermanas ya entradas en años.

Elodia, tenia pues, muchas amigas, pero ningun adorador; y, preciso es confesarlo, su triunfo fué grande, cuando, á la llegada del capitán Medina, se fijó éste en ella con preferencia á todas las demas jóvenes de su edad.

Al entrar en la glorietta del jardin, donde se hallaban su tío y su marido, Elodia iba radiante de alegría: mas parecia una niña, que se duerme en el regazo materno, que

una esposa cargada ya con la inmensa responsabilidad del honor de una familia.

Llevaba un vestido de percal fino listado de mil rayas azules y blancas y hecho de cuerpo alto: un pequeño delantal de seda azul, guarnecido con un eucaje negro, anudaba sus flotantes cabos en el delicado talle de Elodia: un cuellecito de tela de hilo lisa, y unos puños iguales completaban, con unos botines de color claro, el traje de la jóven esposa.

Sus cabellos, de un castaño muy claro, estaban sujetos en apretadas trenzas, yendo las de las sienas á reunirse con la de detras de la cabeza.

Unos pequeños pendientes de brillantes, y un brazalete que formaba una cinta de oro liso, eran las únicas joyas que llevaba Elodia con su traje campestre.

—¡Ven, ven, Julian! exclamó al ver á su esposo, corriendo hacia él: ¡ven al salon! Ya he sacado aquel paso tan difícil de la opereta francesa que he recibido de Paris: verás qué música tan dulce, tan armoniosa! ¡oh! en el piano es encantadora!

Julian no se movió: Elodia le miró con cándido asombro, y exclamó con tristeza:

—¡Qué! ¿No vienes?

—¡Déjame de músicas y de sonatas! repuso el capitán bastante bruscamente, y oye lo que estamos hablando tu tío y yo.

—Si... ven á dar tu parecer, hija mia, dijo Don Anselmo: has de saber que tu marido se quiere ir de aquí.

—¡irse! tartamudeó Elodia atónita: ¿y adonde?

—¿Adónde ha de ser? contestó el capitán: á mi regimiento!

—¡Pero aun no se ha cumplido tu licencia!

—No importa, hago falta allí... y aunque no la hiciera: al terminar la licencia, siempre me habia de ir...

—Al terminar la licencia, veriamos lo que se hacia! observó el coronel: ahora se trata de que permanezcas algunos días mas.

—¡Imposible, tío! ¡imposible! Ya he dicho que no trato de llevarme á Elodia: ella se puede quedar con usted: eso es muy justo y no me opongo á ello.

—No, dijo la jóven con acento alterado: mucho quiero á mi tío, ó mas bien, á mi padre; pero, si te vas, te seguiré.

—¿Para qué? exclamó irritado el capitan separando sus ojos de los de Don Anselmo, que le miraba con la expresion de un triste triunfo: quédate aquí y yo vendré á verte.

—No, repitió Elodia: ¡iré contigo!

—¿Pero á qué?..... repuso Julian con visible contrariedad; ¿para qué has de venir?

—Porque ese es mi deber.

—Quién piensa en eso, cuando yo te digo que te quedas?

—Pienso yo: y con mi deber he cumplido siempre: mi tío, al casarme con militar, sabia que un dia ù otro habria de separarme de él.

—¿Y tendrás valor para dejarle?

—Sí, aunque me cueste mucho.

—Pues, hija mia, observó el anciano, yo no le tengo para dejarte.

—¿Lo oyes? exclamó triunfante el capitan.

—Si lo oigo, repuso Elodia: sin embargo, mi buen tío se hará cargo de la razon.

—Te hará quedar aquí, que es lo mas razonable.

—¡No hay tal! replicó con su gruesa voz Don Anselmo.

—¿Cómo! dijo Julian.

—La mujer debe seguir al marido, y la tuya te seguirá.

—¿Pero no dice usted?.....

—Digo—y digo la verdad—que no tengo valor para separarme de ella.

—Entonces.....

—Ella te seguirá; y yo os seguiré á los dos,

El capitan retrocedió estupefacto.

—¿Seguirnos! exclamó

—Sí, seguimos á Madrid: no tengo en el mundo mas que á mi niña, y la he de dejar yo! viviremos juntos, como aquí: ¡ya verás qué bien! En todas partes reside la felicidad, si se la sabe buscar.

—¡Ah, tío mío! dijo Elodia; ¡y va vd. á dejar su casa, sus comodidades, sus criados, que le aman como á un padre!

—¿Y qué remedio? Si á mi me aman como á un padre, á tí te aman como á una hija, y los tienes que dejar tambien.

Una viva contrariedad se habia pintado en el semblante de Julian al anunciar el anciano su decision; pero considerando que si Elodia se empeñaba en seguirle no habia medio de impedirselo, pensó tambien que, estando con su tío, le dejaria en una libertad mas completa que estando sola con él.

—Marcharemos los tres, dijo procurando serenar su semblante: de todos modos, Elodia no ha estado en Madrid, pues desde su pension vino á este desierto, y seguramente se alegrará de verle.

—Estando con vosotros, en todas partes me hallaré bien, respondió la jóven con angelical sonrisa: ¿cuándo partiremos?

—Dentro de dos dias, respondió el capitan: mañana harémos nuestras despedidas.

La jóven se retiró llena de gozo para hacer los preparativos del viaje: se trataba de ir á Madrid con su tío y con su esposo. ¡Iba á ver aquellos hermosos teatros, aquellos dilatados paseos de que tantos elogios habia visto en los periódicos que recibia Don Anselmo! ¿Qué felicidad!

Por la noche, y segun costumbre, fué con su tío y con Julian á casa de las hermanas de este, á fin de anunciarles su viaje.

Era la Srita. Yolanda—nombre pomposo que una madre romántica le habia puesto—una persona alta y ma-

gra, mas bien que delgada: su carácter, altivo por sí, se avenia perfectamente con su orgulloso nombre; digno de una castellana de la Edad Media; pero aquel carácter se habia agriado de un modo indecible é intolerable desde que se habia persuadido de que el celibato era inevitable para ella.

¡Cosa extraña y terrible! Yolanda no habia tenido ni un solo pretendiente en aquel bello y honrado pais de Guipúzcoa, en el que la ambicion impera poco, y en el que cada uno se contenta con lo que Dios le ha dado.

Algunas temporadas habia pasado Yolanda en Madrid; pero su fialdad era tal y de tal género, que solo algun jóven muy perdido habia tenido valor bastante para emprender su conquista.

Yolanda le habia rechazado con magestuosa indignacion: ella hubiera aceptado á un duque viejo y aun á algun marqués; pero un estudiante, escribiente, ¡eso jamás!

Volviase, pues, cada año á su vetusta casa, con mas irascible humor, con una dosis mayor de veneno de sangre.

Cada vez hacia sufrir peores modales á sus criados y mas severidad á su pobre hermana Rosalia, que se hallaba como la paloma entre las garras del milano.

Es imposible describir el odio y la envidia que aquella hermana de treinta y seis años, tan fea y tan antipática, tenia á su hermanita, de edad de diez y seis, dulce y bonita como un ángel.

La solterona se lo envidiaba todo: su edad, su belleza y hasta su buen corazon y su hermosa índole.

Elodia habia querido sacar muchas veces á la hermana de su marido de las garras de la feroz solterona; pero le habia sido de todo punto imposible, pues Yolanda necesitaba constantemente tener á alguno á quien atormentar, y nadie estaba sujeto á su poder como aquella desgraciada niña.

Rosalía, á no ser por la generosidad de Elodia, hubiera

ido hasta miserablemente vestida, pues la Srta. Yolanda era en extremo avara; ademas, creia que Rosalia, mal vestida, seria ménos encantadora que Rosalia, ataviada con la graciosa sencillez propia de su edad.

Elodia, que contaba casi la misma que Rosalia—pues solo a llevaba un año—buena, tierna y generosa, proveia á las necesidades de la hermana de su esposo, y le daba, ya un vestido, ya una linda pañoleta, ya un bonito sombrero: la mas cariñosa amistad unia á aquellas dos niñas, y el mismo Don Anselmo amaba paternalmente á Rosalia.

Tampoco aborrecia á la solterona aquel excelente anciano: compadecíala mas bien que la culpaba, y solia decir algunas veces:

—Mucho hay que dispensar á la desgracia de ser tan fea! Paciencia, ¡Rosalia, paciencia! Tú te casarás y te iras con un esposo que te hará feliz.

Rosalía no necesitaba que la exhortasen á la mansedumbre, pues era la misma dulzura; pero algunas veces lloraba por efecto de las injustas y duras reconvenções de su hermana.

El castillo de Medina, como pomposamente llamaba Yolanda á su casa, era hermoso y estaba amueblado con riqueza y, sobre todo, con gran comodidad: apenas iba nadie diariamente, mas que la familia de López, es decir, Don Anselmo con su sobrina; pero la Srta. Yolanda daba cada dos meses una espléndida comida, á la que concurrían todas las familias de las cercanias y aun muchas de la ciudad vecina.

Aquellas comidas eran en extremo suntuosas: vinos extranjeros, manjares de subido precio, platos exquisitos confeccionados en Francia, y traídos á todo coste, embriaban la dilatada mesa que se iluminaba con esplendor.

Los convidados comían todo lo posible: hacian despues la visita de estómago agradecido, y no volvian mas hasta nuevo convite.

Yolanda no deseaba sus cotidianas visitas, pues extremadamente egoísta, prefería á todo trato su propia comodidad.

IV

Serían como las ocho y media de la noche cuando entraron en el salón de la Srita. Yolanda, Don Anselmo, Elodia y Julian.

Hacia calor, pues corría el mes de Junio; mas á pesar de esto, Rosalía bordaba á la luz de una gran lámpara y Yolanda tejía una media tan fina como una tela de araña, recostada en un mullido diván de seda.

En un sillón cercano al balcón, se hallaba sentado el capellán, única compañía de las dos hermanas.

El salón era espacioso, cómodo y elegante: una suntuosa tela de seda, de fondo carmesí subido, vestía las paredes: el piso, de marmolillos, presentaba dibujos graciosos y nuevos: la sillería era igualmente de seda carmesí: delante de la cerrada chimenea, había una preciosa pantalla bordada por las lindas manos de Rosalía y que representaba el escudo de armas de la casa de Medinas sobre terciopelo azul.

Sobre la meseta de la chimenea, había un hermoso reloj de bronce, cuyo coste no bajaría de cuatro mil reales, y á cada lado se veía un candelabro, también de bronce, que armonizaba con él, cargado de bujías encendidas.

El velador, que sostenía la lámpara, á cuya luz bordaba Rosalía, se hallaba cubierto con un magnífico tapete.

Yolanda era alta, y sumamente seca: su tez, que había sido siempre morena, se había arrugado prematuramente: sus ojos eran saltones y casi blancos: no tenía ni cejas ni pestañas: ostentaba su frente una desmesurada anchura por lo despoblada que estaba de cabellos, y su nariz era tan roma y remangada que daba á su cara la expresión mas innoble y mas repulsiva.

Una enorme dentadura le impedía cerrar los labios: sus quijadas parecían cortantes como la hoja de un cuchillo: su talle, extremadamente largo, enjuto y sin formas, se asemejaba á un palo vestido; y eran tan flacas sus manos, que sus dedos parecían mas bien un manojó de correas.

Hallábase ridículamente vestida con un traje de tafetan verde y un gran cuello blanco que hacía resaltar el color amarillento de su cara.

Su escaso cabello, peinado, atusado con bandolina, pegado, por decirlo así, á sus sienes, era de un color que podía llamarse castaño ó negro, según á la luz que se mirase; pero tenía tantos pedazos sin pelo en la cabeza, que esta parecía sembrada de pesetas.

Rosalía llevaba un sencillísimo traje de muselina blanca, enteramente liso: una crucecita de oro, sujeta á un terciopelo negro, adornaba su linda garganta.

Sus hermosos cabellos rubios, prendidos en trenzas con una aguja de plata, adornaban su peregrina cabeza: sus cándidos ojos azules apenas se levantaban de la labor; pero cuando entraron su hermano, Elodia y D. Anselmo, brillaron de alegría.

—Buenas noches, querida mía, dijo la Srita. Yolanda levantándose y dando la mano á Elodia con la extrema frialdad que distinguía todos sus movimientos: buenas noches, Julian, bien llegado, D. Anselmo.

Dicho esto, se volvió á sentar y emprendió de nuevo su monótona tarea de tejer la calceta.

—¿Es posible que hagais labor con este calor? exclamó Elodia: yo, por la noche, no puedo ocuparme de nada.

—Ni de día haces tampoco otra cosa que dibujar y tocar el piano, lo que no te causará mucha fatiga, observó incisivamente Yolanda, que parecía que no hablaba mas que para herir.

—Es cierto, repuso la jóven: eso me gusta mas que coser.

mayores gritaban tanto que no le dejaban escribir una letra y se fué allá: así que se duerma éste, vendrá aquí otra vez al lado de la chimenea: ve á fumar con él un cigarro.

El marques salió y las dos hermanas quedaron solas.

—Mamá está en la cocina disponiendo con las criadas el festin de mañana, dijo Antonina; ya sabes que es el aniversario de nuestras bodas, y que os esperamos á comer con los niños.

—¡Dios mio, hermana! exclamó la marquesa; ¿cómo puedes pensar en eso, estando tú tan delicada de salud, la madre de tu marido enferma y Pablo trabajando dia y noche? Yo, que os compadezco tanto, no puedo comprender tu conformidad, y casi estoy por decir indiferencia.

—¡Compadecerme! exclamó la jóven; ¿y por qué, si yo me creo tan dichosa? Es verdad que, desde que nació mi último hijo, mi salud está algo alterada, pero eso pasa; y luego tengo á mi lado á tres ángeles que me acompañan, á mi marido que trabaja dia y noche para que nada nos falte, á mi madre que se ha venido á vivir conmigo, á la suya, sombra venerable, que desde su lecho nos alienta con sus consejos y mezcla su voz con nuestras oraciones. ¡No, hermana mia, no puedo, ni debo, ni sabria llamarme desgraciada, porque no lo soy! y tú tampoco lo eres, porque has aprendido de mí á resignarte con los trabajos de la vida, á tener conformidad, paciencia y valor cuando algun dolor te aflige: mañana tendremos, pues, nuestro banquete de familia, y tú estarás en él alegre, porque ya has arrojado tu *crúz de plomo*, y, como yo, la llevas de *paja*.

FIN DE CRUZ DE PAJA Y CRUZ DE PLOMO.

MARTIRIO SIN GLORIA.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos seran hartos.
 Bienaventurados los mansos de corazon, porque de ellos es el reino de los cielos.
 Bienaventurados los que lloran, porque ellos seran consolados.

[BIENAVENTURANZAS.]

1

Amanecía una fria mañana de Febrero y el sol iluminaba perezoso la nevada sierra del Guadarrama, cuando una jóven apareció en la puertecilla falsa de una quinta muy hermosa, situada á una legua de Madrid, en el camino de Francia, ó sea al Norte de la coronada villa.

La puertecilla se abria en la tapia, llena de telarañas por la parte exterior: gracias al aceite que se habia extendido en sus goznes, no chirriaba, á pesar de lo enmohecidos que estos se hallaban, y la jóven mencionada pudo adelantar medio cuerpo para mirar á la carretera.

El frio era tan penetrante, que sus ojos se llenaron de lágrimas por la punzante impresion que recibieron.

Miró á lo largo del camino, y no vió sin duda á la persona que buscaba; solo un carretero guiaba penosamente sus mulas, cantando del modo ronco, desapacible y destemplado con que suele hacerlo esa clase de gentes.

La jóven entró en el jardín, que era donde se hallaba, entornó la puertecilla falsa, y se dejó caer en un banco llena de abatimiento, y temblando de frio y quizá de emoción.

El jardín era grande, extenso, hermosísimo: conociase que, en la época del verdor y de las flores, debía ser una maravilla: entonces los árboles apenas tenían algunas yemecitas verdes, que anunciaban habían de tener hojas: las flores y las plantas delicadas se hallaban cubiertas con tapaderas de esparto y de cristal.

Poco á poco el sol se fué levantando magestuoso, disipando la niebla de la mañana, que semejaba una densa masa de humo blanco, y sus rayos deslumbradores empezaron á dorar las altas copas de los árboles.

La jóven alzó la cabeza con sobresalto, como si la luz fuese para ella un enemigo peligroso: entonces pudo verse su rostro, mas gracioso que bello, mas simpático que hermoso, y que, si hubiera estado animado por la expresión de la dicha, hubiera sido encantador y lleno de atractivos.

Era, mas bien que una mujer, una niña, pues no pasaba de quince años: su estatura bastante alta para su edad, no tenía aún formas distintas; pero ya se advertía en aquella figura infantil una gracia suprema.

Su cabello, casi negro, pues era de un castaño muy oscuro, espeso y brillante, se reunía en gruesas trenzas, que servían como de marco á su carita trigueña, algo pálida, y espléndidamente iluminada por dos hermosos ojos negros, rasgados y guarnecidos de largas y convexas pestañas negras: contra lo que generalmente sucede en los ojos oscuros, las cejas de aquellos eran finas, delicadas, y formaban un arco tendido y perfecto: así es que, lejos de ha-

ber dureza en ellos, tenían una dulzura infinita y encantadora.

A causa de la delgadez de la cara, y del tipo especial de aquella niña, su boca era tal vez algo grande; pero el hermoso esmalte de sus dientes, iguales y pequeños como una sarta de perlas de oriente, sobresalía al reírse, semejante á una línea de nácar, en el color rosado de sus labios.

Todo armonizaba en aquella gentil figura para que fuese el complemento de la candidez, de la gracia, de la mas perfecta inocencia y, en particular, de la mas rara dulzura, de la mas exquisita sensibilidad.

Llevaba un peinador de merino blanco, y sobre él una capa de paño de color claro: una toquilla de tul blanco, se anudaba bajo su barbita fina y adornada de un precioso hoyuelo, y dejaba escapar la rica profusión de sus cabellos.

Cuando alzó la cabeza, miró como asustada al horizonte y murmuró en voz baja:

— ¡Cuánto tarda, Dios mío! ¿No vendrá?

El galope de un caballo le respondió: levantóse y fué corriendo á la puerta falsa; pero su emoción fué tal, que á su natural rosada palidez sucedió otra casi livida, y bajo el merino de su bata se hubiera podido ver latir su corazón como el ala de una paloma herida.

El caballo que llegaba se detuvo á la puerta, y de él se apeó un jóven de gallarda y elegante figura.

Un criado venía con él: desmontó igualmente y se quedó guardando el suyo y el de su amo.

— ¡Fernanda! exclamó el recién llegado asiendo la mano de la jóven y entrando con ella en el jardín.

— ¡Yo pensé que no venías hoy! murmuró Fernanda.

— ¡No venir hoy! reprobó él sentándose al lado de la jóven en el mismo banco en que esta se hallaba poco antes: ¡hoy! ¡hoy que vas á ser de otro! Pero no, aun tengo la esperanza de disuadirte de esa fatal obediencia.... ¡Aun

espero que te decidirás á ser libre y un día dichosa conmigo!

Fernanda sacudió tristemente la cabeza con un ademán negativo.

—Jorge, observó: ya sabes que no se resistir á mi padre; hoy me casaré con el baron.

—Entonces no me amas! entonces hace un año que me estás engañando! exclamó impetuosamente Jorge.

—Te amo, repuso la jóven con mas firmeza de la que hubiera podido esperarse de su tierna edad; pero no puedo abandonar á mi padre que me pide mi auxilio con las lágrimas en los ojos. le amenaza una quiebra. es decir, la vergüenza, el deshonor, y el baron ha ofrecido salvarle.

—A costa de tu dicha!

—No importa el precio. no seré feliz porque no le amo; pero siempre está la conciencia tranquila cuando se cumple un deber.

Jorge ocultó su semblante entre las manos y dejó escapar un sollozo: la jóven le miró con expresion desgarradora; luego separó aquellas manos del rostro del que amaba y las guardó entre las suyas.

—Jorge, le dijo con voz palpitante y alterada, no te aflijas así, por que me amas. alientame, si es que me amas, á cumplir con este sagrado aunque duro deber. Dime que debo salvar á mi padre, porque necesito oirlo para hacer el sacrificio de mi misma! Escucha. Anoche dormia yo despues de muchas horas de insomnio y de aflicción. era mi sueño tan agitado por el dolor, que no pudo durar largo rato y desperté. sentí una mano humedecida, y en ella como el calor de unos labios. creí soñar. pero entreabrí los ojos, y á la débil luz de mi lamparilla, vi á mi padre arrodillado junto á mi lecho que apoyaba sus labios en mi mano, que lloraba; que exclamaba entre sollozos. ¡perdon, hija mia, perdon! — ¡Oh, Jorge! tú no sabes lo que es ver llorar á un

padre que tiene ya la cabeza blanca! me incorporé y le abracé consolándole.

—Hija mia, exclamó: mi querida Fernanda, te sacrificas por mí. pobre víctima de las calamitosas circunstancias por las que los negocios atraviesan: tú vas á pagar mas que nadie mi ruina. Tú, infeliz niña que aun no has visto el mundo, enlazada á ese hombre depravado, que te compra como se compra una joya. No, no! yo moriré. pero tú te casarás con Jorge, con el que amas. ¿qué importa que sea pobre? su carrera de medicina le dará en breve para proporcionarte no solo la subsistencia, sino la dicha, que es el pan del alma. Venga el deshonor. venga la muerte antes que tu sacrificio!

—Padre mio, le dijo, esos pensamientos son culpables: ¿la muerte, ¿qué hay detras del suicidio? yo creo que mucho mas deshonor que en sobrellevar la vida con todos sus dolores, con todas sus humillaciones; y luego, piensas que yo podria ser dichosa con Jorge, sabiendo que podía salvarte y no haciéndolo? El baron me compra, es verdad; bendito sea Dios que me da valor á sus ojos! no quiero que te aflijas mas. por mi parte heme aquí serena, resignada, feliz por salvarte. mañana seré la baronesa de Valdemar.

Fuerza me es decirlo: mi padre se retiró consolado, y casi tranquilo acerca de mi suerte; tal convicción supé dar á mi acento, tal seguridad á mi mirada.

Esta noche, pues, Jorge, me casaré con el baron de Valdemar: esta es nuestra última despedida.

—¡La última! repuso Jorge sombríamente: esta noche salgo para Cadiz, donde me embarcaré para América.

Fernanda iba á responder: su agitacion la hizo palidecer de nuevo densamente, y la voz se apagó en sus labios; era una naturaleza delicada sacudida por el dolor con mortal violencia.

Oyóse de repente un paso rápido, y una mujer apare-

ció en la calle de árboles, á cuyo fin se hallaban sentados los dos jóvenes.

—¡Ah, señorito Jorget exclamó: ¿ha convencido vd. ya á mi niña de que va á hacer una locura?.....

—No, respondió con desesperacion el joven: es imposible convencerla, Marta: Fernanda se empeña en sacrificarse y lo hará: qué rara perseverancia en querer darse la muerte!

—Qué gran fortaleza necesito para cumplir ese gran deber! exclamó la pobre joven con voz profundamente triste, y qué cruces sois vosotros en quitármela en vez de dariné aliento! Morir..... y qué es morir, cuando para evitar la muerte, tengo que ver la deshonra de mi padre que mañana se declararia en quiebra? No, no temas por mí; mi conciencia me librará de la muerte; pero, si Dios me llama, mi madre, que está en el cielo, me espera y me bendecirá!

Al hablar así, los negros ojos de la joven despedían una luz sublime, y se elevaron al cielo con tanto fervor, que Jorge la contempló como arrobado y mudo de respeto y de admiracion.

—Es qué, dijo Marta, yo he ido á Madrid expresamente á tomar informes del señor baron, y he sabido cosas, que.....

—Cállalas! exclamó Fernanda: calla, nodriza, porque ya debes respetarle como á mi marido.

—Pues yo quiero decir á vd., señorita, para ver si cambia de parecer, que el señor baron es eterno perseguidor de mujeres: que pasa las noches jugando y arruinándose en el casino: que se emborracha cada día como un lacayo: que á su esposa primera, la mató á pesadumbres...! Vaya! pues no faltaba más sino que yo callase esas cosas!

—Pero, desdichada, qué haces con saberlas y decirme las, si yo no puedo ni quiero retroceder! dijo Fernanda: lo mismo me casaria con él, aunque fuera un bandido....!

aunque fuera un asesino! ¿lo entiendes? si salvase á mi padre, lo mismo, lo mismo, lo mismo!

Fernanda, presa de su exaltacion dolorosa, y agotadas sus fuerzas con la lucha que seguia sosteniendo entre su amor y su deber, se desplomó en los brazos de Jorge; sin voz y sin color.

La nodriza, desesperada, se arrojó llorando sobre la inanimada joven y la estrechó en sus brazos: Jorge la contemplaba lleno de admiracion y de dolor.

El desmayo duró solo algunos segundos. Fernanda se levantó apoyándose en el brazo de su nodriza, y dijo á Jorje con voz alterada y trémula:

—¡Adios!

—Adios, y ojalá halles en tu conciencia toda la dicha que mereces, mi pobre y querida Fernanda! exclamó el joven: á lo menos, s irvate de consuelo que hay en la tierra un corazon todo tuyo: un corazon que no amarás jamás á nadie más que á tí.....! Si alguna vez necesitas de un amigo, de un apoyo, de un consejo, acude á mí! escribiré á Marta, que sabrá siempre donde me hallo!

Besó, dicho esto, la mano helada de Fernanda, y se dirigió á la puertecilla: ya allí, volvió y estrechó convulsivamente á la joven contra su pecho que levantaban profundos sollozos: salió despues con paso atropellado y vacilante, y bien pronto el galope de dos caballos dió á conocer que se alejaba.

—¡Dios mío! ¡id con él! exclamó la joven: no le abandones!... ni á mí tampoco!

Y apoyándose en el brazo de Marta, atravesó con trabajo el jardin y entró en la quinta.

Fernanda llegó con penoso paso hasta su cuarto, y se dejó caer en uno de los silloncillos que habia en él.

Era aquella una habitacion de niña, primorosa y sencilla como el carácter, como el alma de la que habitaba.

En ella se veía la camita blanca, cubierta con cortinas de muselina estampada: en el balcón habia muchas macetas que la mano robusta de Marta habia sacado para que tomásen los rayos del sol de Febrero, y que por la noche entraba para preservarlas de la helada: gracias á este cuidado, conservaban su verdor y su fragancia, y ostentaban ya tiernos pimpollos próximos á abrirse.

El mueblaje era azul y blanco: una mesa de tocador sostenia un espejo velado por cortinas de muselina, con trasparente azul.

Fernanda, como ya hemos dicho, se dejó caer con desaliento y fatiga en un sillón, y su capa de abrigo se desprendió dejando al descubierto su lindo talle, que lucia toda su gracia aun entre los pliegues de su bata de cachemira blanca.

Apenas se habia sentado, asomó por la puerta una bella y risueña cabeza de muchacha, tan sonrosada y tan fresca, como era sentimental é interesante la de Fernanda.

Esta no la vió; habia doblado la frente sobre su pecho, y permanecía entregada á un abatimiento profundo.

La que habia asomado, se adelantó de puntillas, se arrodilló en el almohadon que Marta habia colocado á los pies de la jóven, tomó sus manos cariñosamente y murmuró:

—Valor, Fernanda!

—¡Ah, Leticia! todo acabó para mí! gimió la pobre niña, apoyando su frente en la rubia cabeza de la jóven arrodillada á sus pies y derramando un torrente de lágrimas.

—Le has visto? preguntó Leticia.

—Sí, prima mia; sí, ¡le he visto y me he despedido para siempre de él.

—¡Desgraciada niña! exclamó Leticia, llevando á sus ojos azules su mano para enjugar una lágrima próxima á deslizarse por su rosada mejilla.

—Valor, se dijo á sí misma Fernanda alzando la cabeza: lo hecho, hecho está, y nó me arrepiento: Dios me dará fuerza para olvidar á Jorge.

—Así lo espero, repuso Leticia: el mundo, ademas, se encargará de hacértelo olvidar; el mundo en el cual vas á ser una gran señora: casi es una ventaja para tí, Fernanda mia, el que, á causa del estado débil de tu salud, te hayan confinado los médicos en esta quinta con Marta y conmigo, porque así, como nada has visto todavía, todo te sorprenderá; y luego, á los quince años, ¿qué no parece hermoso en el mundo? A mí me encantó lo poco que vi cuando mi tio me llevaba á Madrid.

—Puede éncantar á una el mundo cuando es feliz, exclamó Fernanda suspirando, y tú lo eres, prima mia: ¡ah! ¡qué distinta es nuestra suerte! Tu padre murió en una modesta medianía vecina de la pobreza, y te dejó encargada al mio: nada tenias que salvar ben tu buen padre, y tus deberes para con él se reducen á rezar sobre su tumba: el mio se enriqueció.... fué uno de los primeros banqueros de Madrid: luego la desgracia ha amenazado sus intereses, su honor mismo, y se ha hallado, nó sé si por fortuna ó por desgracia, un hombre que me compra y da por mí dinero bastante para salvarle de la ruina: tú amabas á un jóven que seguia la carrera de medicina, y le amabas sin contrariedad: un compañero suyo me amó, y mi padre no se oponia á esta afección; pero ahora todo ha cambiado, tú eres libre, porque eres pobre y porque puedes casarte con el que amas; yo no, ¡ah! qué distinto destino el nuestro!

—La mitad de mi vida daria porque te pudieras casar con Jorge, como yo con Gustavo! exclamó Leticia, estrechando á su prima entre sus brazos: pobre niña mia, á la que amo y he amado siempre como á mi hermana menor: nó pensaba en verte tan profundamente desgraciada cuando te mecia en mis brazos, cuando jugaba contigo al volante: cuando vestias tus muñecas, yo soñaba para tí todas las venturas de la tierra: el amor, la riqueza, la di-

cha en el matrimonio; y á disfrutarlas todas parecías destinada; y sin embargo, hoy te veo marchita, abatida por la pena, como una flor tronchada por el viento, y eso cuando aun no has dejado del todo los juegos de la infancia: ¿por qué no puedes casarte con el pobre jóven á quien amas, como me casaré yo, ó por qué no soy yo la destinada al sacrificio?

Hablando así, Leticia cubrió de besos la frente y las mejillas de su prima, con una ternura que explicaba claramente cuánto la amaba.

—Vamos, dijo Fernanda levantándose: valor! Me consuela la idea de que voy á librar á mi padre de la ruina y del deshonor, y de que mi buena madre, á la que no he conocido, me bendecirá desde el cielo. ¿Se ha levantado mi padre ya?

—No se ha acostado, respondió Marta: he visto luz en su cuarto, y le he oído andar toda la noche.

—Arreglando un poco el cabello; luego mandad que se sirva el desayuno y llamadle.

Marta recogió los hermosos cabellos de Fernanda, y despues fué á avisar á su señor, reuniéndose en el comedor las dos primas con el anciano. Imposible hubiera sido conocer, al verla sentada á la mesa, á aquella niña, sumergida poco antes en la mas honda desesperación: su semblante estaba animado de una plácida sonrisa; su frente, al parecer, tranquila; su prima y la nodriza la miraban estupefactas y sin poder comprender tal fortaleza.

Leticia sirvió, segun costumbre, á su tio y á su prima: era aquel un hombre de grave y noble figura, que no pasaba de cincuenta años, pero cuyos cabellos habian blanqueado ya completamente por los cuidados y las fatigas de una existencia laboriosa: padre de seis hijos, la última era Fernanda, que habia perdido á su madre cuando apenas contaba un año de edad, y que se creia hubiera heredado la afecion al corazón que llevó á aquella al sepulcro á la edad de treinta años.

Por esta causa, los médicos aconsejaron al banquero que la tuviese constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando á la idea de perder á su última hija como habia perdido á los demas, se habia apresurado á comprar aquella quinta cercana á Madrid.

Fernanda iba lo mas tres veces al año á la corte para comprar algun traje, ó para ver alguna ópera ó comedia nueva.

Su prima Leticia, dos años mayor que ella é hija de un hermano de su padre, era su compañera y su amiga; además, se hallaba al lado de Fernanda, y Marta su buena nodriza, una dencella y un criado, y su padre se podia estar en su casa de Madrid, montada con gran fausto y riqueza, sin cuidado alguno por la suerte de su hija, á la que sin embargo, iba á ver todos los domingos.

—Papá, decia Fernanda, ¿por qué no vives aquí conmigo?

—Hija mia, porque necesito estar en Madrid para trabajar.

—¿Y por qué trabajas aún?

—Para que tú seas rica y dichosa, hija mia.

—Yo no deseo ser rica, papá.

—Yo deseo que lo seas; si la riqueza no es la felicidad, es, á lo menos, una gran parte de ella.

Una señora viuda, que vivia en una quinta inmediata, pasaba algunos ratos con las dos niñas, Leticia y Fernanda: esta señora poseia una modesta fortuna, con la que sustentaba la carrera de medicina de su hijo Gustavo: este vio crecer, como suele decirse, á la linda Leticia y la amó: ella le correspondió con tanta alegría como ingenuidad: era su primer amor, y Gustavo era gallardo y elegante, á la par que buen hijo y estudiante aprovechado.

La buena señora avisó al banquero de aquella pasion naciente, temiendo que se le tachase de interesado.

—Déjeles vd. que se amen, señora, contestó aquel: mi sobrina no es rica, porque mi hermano, que era su padre,

y yo hemos vivido pobres largos años: pobre murió él, y mi trabajo y mi buena estrella me han dado despues alguna fortuna: pues bien: ya que esta fortuna no la he podido partir con mi hermano, daré una parte de ella á su hija á la cual miro como mia. Leticia llevará doce mil duros de dote, lo que, si no es una gran cosa, les ayudará á vivir: siga Gustavo estudiando como hasta aquí: acabe su carrera, y que se casen y sean felices.

De esta suerte nació y creció aquel puro, alegre, feliz y confiado amor. Leticia amaba con pasion, con felicidad á Gustavo: y este la amó con un entusiasmo que le libertó de todos los peligros de su edad, y le animó en la senda del trabajo y del deber.

El último verano, y durante las vacaciones, llevó Gustavo á casa de su madre á uno de sus amigos, que contaba tres años mas que él é iba ya á terminar la carrera: era un jóven de veinticinco años, grave, reflexivo, valeroso, algo melancólico, y de una figura mas bella y elegante que la de su amigo: vio á Fernanda y la adoró; hallaba en aquella niña enfermiza y débil algo superior á las demas mujeres, algo que en ninguna otra habia encontrado.

Y era que Fernanda unia, al talento mas profundo, el alma mas bella y la mas angelical inocencia: era un espíritu, bajo la apariencia de una niña encantadora, un espíritu revestido con la forma mas seductora que puede tomar la adolescencia.

Un hombre vulgar no podia comprender lo que valia Fernanda.

Un hombre superior como Jorge debia adorarla, y no podia ya pensar mas en ninguna otra mujer del mundo.

—Amaos, les dijo el banquero: solo deseo que mi hija sea dichosa y que se case con el hombre á quien elija su corazón.

Pero de repente, y á entradas del invierno, los asuntos del banquero empezaron á tomar el mas amenazador aspecto: la crisis comercial, que agobiaba á la nacion,

alcanzaba tambien á su casa: los negocios, completamente paralizados, no rendian provechos; la opulenta casa del Sr. B... estaba amenazada de suspender sus pagos, y el cabello del banquero se volvió del todo blanco en una semana.

Una mañana recibió una carta sellada con unas armas que conocia: eran las del baron de Valdemar, opulento señor, jóven elegante, y que habia viajado por toda Europa durante diez años.

La carta contenia estas palabras:

«Seis millones por la mano de Fernanda: es mas de lo que el Sr. B... necesita para salir de sus apuros comerciales: la respuesta lo antes posible al palacio de Valdemar, en Recoletos.»

EL BARON DE VALDEMAR.

El banquero quedó mudo de asombro: ¿dónde habia visto el baron á su hija? lo ignoraba; pero él le ofrecia un medio de salvacion cuando ya la idea del suicidio habia pasado dos ó tres veces por su cabeza! Mandó poner el coche, y salió al instante para su quinta.

Lo que pasó entre el baron y su hija, en una hora que estuvieron encerrados, es fácil de suponer: ella se obstinó en casarse con el baron, y aseguró á su padre que seria muy dichosa.

Casi convencido éste, y sobre todo, obligado por una cruel necesidad, volvió á Madrid, y escribió esta respuesta:

«Fernanda consiente en ser la baronesa de Valdemar: su padre admite el préstamo de seis millones, á reembolsar en pagarés en el termino de dos años: se espera al señor baron.»

B... BANQUERO.

Al día siguiente, el barón y su futuro suegro fueron á la quinta: la jóven halló al que iba á ser su esposo de bella figura, de modales llenos de distincion y dotado además de una elegancia perfecta.

—Pero ¿qué diferencia va del barón á Jorge! se decía ella como atrepentida de hallarle agradable: ¿cuánto mas vele mi Jorge!

El barón se volvió á Madrid sin haberle dicho una sola palabra de amor, aunque, con la maestría consumada de un hombre de mundo, hizo resonar en su oído algunas galanterías: el Sr. B... se quedó en la quinta.

Después de la comida, llamó á su hija al gabinete que él se reservaba, y le dijo que el matrimonio debía de celebrarse al instante, y que era forzoso se le escribiese á Jorge y se preparase á dar su mano al barón al fin de la semana.

La tímida é ingénua Fernanda quedó como herida de un rayo: cubrió su rostro infantil una densa palidez y temblaron sus labios; pero al ver á su padre, que esperaba su decision con la cabeza inclinada como el reo ante el juez, hizo un esfuerzo heróico, atendida su edad y su absoluta ignorancia de los dolóres de la vida, y le preguntó:

—Padre mío, ¿te da el barón seguridades de salvacion?

—Sí, hija mia, respondió el banquero.

—Suya es mi mano; pues segun ya te he dicho... solo siento no poder disponer de algun tiempo mas para pedir á Dios que me diera su ayuda, y me concediese el valor necesario.

—No te cases, hija mia! exclamó el banquero: ¡venga antes la ruina, la muerte, el deshonor!

—Dispónlo todo para la boda, padre mío, dijo la niña: ahora mismo escribiré á Jorge mi decision!

Fernanda, dicho esto, se dirigió á su cuarto, é intentó en vano trazar algunas líneas para Jorge: su mano tem-

blorosa se negaba á formar aquellos caracteres, que debian encerrar la sentencia de su amor.

Dos dias pasó llorando, y constantemente acompañada de la nodriza y de su prima que lloraban con ella y no la abandonaban un solo instante: por fin, al tercero, escribió á Jorge la noticia fatal, rogándole que fuese á verla al día siguiente por la mañana, para despedirse de él.

Jorge habia sabido la noticia antes por su madre: ya se sabe lo que sucedió en aquella entrevista, y como en vano intentaron el amante y la nodriza disuadir á la jóven de su empeño.

Ya hemos dicho tambien que en el desayuno se presentó tranquila al parecer, y con la sonrisa en los labios.

Sin embargo, ni ella ni su padre podian tomar alimento alguno y los dos procuraron engañarse mutuamente.

—Fernanda, dijo el banquero, nos iremos ahora mismo á Madrid: iremos en el coche tú, Leticia, Marta y yo; aqui quedarán los criados arreglando las cosas, y mañana dejarán cerrado y marcharán tambien: esta casa, hija mia, la reservo para venir á pensar en ti, y pedir á Dios que te recompense.

Fernanda no pudo contestar: el exceso de su emocion, y, digámoslo así, de su dolor, la ahogaba: salió con su prima, cambió de traje, y luego arrodillándose en medio de su aposento, dió un tierno y doloroso ¡Adios! á su tranquilo nido de niña, á aquella habitacion en la que cada noche escribia á Jorge y que aun estaba perfumada con las flores que éste habia cortado para ella.

Enjugó sus ojos: dejó caer delante del rostro el velo de su sombrero para ocultar á su padre las huellas de su llanto, y bajó para tomar el coche apoyada en el brazo de su prima, que la consolaba á media voz sin poder reprimir sus lágrimas.

Ni una palabra se habló durante el trayecto: el Sr. B... tenia la frente apoyada en sus manos: Fernanda y Leticia, asidas de la mano, callaban tambien: solo Marta, ménos

sujeta á las fórmulas del mundo, dejaba escapar de cuando en cuando algun doloroso suspiro.

A la una llegaron á la casa del Sr. B., en Madrid. Desde que se entraba en el patio, su notaba un movimiento inusitado: dos criados limpiaban los reverberos y los bronceos de la escalera: en el vestibulo habia otros frotando las puertas: se colocaban en los salones colgaduras de seda, arañas y lámparas, y en el comedor se cubria la suntuosa mesa de la cena, cargándola de flores y de candelabros que ostentaban bujías de rosada esperma, delicada y transparente como el cristal.

Por todas partes se quemaban perfumes en copitas de plata, semejantes á los braserillos orientales; y se encendian las chimeneas y las estufas, se extendian alfombras, y se colocaban macetas de porcelana cargadas de arbustos odoríferos.

Fernanda miraba asombrada aquel fausto, que tal contraste formaba con la sencillez en que habia pasado su vida: aunque dotada de gran profundidad y elevacion de ideas, tenia quince años, y su dolor dejó lugar muy en breve á la admiración de lo que veía.

Un rayo de gozo iluminó á la vez el rostro de su padre, de su prima y de su nodriza al verla mirar con atencion los preparativos de su boda; porque aquellos tres seres la adoraban, y hubieran dado la mitad de su vida por verla feliz.

—Esto no es nada comparado con tu magnifico palacio de Recoletos! exclamó el banquero: allí verás fausto, riquezas, delicias de toda clase, cuanto el gusto mas exquisito puede inventar! pero no, no lo verás, porque esta misma noche salis para París.

—¿A París? exclamó Leticia; ¿nos deja Fernanda?

—Eso es lo que hace toda la gente de buen tono, hija mia; pero volverá dentro de dos ó tres meses.

Un carruaje, que se detuvo á la puerta, cortó aquí la conversacion.

Oyóse al portero anunciar una visita, y el barón entró

en la estancia, en que se hallaban, vestido con un elegante traje de mañana.

Era un hombre que podia tener treinta y cuatro á treinta seis años; alto, rubio, de hermosos ojos oscuros y semblante lleno de distincion, pero profundamente marchito, exhalaba ese perfume vago pero propio de las personas de gran tono; sus cabellos perfumados guarnecian su frente noble y que empezaba á ser calva en las entradas: la edad no le habia hecho perder nada de su esbeltez y elegancia: tenia el talle fino, el pié pequeño y la mano blanca y delicada.

Su traje era del mejor gusto por su sencillez, y solo era magnifica su camisa, que, á pesar de no desear lucirse, ostentaba su rica batista y su azulada blancura.

Acercóse á Fernanda, y le besó la mano: ésta le miró tímidamente, y se dijo que no era feo y que llevaba unas elegantes patillas rubias á la inglesa.

El barón dió la mano á Leticia y luego al banquero, yendo á sentarse despues al lado de Fernanda, en el mismo pequeño sofá que ésta ocupaba.

—Mi querida niña, le dijo, apenas la he visto, y usted me ha visto menos á mí; pues yo la conocia desde un dia que la ví con su padre en el teatro, y estoy seguro de que usted no reparó en mí entónces: dígame usted ahora lo que le parezco, y si podrá amarme.

—Si, señor, respondió Fernanda; si no creyese que podria amarle, no me casaria con usted: ya le amo al pensar en lo que ha hecho por mi buen padre.

—La posesion de usted la hubiera yo pagado con todos los tesoros de la tierra, dijo el barón; yo la idolatro á usted: su juventud, su belleza, su aspecto á la par débil é inteligente, y, por lo mismo, tan interesante, me cautivaron de un modo indecible.

—Sin embargo, creo que es usted viudo, observó la jóven.

—Si, y me casé enamorado de mi esposa; pero no como lo estoy de vd.: tenia entónces veinte años, y aquel

amor en nada se parecía á éste. A pesar de eso, no fui infeliz, y hubiera sido completamente dichoso, si Dios me hubiera concedido la dicha de darme siquiera un hijo: luego he permanecido viudo seis años, deseando volver á casarme y sin hallar una mujer que me agradase lo bastante para hacerla mía, hasta que la hallé á vd. en mi camino.

La voz del baron era dulce y sonora: Fernanda, á pesar de su tristeza, le escuchaba no solo sin molestia, sino casi con placer: sin embargo, su palabra era vacía y helada, y en nada se parecía al lenguaje del verdadero amor.

El baron de Valdemar tenia por Fernanda un capricho, pero no una pasión de esas que echan raíces tan hondas que solo se las puede arrancar con la vida.

Dijo despues á la jóven mil dulces palabras, mil tiernas galanterías, de esas que el mundo enseña y que en el mundo son moneda corriente; hasta que, oyendo dar las cuatro en el reloj del salon, y mirando el suyo para convencerse de que era efectivamente aquella hora, dijo:

—No tengo tiempo que perder: voy á comer y á vestirme, pues la ceremonia es á las siete.

—Besó de nuevo la mano de su novia, saludó al banquero y á Leticia y salió.

—¿Qué te parece? preguntó á Fernanda su prima.

—Mejor que antes, repuso Fernanda; creo que es fácil acostumbrarse á la compañía de un hombre tan distinguido.

Se sirvió la comida, y despues las dos primeras entraron en su tocador para vestirse: el traje de Fernanda era espléndido; el de su prima muy sencillo, de tul blanco, adornado de rosas blancas tambien.

La ceremonia tuvo lugar en el oratorio de la casa; despues empezó el baile, al que estaba invitado todo lo mas distinguido de la nobleza y de la Banca; pues Fernanda

pertenece por su madre á la aristocracia, y el baron formaba parte de ella.

A las dos pasaron al comedor, y, al levantarse de la mesa, los novios entraron cada uno en su cuarto para cambiar el traje de baile por el de camino.

Oyéronse de súbito los cascabeles del tiro de una silla de posta, y, pasados algunos instantes, aparecieron los recién casados.

Fernanda vestia un traje de camino, de merino lila con bordados negros y paletot igual, y un sombrerito húngaro de terciopelo negro, muy pequeño, que hacia resaltar las gracias de su lindo rostro á la sazón pálido y lleno de lágrimas, que le arrancaba el dolor de separarse de su padre.

Este le abrió los brazos, y no pudo reprimir algunos sollozos.

—Ahora es cuando conozco la enormidad de tu sacrificio, ¡hija mia! murmuró al oído de la jóven: sé dichosa y escribeme: si eres infeliz, la misma mano que te ha entregado á tu marido, te separará de él, y volverá á darte amparo.

La jóven baronesa abrazó á su padre y luego á Leticia, á cuyo oído murmuró:

—Cuida de mi padre, y sé mas dichosa que yo!

Marta siguió á su jóven señora, y despues de estrechar el baron la mano de su suegro y de sus amigos, salieron los tres, bajaron la escalera y subieron á lasilla de posta que partió con velocidad.

¡Pobre padre! ¡qué era ya para él la continuacion del festín! ¡qué la risa y la alegría de los convidados! Nada mas que un nuevo martirio.

Asi lo comprendió la concurrencia, que se dispersó poco á poco.

—¡Leticia! ¡qué será de tu pobre prima! exclamó el Sr. B.... abrazando á su sobrina. ¡ah, Fernanda mia! ¡Por

qué he consentido en que te separes de mí! ¿cuál será tu suerte! ¿cuándo te volveré á ver!

—Será dichosa, tío mio, respondió la jóven: ya lo es, con la idea de haber hecho su deber para salvar á vd. de la desgracia que le amenazaba: las almas, como la de Fernanda, caminan siempre por encima de todas las miserias humanas.

Separáronse el anciano y la jóven: al día siguiente, se volvieron á la quinta, porque la estancia en Madrid les era insoportable.

Allí todo estaba aún lleno de la imagen querida de Fernanda, y Marzo llegaba ya con sus tibias brisas, con sus promesas de verdor, de follaje, y de canciones de los pájaros: ya las orillas de los arroyos se esmaltaban de florecillas, y ya se abrian las de las macetas que adornaban el balcon de Fernanda, y que ésta cuidaba con tanto cariño.

III

Siete meses despues, el baron y la baronesa de Valdemar se hallaban en su palacio de Recoletos, de vuelta de su viaje á Paris en donde habian permanecido cerca de cinco.

Fernanda habia vuelto alegre y sonrosada, mucho mas linda que se fué, y completamente dichosa de su viaje al extranjero.

Era cierto, no obstante, que su marido, de vez en cuando, y en verdad con bastante frecuencia, habia pasado en Paris noches enteras sin ir á su casa, y que su esposa le habia estado esperando toda la noche, ademas de su ayuda de cámara; pero al volver al amanecer, habia pretestado un negocio, una cita en el club, el compromiso de una cena de amigos, y los quince años inexpertos de Fernanda, no podian poner en duda la veraz gravedad de estos motivos.

Su esposo no la llevó al gran mundo en que él vivia, y devoraba su crecida fortuna.

La llevaba á los teatros y al bosque en carruaje abierto, lo que era para la pobre é inocente niña el mas grande de los placeres.

Recibian á muy poca gente, y apenas visitaban mas que á dos ó tres familias españolas.

A pesar de su vida sencilla y retirada, Fernanda que, aunque muy cándida, tenia gran talento, habia notado una cosa que no habia dejado de llamarle la atencion: era que las gentes la miraban con aire de lástima y de profunda commiseracion.

Habitaban una elegante habitacion amueblada en el gran hotel del Louvre, y Fernanda, ademas de Marta, tenia para su servicio una doncella.

La nodriza creía, lo mismo que su señora, en los deberes que retenian al baron muchas veces fuera de su casa toda la noche: y en cuanto á la camarera, aunque á sus solas se reía de las dos pobres y crédulas mujeres, se guardaba bien de decir nada, porque sabia por el baron, que seria despedida si intentaba separar la venda de los ojos de Fernanda ó de su nodriza, y se callaba siempre.

Una noche llegó á la puerta del hotel un coche, del que descendió una linda mujer, lujosa y coquetamente vestida, que subió sin detenerse al piso segundo.

Llegada al vestibulo, preguntó á uno de los lacayos por la habitacion del baron de Valdemar.

—Aquella es, respondió uno de ellos señalándola con bastante poco respeto: allí está la señora baronesa.

—¿Qué! ¿está aquí su mujer? exclamó la joveu: él me habia dicho que la dejó en Madrid.

—Pues la ha traído.

—¡El monstruo! ¡el pérfido!

—No obstante, si la señorita quiere evitar el verla, puede entrar en la antecámara, y llamaré á Luisa, que podrá darle razon del señor baron.

—¿Quién es Luisa?

qué he consentido en que te separes de mí! ¡cuál será tu suerte! ¡cuándo te volveré á ver!

—Será dichosa, tío mio, respondió la jóven: ya lo es, con la idea de haber hecho su deber para salvar á vd. de la desgracia que le amenazaba: las almas, como la de Fernanda, caminan siempre por encima de todas las miserias humanas.

Separáronse el anciano y la jóven: al día siguiente, se volvieron á la quinta, porque la estancia en Madrid les era insoportable.

Allí todo estaba aún lleno de la imagen querida de Fernanda, y Marzo llegaba ya con sus tibias brisas, con sus promesas de verdor, de follaje, y de canciones de los pájaros: ya las orillas de los arroyos se esmaltaban de florecillas, y ya se abrian las de las macetas que adornaban el balcon de Fernanda, y que ésta cuidaba con tanto cariño.

III

Siete meses despues, el baron y la baronesa de Valdemar se hallaban en su palacio de Recoletos, de vuelta de su viaje á Paris en donde habian permanecido cerca de cinco.

Fernanda habia vuelto alegre y sonrosada, mucho mas linda que se fué, y completamente dichosa de su viaje al extranjero.

Era cierto, no obstante, que su marido, de vez en cuando, y en verdad con bastante frecuencia, habia pasado en Paris noches enteras sin ir á su casa, y que su esposa le habia estado esperando toda la noche, ademas de su ayuda de cámara; pero al volver al amanecer, habia pretestado un negocio, una cita en el club, el compromiso de una cena de amigos, y los quince años inexpertos de Fernanda, no podian poner en duda la veraz gravedad de estos motivos.

Su esposo no la llevó al gran mundo en que él vivia, y devoraba su crecida fortuna.

La llevaba á los teatros y al bosque en carruaje abierto, lo que era para la pobre é inocente niña el mas grande de los placeres.

Recibian á muy poca gente, y apenas visitaban mas que á dos ó tres familias españolas.

A pesar de su vida sencilla y retirada, Fernanda que, aunque muy cándida, tenia gran talento, habia notado una cosa que no habia dejado de llamarle la atencion: era que las gentes la miraban con aire de lástima y de profunda commiseracion.

Habitaban una elegante habitacion amueblada en el gran hotel del Louvre, y Fernanda, ademas de Marta, tenia para su servicio una doncella.

La nodriza creía, lo mismo que su señora, en los deberes que retenian al baron muchas veces fuera de su casa toda la noche: y en cuanto á la camarera, aunque á sus solas se reía de las dos pobres y crédulas mujeres, se guardaba bien de decir nada, porque sabia por el baron, que seria despedida si intentaba separar la venda de los ojos de Fernanda ó de su nodriza, y se callaba siempre.

Una noche llegó á la puerta del hotel un coche, del que descendió una linda mujer, lujosa y coquetamente vestida, que subió sin detenerse al piso segundo.

Llegada al vestibulo, preguntó á uno de los lacayos por la habitacion del baron de Valdemar.

—Aquella es, respondió uno de ellos señalándola con bastante poco respeto: allí está la señora baronesa.

—¿Qué! ¿está aquí su mujer? exclamó la joveu: él me habia dicho que la dejó en Madrid.

—Pues la ha traído.

—¡El monstruo! ¡el pérfido!

—No obstante, si la señorita quiere evitar el verla, puede entrar en la antecámara, y llamaré á Luisa, que podrá darle razon del señor baron.

—¿Quién es Luisa?

—La camarera del señor baron.

—¿Será acaso una que yo tuve?

—Ciertamente; ella me lo ha dicho.

—¿Pues qué me conoce vd.?

—¿Quién no conoce á la señorita en París por poco que haya servido á gente de buen tono? Yo fui ayuda de cámara del duque D. ...

—¡Ya! interrumpió la jóven con aire de inteligencia: no es extraño que vd. me conozca entonces... ya troné con él...

—Lo sé... y él se pegó un tiro.

—De resultas de eso, si... se habia arruinado... y me cansaba... pero vaya vd., amigo mio, y diga á Luisa que deseo hablarle.

Puso, al decir esto, cuatro napoleones en la mano del lacayo, que se inclinó profundamente, y despues de hacerla entrar en la antecámara, desapareció.

Luisa se presentó casi al instante; pero detras de la *portière* que la habia dado paso, quedó la cabeza gris y curiosa de Marta.

—Señorita, dijo Luisa, qué dicha para mí la de volver á ver á vd.!

—No debias de esperarlo despues de haberme abandonado por seguir al baron... pero olvidemos lo pasado... ¿está en casa?

—Volvió hará dos horas.

—Toda la noche le he estado esperando, pues me ofreció venir á cenar conmigo.

—Creo que habrá cenado con la Srta. Celina.

—¿Cómo! ¿ha vuelto á las redes de esa mujer?

—Mas preso está ahora que ántes.

Marta, al ver que no entendia una palabra, pues hablaban en francés, tomó el partido de retirarse, y fué á decir á Fernanda, que una señora jóven y muy bonita estaba hablando con Luisa, pero que hablaban *en la lengua de la tierra*, y que ella no las entendia.

Fernanda curiosa por ver á la visita, y pensando que

podría querer verla á ella, salio, y rogó en buen francés á Ernestina, que este era el nombre de la jóven, que pasara adelante.

La cortesana tenia demasiada serenidad para cortarse, y siguió á la baronesa, que fué juguete de la mas indigna burla.

—Señora, le dijo Ernestina: yo venia á poner por empeño al señor baron á fin de conseguir un destino para un hermano mio: ¿no podría verle?

—Acaba de acostarse, señorita, dijo la pobre Fernanda con verdadero sentimiento: há pasado la noche velando á un amigo enfermo.

Ernestina tuvo que fingir una tos y llevar el pañuelo á la boca para no soltar la carcajada.

—Sin embargo, añadió la baronesa, yo le diré lo que vd. me deje encargado así que se despierte.

—Pues bien, señora baronesa: digale vd. que ha estado á verle la Srta. Ernestina, y que le espera en su casa.

—¿Nada mas?

—Nada mas: ya lo entenderá: adios, señora, y mil gracias.

—Adios, señorita.

Ernestina salió. Fernanda no sospechó nada: habia en aquella alma de ángel tal inocencia, que era necesario, para desgarrar el tupido velo que la envolvía, el huracan de un gran dolor.

—¿Que cara tan desvergonzada tenia esa damisela! dijo Marta, que desde un rincón habia asistido á la entrevista: no me parece cosa buena: ¿qué queria?

—Que el baron le consiga un destino para su hermano.

—¿Y está bien que se venga á poner por empeño una jóven de veinte años y vestida de un modo tan vistoso.

—Sabe que es casado... ¿qué tiene eso de particular?

—Nada, nada, yo me entiendo, dijo Marta: así es ella buena como ahora llueven doblones!

Quando el baron se levantó á fin de vestirse para comer, Fernanda le enteró de lo que le habia dejado dicho Ernestina

Este la miró estupefacto de que no adivinase nada, de que no le hiciese ninguna reconvenccion: pero luego, admirando aquel santo candor é indignado contra la cortesana, exclamó:

—¡Está bien! ¡esa mujer es una loca!

—¡Ella! si parece tan buena, tan dulce, tan simpática! exclamó la baronesa: ¿por qué dices que es una loca?

—Porque.... porque se atreve á cosas que no debiera.

—¿Acaso dices eso por el destino que solicita para su hermano?

—Justo: por eso mismo.

—¿Y no se lo darán?

—¡No! y si vuelve, no la recibas por ningun motivo.

—¡Pobre joven!

—Te digo que es una intrigante.

Fernanda se olvidó bien presto de aquel incidente: pero Marta se acordaba con frecuencia de él, y sospechaba con razon de la vida de desórden y escándalo que el baron llevaba en Paris.

Las sospechas de la nodriza no podrian ser mas fundadas: el baron, segun habia hecho durante su vida, tiraba el dinero á manos llenas.

Hijo único de una noble y opulenta familia habia devorado ya la fortuna de su abuelo y la de su padre: la actriz mas á la moda, la bailarina mas en boga, la cortesana mas célebre por sus desórdenes, corrían siempre por cuenta suya y le ayudaban á tirar montones de oro: el juego, los caballos, las apuestas, acababan de disipar su crecido patrimonio.

Fernanda habia sido uno de sus mil caprichos: para conseguirla, puso á disposicion de su padre todo el dine-

ro que poseía, y ordenó á sus apoderados y administradores que vendiesen algunas fincas.

Cansado ya de la vida de Paris, donde le amenazaba la venganza de una familia opulenta, á cuya hija, habia engañado del modo mas miserable, decidió volverse á Madrid con Fernanda, que aceptó llena de alegría al saber que se iba á ver otra vez en su querida patria, que iba á abrazar á su padre y á la buena y cariñosa Leticia.

Por eso, pues, volvemos á hallarla alegre, risueña, rosada, mas bella que lo estaba al casarse, porque entonces llevaba aún grabada en el alma la imágen de Jorge.

Aquella imágen se habia borrado casi en su mayor parte, porque Fernanda habia llegado á amar á su marido: su aficion á Jorge habia sido el sueño de su adolescencia: su amor al baron era su primer amor, y este amor grave, basado en el deber, habia echado, é iba echando hondas raíces en su alma generosa.

A la hora en que volvemos á encontrar á Fernanda, se hallaba esta con su prima, y las dos jóvenes hablaban de proyectos de dicha entre alegres carcajadas.

El baron no estaba allí: se hallaba acostado aún, pues eran solo las doce de la mañana.

Era Setiembre: la mañana estaba hermosa, limpia la atmósfera, radioso el sol.

—Vamos á almorzar juntas, dijo la baronesa, y luego iremos á dar un paseo.

—Y tu padre almorzará solo? observó Leticia: ya sabes que eso no le gusta, querida Fernanda.

—Su padre almorzará con ella y contigo, dijo el Sr. B..... entrando: se convida.

—¡Ah! tanto mejor, querido papá, exclamó la joven saltando al cuello de su padre: ¿te convidas tambien á venir á paseo?

—No, á eso no, hija mia, respondió el anciano; tengo que hablar á tu marido, y esperaré á que despierte.

—Que le llamen, dijo la joven.

—Ahora no.....¿para qué? repuso el Sr. B..... cuyo

rostro se contrajo con una expresion de profunda pena: según me ha dicho su ayuda de cámara, ha encargado que le llamen á las dos.

—Ayer se levantó á las cuatro. ¡Ah, papá, qué triste y fastidiosa vida es la de gran señor! Alejandro cuando se levanta, solo tiene tiempo de vestirse para comer y siempre come sin gana.

—Ahora tendrá algunos quehaceres supuesto que se vuelve á marchar, observó el banquero.

—¿Qué se marcha! repitió Fernanda asombrada: ¿y adonde?

—¿No te lo ha dicho?

—No, papá!

—Se va á Baden.

—Pues si he de ir con él debo disponerlo todo! exclamó la baronesa.....querrá aprovechar esta última estacion de baños.....

—Se va solo, dijo el padre.

—Solo! no quede ser!

—Esa es á lo menos su intencion.

—Solo! ¡á los siete meses de casados! ¿Qué dirán! ¡y en qué tristeza quedaré yo!

—Y tanto mas, hija mia, cuanto que yo no puedo acompañarte porque salgo mañana para Londres á fin de arreglar un asunto comercial; solo te quedará Leticia.... Pero no.... yo confío en que tu marido te llevará, y no solo á ti, sino tambien á tu prima. En fin, ya hablaremos de eso....ahora vamos á almorzar, y luego que os pongan el coche y os vais á pasear: aprovechad la tarde que está hermosa: yo me quedaré, pues ya os he dicho que tengo que hablar con Alejandro.

—Y le disuadirás de la idea de marcharse solo?

—De eso trato.

Fernanda agitó el cordón de la campanilla, y dijo al criado que se presentó:

—Que sirvan el almuerzo.

Un instante despues se anunció que estaba en la mesa.

Ni el padre ni la hija hicieron álarde alguno de apetito: no podia comprender la jóven que su marido pensase en marcharse sin ella, sobre todo tratándose de una excursion de placer, como es la estacion en Baden: su padre parecia abrumado por tristes pensamientos.

Leticia no pudo disipar la nube de tristeza que envolvía aquella atmósfera caliente y perfumada.

—Nos iremos á la quinta, dijo Fernanda: ¡deseo tanto volver á verla! Vente tú tambien, Marta, añadió dirigiéndose á la nodriza que los servia: prefiero ir allí, á ir á la Fuente Castellana. ¿Cuántas veces me he acordado en Paris de nuestra bella casita!

Las dos jóvenes subieron al coche, y salieron con Marta, que las acompañaba, al trote del brioso tranco.

El señor Barón esperó á que su yerno se despertase, y para divertir la espera, trató de leer, de pasearse por el jardín, y de contemplar las hermosas pinturas de la galeria; pero en vano: era tal su zozobra, que nada alcanzaba á hacérsela olvidar.

Dijéronle, por fin, que el barón se habia levantado, y le anunció que descaba verle.

Algunos minutos despues, Alejandro apareció en el salon, é invitó á su suegro á pasar al comedor diciéndole que podrian hablar en tanto que tenia lugar su desayuno.

IV

El padre de Fernanda rehusó desde luego pasar al comedor.

—Lo que tenemos que hablar, querido Alejandro, no pueden oírlo los criados, respondió severamente, y debe quedar entre los dos.

Al hablar así, miraba el banquero con una mezela de terror y de aversion el estrago que los excesos de una vida disipada habian hecho en el barón.

Fernanda le habia visto constantemente bien vestido y elegante: aquella mañana, habiendo sabido por su ayuda de cámara que habia salido, no se cuidó de hacer ningún preparativo en su persona, y recibió á su suegro con la bata que se habia puesto al levantarse.

Sus ojos hundidos y apagados, la lividez de su semblante y el color blanquecino de sus labios le daban un aspecto repugnante.

—Querido suegro, repuso á la observación del banquero; yo acostumbro desayunarme así que me levanto, porque, si no, no tengo á la hora de la comida apetito alguno: vamos al comedor, y si lo que vd. tiene que decirme es tan reservado, me servirán el almuerzo, y despediré á todos los criados, porque para comer no los necesito.

—¡Sea! dijo el señor B..... es preciso que yo te hable, y pues no hay otro medio me avendré á ese.

El padre de Fernanda y su yerno pasaron al comedor; y despues de servida la suntuosa mesa, que se cubrió casi toda de fiambres, preparados con picantes para exitar el muerto apetito y destruido estómago del baron, este despidió á los criados que le servian.

—Ya puede vd. hablarme, dijo volviéndose al señor B..... ¿Qué es lo que tiene vd. que decirme de tan alta importancia? ¿Viene vd. á darme algun dinero? Muy bien me vendria porque estoy sin un cuarto.

—Yo pensé que marchándote á Baden, como segun he oido vas á hacerlo, tendrías dinero de sobra, observó el banquero.

—¡Qué disparate! justamente me voy porque no tengo un cuarto.

—Yo te he dado tres millones en cinco meses, dijo el señor B.....

—Y ¡ojalá me diera vd. los otros tres que me debe!

—¿Pero has gastado ya los tres?

—Le repito á vd. que no tengo un cuarto.

—¿Pero en qué, en qué se gasta así el dinero? ¿lo tiras acaso por el balcon?

El baron tragó lo que tenia en la boca y masticaba con gran hastío y dificultad; cruzóse de brazos, y mirando al padre de su esposa con la mas cinica insolencia, repuso:

—¿Sabe vd., caballero, que es muy extraño que se permita preguntarme en qué gasto mi dinero?

—¡Es verdad! repuso el banquero, rojo de colérica confusión: vd. es dueño de hacer lo que le dé la gana de él, y no obstante.....

—Y no obstante, yo soy tan bonachon que voy á dar á vd. gusto, diciéndole en qué lo he gastado; allá va. Primero en jugar, y este año con mala fortuna: luego en París, una jóven llamada Ernestina, y aqui otra llamada Sofia, á la que tal vez conocerá vd. de oidas, me han derrochado sumas enormes: á las dos les he regalado tiros para los carruajes y caballos de montar, amen de renovarles todo el mueblaje de su casa y de regalarles algunos brillantes.

—¡Miserable!..... exclamó el anciano, alzando convulsivamente su puño sobre la cabeza casi calva de su yerno.

Pero este se levantó con una terrible sangre fria, y cogiendo aquel puño con una mano de hierro, hizo caer de nuevo sobre su silla al banquero.

—¡Oh Dios! ¿á qué hombre he entregado yo á mi hija! esclamó!

—A un hombre que le libró de pegarse un tiro, viejo loco! repuso el baron: á un hombre que la miina, que la mira como á una bonita muñeca, que es á lo mas que ella y vd. podían aspirar! á un hombre que pagó con seis millones su capricho, y que quiere cobrar al instante, ¿lo oye vd? ¡al instante! ¡los tres que vd. le debe! á un hombre que iba á Baden á jugar y ganar por no pedir á vd. dinero, y que ahora, ademas de irse, se lo exige!

—Se irá vd. baluceó el banquero: se irá vd.; pero sin mi hija!

—¡Ud. esta loco! exclamó el baron: para nada necesi-

to á mi mujer: para nada me hace falta su compañía: pero ahora, aseguro á vd. que me seguirá!

El baron sorbió una taza de café muy cargado y mezclado con una buena parte de rom: luego salió del comedor y se entró en su cuarto cantando una arieta, con tanta frescura y sangre fria como si acabara de tener con su suegro la mas amigable conversacion.

El desgraciado padre salió del palacio del baron con paso vacilante y se dirigió á su casa.

Su cabeza estallaba: se volvia loco: pensaba con horror en quien era el hombre á quien habia entregado su hija, su Fernanda, tan linda, tan inocente, tan pura; y se acusaba amargamente por no haber tomado antes mejores informes, á pesar de la angustia en que le tenia sumergido su próxima e inevitable quiebra.

Entretanto Alejandro se vestia sin dejar de cantar: con un arte infinito y con la hábil cooperacion de su ayuda de cámara, restauró los restos de su belleza que habia sido muy notable: rizo sus cabellos, se puso dos dientes que llevaba postizos, despues de limpiar cuidadosamente los que le quedaban, y lavó sus manos con una pasta perfumada.

Hecho esto, y sabiendo que Fernanda se habia ido á la quinta, se fué al casino hasta la hora de comer.

Cuando volvió á casa, ya estaba en ella la jóven que le esperaba leyendo.

Así que le vio, corrió á él y le preguntó asiéndole las manos:

—¿Conque te vas?

—Nos vamos á Baden; ve preparandote querida mia, respondió el baron besándola en la frente.

—¿Qué! ¿voy yo tambien? exclamo gozosa Fernanda.

—¿Querias que me fuese sin tí? Pero te advierto que allí hay mucho lujo, y, mas que lujo todavía, elegancia.

—Yo tengo bastantes vestidos! dijo la niña con una bella sonrisa.

—Hazte algunos mas; cuatro ó seis por ejemplo.

—¿Me darás dinero?

—No: ahora me es imposible, pagaremos tu cuenta al volver.

—Prefiero pedirle á mi padre, observó Fernanda: ¡deber! eso es muy feo, amigo mio.

—Tu padre me habló esta mañana y me dijo que se hallaba tambien ahora con pocos recursos: así, pues, no le pidas.

—Entonces pasaré con los trajes que tengo, dijo la jóven.

—No sirven para allá, niña mia; en las estaciones de baños, se viste de un modo totalmente distinto que en la ciudad: ve á la mejor modista: que te enseñe figurines de los trajes de baños, y que te haga seis: no puedes llevar menos.

—Pero ¡deber á la modista! Mi mamá, segun dicen, jamas debió un cuarto á nadie.

—Tu mamá pensaba á la antigua y tu piensas del mismo modo. ¿Hay algo mas elegante que deber?

—¡Si! ¡el no deber! el que debe es porque gasta mas de lo que tiene, y eso es mal hecho.

Un criado que entró, presentó al baron una carta en una bandejita de plata.

Dentro de la carta, que era muy abultada, venian billetes de banco en gran cantidad.

El baron recogió estos dejando caer la carta y salió con precipitacion.

Fernanda, asombrada, le vió alejarse, y luego, inclinándose maquinalmente, cogió la carta.

Reconoció la letra de su padre, y sin saber la causa, tembló.

El fatal escrito decia así:

«Envio á vd. sus tres millones, y me mato como debia haberlo hecho antes de dar á vd. á mi hija: entónces, si hubiera muerto, hubiera sido con la conviccion de dejarla libre, y ahora muero con el nuevo dolor de dejarla entre-

gada á un miserable como vd. Dios, que nos juzgará, dará á vd. el castigo que merece por los insultos que me dirigió esta mañana, por la reclamacion de su dinero que me causa la muerte.»

Fernanda quiso gritar y no pudo, trató de salir y sus piernas se negaron á sostenerla: la voz se le anudó en la garganta; y cayó sin sentido sobre la alfombra.

Cuando volvió de su letargo, al percibir sobre su rostro el frío de la noche, se vió en un carruaje, y al lado de su marido.

—¿Donde estoy? exclamó la pobre niña.

—Conmigo, respondió la voz de su marido.

—¿Y mi padre?

El baron guardó silencio.

—¿Ha muerto?

—Sí, repuso el baron: ¿para qué te lo he de negar?

—Pero.... balbuceó Fernanda, en una carta que yo vi en el suelo.... que recogí y que leí, te decia que tú eras la causa de su muerte!.....

—Vamos, mi querida niña, dijo el baron no pienses en eso.... tu padre hizo por fin bancarota, y perdió la cabeza.... no pienses en eso, y piensa en que aun te quedo yo.

—Dios mío! ¡suicidado! ¡Qué poco pensó en mí! exclamó la desdichada niña: y ahora el infierno por toda una eternidad! y no habrá hallado á mi madre que era tan buena! ¡Ah! si ella hubiera vivido, mi padre no hubiera muerto!

Fernanda lloró largo rato: su marido dejó que su dolor se desahogase; al fin, el cansancio pudo mas que la aliccion, y la pobre niña se durmió, no sin que su sueño fuese interrumpido por fantásticas y tristes visiones.

Pocos dias despues, los periódicos de Madrid insertaban el siguiente suelto:

«Una desgracia lamentable ha venido á afligir á una familia muy conocida en la corte.

«El Sr. B....., opulento banquero, herido tal vez en

sus intereses por la crisis comercial que nos aflige, ha puesto fin á sus dias, suicidándose con una pistola en la noche del dia 11 de.....

«Por fortuna, su hija única se habia casado hace pocos meses con el señor baron de V..... y hallará en su matrimonio el consuelo de tan amarga pena.»

V

Leticia corrió á refugiarse con Marta en la quinta, donde tan felices dias habia pasado al lado de su prima, y que era en la actualidad el único asilo que le quedaba.

Lo mismo la jóven que la nodriza se hallaban inconsolables.

Aquella lloraba la muerte de su tio y la ausencia de su prima, y esta, sobre todo, el no haber podido consolar y acompañar á su Fernanda, de la que jamas se habia separado.

La salida de Madrid del baron y de su mujer, se parecia mas á una huida que á un viaje dispuesto y llevado á cabo con tranquilidad.

La madre de Gustavo fué el gran consuelo de las dos pobres mujeres en su dolor: y habiéndoseles noticiado que la quinta se iba á vender para pago de acreedores, la viuda aconsejó á su hijo que se casase con Leticia al instante, á fin de darle el amparo que le faltaba.

Un dia llegó una carta para Leticia: esta la abrió y dió á la madre de Gustavo otra que habia llegado para él.

Ambas tenian el sello de Baden. La de Leticia era de su prima, y respiraba una gran tristeza: pero de nada se quejaba, sino de no hallar consuelo para la muerte de su buen padre.

Decia que se hallaba delicada de salud y que deseaba mucho volver á España.

Apenas hablaba de su marido, y se limitaba á dar afectos suyos para Leticia y Marta.

—Lo que es á mí, dijo la nodriza, eso no me cuela: el señor baron no me puede ver ni en pintura: en cuanto á que mi pobre niña esté bien y contenta, lo creo menos; la conozco, y veo por lo que dice, que pasa allí la pena negra. ¡Ay, amo mio, amo mio! qué cuenta habrá tenido que rendir á Dios por dar á su hija semejante marido!

Al hablar así, con el acento de la desesperacion, se desprendian amargas lágrimas de los ojos de Marta.

Por la noche cuando Leticia y la nodriza pasaron á la quinta donde habitaba Gustavo y su madre, esta le dió la carta que el jóven habia recibido; Leticia miró la firma, y exclamó:

—¿Jorge! ¿es Jorge el que escribe?

—¿Si, hija mía, y bien tristemente! repuso la madre de Gustavo: lee!

Leticia leyó en voz alta lo que sigue:

«Aquí estoy, amigo mio, buscando alivio á una dolencia que me aqueja desde hace algun tiempo y que no sé si tendrá remedio, y aquí ha venido ella tambien con su marido, como si el cielo deseara negarme el bien del olvido.

«¡Pobre Fernanda! qué cambiada la he hallado; ya ha desaparecido la niña alegre y llena de gracias, y solo hay en su lugar una triste mujer, pálida y abatida.

«He sabido el trágico fin de su padre, no por ella, con quien ni una sola palabra he cambiado, sino porque aquí hay una crónica que se ocupa y publica la historia de todos los viajeros que llegan, y escudriña si vienen por motivos de salud, de especulacion ó por otra cualquiera causa que sea: es decir que, al instante que llega una persona, se averigua su vida privada, lo que ha sido, lo que es, y hasta lo que espera ser.

«Envuelta, pues, en vapor de la sangre del hombre desgraciado á quien esperé llamar padre un día; envuelta en la muerte del padre de Fernanda, ha llegado la historia de su marido; historia repugnante, llena de desórde-

nes como tantas otras: se ha dicho que él ha ocasionado la muerte de su suegro pidiéndole con premura, y para vengarse de sus reconvenções, tres millones que le debia, y que el infeliz se dió la muerte al enviárselos porque esto le arruinaba tan por completo como iba á quedarse el día que se los prestó.

«Y todo esto debe saberlo esta desventurada criatura, porque aunque estuviera ignorante de ello, aquí se habla del asunto, y se comenta sin miramiento alguno.

«Ademas, la vida que lleva su marido, es el escándalo de esta gente que se escandaliza de muy pocas cosas: el baron pasa las noches jugando, y aunque se le dejaba cuando llegó ganar alguna vez, ahora pierde siempre, y la crónica de que te hablé, dice que se halla completamente arruinado.

«La desgracia ha caído, pues, formidable, inmensa, sobre Fernanda, antes de haber cumplido los diez y seis años de su vida. ¡Pobre niña, á la que queria, á la que podia yo haber hecho tan feliz! ¡De qué le ha servido dar su libertad y la dicha de toda su vida para salvar á su padre de la ruina, si esta ruina se ha consumado con tan horribles circunstancias! ¡si este padre ha muerto de tan desastrosa manera!

«Ella vive muy retirada: apenas sale de su habitacion á la fonda: no obstante, cuando se dispone alguna partida de placer, alguna diversion general, en la que seria notado el no tomar parte, allí está la baronesa de Valdemar, silenciosa y triste; pero con una plácida sonrisa y una dulce palabra en los labios para todo el que le habla: á pesar de su profunda melancolía y de su débil salud, su belleza y su exquisita y delicada elegancia la hacen sobresalir entre todas estas grandes señoras que se presentan cubiertas de encajes y de brillantes: mas que un cuerpo, es una alma: ó, mas bien, diré de ella lo que Lamartine decia de Julia: es una enfermedad contagiosa del alma bajo las formas mas seductoras que puede tomar la mujer.

«Por todas partes halla afecto y simpatía: porque esta criatura, inocente, modesta, silenciosa, llena de bondad para todos, no excita mas que la simpatía sin despertar la emulación.

«Aquí estoy encadenado á sus pasos con una fuerza que no puede mi corazón contrarestar: desde que ha llegado, creo que respiro mejor: su marido no me conoce: con ella me he encontrado dos ó tres veces en el paseo solitario que doy cada mañana: me ha visto y me ha sonreído con afecto como á un amigo antiguo: yo no me he atrevido á hablarla, porque su inocencia y su desgracia han atado mi lengua con lazos que no podía ni quería romper.

«Adios, amigo mio: soy muy desgraciado, pero no tanto como antes desde que la veo: cuando ella se vaya de aquí, no la seguiré, pero tampoco me quedaré en estos sitios.

«Dime si te has casado ya con la bella y simpática Leticia, que será, estoy seguro de ello, una tierna compañera para ti, y una hija muy buena para tu madre.

«Dichoso tú, y ojalá Dios te conserve la felicidad que á mí me niega!

«Te abraza tu amigo invariable

JORGE.»

—¡Oh, mi pobre Fernanda! exclamó Leticia; tu martirio es horrible y tan silencioso, que no alcanza ni alcanzará ninguna gloria!

—Dios ha dicho—*los que lloran serán consolados*,—repuso la madre de Gustavo; y El dá la recompensa en el cielo á esos mártires que el mundo no conoce.

—¡Qué distinta es mi suerte! repuso la jóven: yo, por pobre, podré unirme al hombre á quien amo: el trabajo nos dará su sabroso pan y su tranquilo sueño, y seremos ambos dichosos! y ella.....

—Ella ha tenido que inmolarse como víctima de las

riquezas de su padre. ¡Ah! cuando nos quejamos de la suerte, ofendemos á Dios y no sabemos lo que pedimos! Pero mi querida Leticia, dispón lo que tengas que arreglar, porque Gustavo y yo deseamos que vuestra boda se verifique el próximo domingo: el invierno llega y es preciso irse ya á Madrid, despues de haber pasado aquí los primeros dias.

V.

A entradas del invierno, el baron y la baronesa de Valdemar llegaron á Madrid.

Leticia, que hacia poco mas de un mes que se habia casado, fué la encargada por Fernanda de prepararles su soberbio palacio de Recoletos, que se hallaba cerrado desde su salida, pues los criados habian sido despedidos.

Leticia, que vivia en una modesta pero alegre casa con su marido y la madre de este, sintió que su corazón se oprimía al entrar en aquella suntuosa á la par que triste morada.

Inyadío todo el polvo, y las cortinas corridas, de seda muy espesa, no dejaban paso á la luz.

A las cuatro de una nebulosa tarde de Octubre, se detuvo á la puerta el coche que traia desde la estacion del ferrocarril á Fernanda y á su marido.

Leticia y el suyo se hallaban allí para recibirlos: las dos primas se abrazaron con ternura, y la jóven esposa del doctor, colmó de besos y de caricias á la baronesa de Valdemar.

Pero de repente detuvo sus trasportes y miró á Fernanda con terror.

Esta se hallaba espantosamente cambiada.

La palidez de sus mejillas ya no era aquella fresca y rosada, que tan interesante la hacia en otro tiempo: hallábase su semblante cubierto de un color plomizo y casi lívido, producto de largas noches de llanto y de insomnio.

«Por todas partes halla afecto y simpatía: porque esta criatura, inocente, modesta, silenciosa, llena de bondad para todos, no excita mas que la simpatía sin despertar la emulación.

«Aquí estoy encadenado á sus pasos con una fuerza que no puede mi corazón contrarestar: desde que ha llegado, creo que respiro mejor: su marido no me conoce: con ella me he encontrado dos ó tres veces en el paseo solitario que doy cada mañana: me ha visto y me ha sonreído con afecto como á un amigo antiguo: yo no me he atrevido á hablarla, porque su inocencia y su desgracia han atado mi lengua con lazos que no podía ni quería romper.

«Adios, amigo mio: soy muy desgraciado, pero no tanto como antes desde que la veo: cuando ella se vaya de aquí, no la seguiré, pero tampoco me quedaré en estos sitios.

«Dime si te has casado ya con la bella y simpática Leticia, que será, estoy seguro de ello, una tierna compañera para ti, y una hija muy buena para tu madre.

«Dichoso tú, y ojalá Dios te conserve la felicidad que á mí me niega!

«Te abraza tu amigo invariable

JORGE.»

—¡Oh, mi pobre Fernanda! exclamó Leticia; tu martirio es horrible y tan silencioso, que no alcanza ni alcanzará ninguna gloria!

—Dios ha dicho—*los que lloran serán consolados*,—repuso la madre de Gustavo; y El dá la recompensa en el cielo á esos mártires que el mundo no conoce.

—¡Qué distinta es mi suerte! repuso la jóven: yo, por pobre, podré unirme al hombre á quien amo: el trabajo nos dará su sabroso pan y su tranquilo sueño, y seremos ambos dichosos! y ella.....

—Ella ha tenido que inmolarse como víctima de las

riquezas de su padre. ¡Ah! cuando nos quejamos de la suerte, ofendemos á Dios y no sabemos lo que pedimos! Pero mi querida Leticia, dispón lo que tengas que arreglar, porque Gustavo y yo deseamos que vuestra boda se verifique el próximo domingo: el invierno llega y es preciso irse ya á Madrid, despues de haber pasado aquí los primeros dias.

V

A entradas del invierno, el baron y la baronesa de Valdemar llegaron á Madrid.

Leticia, que hacia poco mas de un mes que se habia casado, fué la encargada por Fernanda de prepararles su soberbio palacio de Recoletos, que se hallaba cerrado desde su salida, pues los criados habian sido despedidos.

Leticia, que vivia en una modesta pero alegre casa con su marido y la madre de este, sintió que su corazón se oprimia al entrar en aquella suntuosa á la par que triste morada.

Inyadío todo el polvo, y las cortinas corridas, de seda muy espesa, no dejaban paso á la luz.

A las cuatro de una nebulosa tarde de Octubre, se detuvo á la puerta el coche que traia desde la estacion del ferrocarril á Fernanda y á su marido.

Leticia y el suyo se hallaban allí para recibirlos: las dos primas se abrazaron con ternura, y la jóven esposa del doctor, colmó de besos y de caricias á la baronesa de Valdemar.

Pero de repente detuvo sus trasportes y miró á Fernanda con terror.

Esta se hallaba espantosamente cambiada.

La palidez de sus mejillas ya no era aquella fresca y rosada, que tan interesante la hacia en otro tiempo: hallábase su semblante cubierto de un color plomizo y casi lívido, producto de largas noches de llanto y de insomnio.

Sus grandes y hermosos ojos negros estaban como agobiados por la tristeza de la frente y por las cóncavas y oscuras ojeras que los rodeaban.

Ya no eran sonrosados sus labios, y la sonrisa que los entreabría con frecuencia, era tan triste que, al verla, se sentían deseos de llorar.

—¿Me halláis muy cambiada, verdad, amigos míos? preguntó la baronesa al doctor y á Leticia: he sufrido mucho moral y físicamente, y no es extraño: mi pobre padre... ¡Ah! esta casa está aun llena de su memoria, pues aquí estuvo el día antes de morir!

Fernanda dejó escapar de sus abatidos ojos algunas lágrimas: su marido la miró enojado y dijo con dureza:

—A la verdad, querida, que ya es ridículo tan largo dolor! Si todos los que pierden á sus padres se pasaran la vida llorando, estaria bueno el mundo!

Fernanda alzó sobre su marido una mirada, llena á la vez de tal amargura y de tanta admiración, que éste tuvo que bajar los ojos, y despues de contemplar con enojo y frialdad á Leticia y al doctor, se retiró á su habitación sin dirigirles una palabra de cumplimiento ó despedida.

Gustavo, ofendido, hizo una señal á su mujer para marcharse; pero Fernanda, asiendo una mano de su prima y otra del doctor, exclamó:

—¡Oh, no; no os vayais todavía; deseaba tanto veros!

—Parece que nuestra presencia no es de ningun modo agradable al baron, dijo Gustavo, y por mi parte deseo no serle molesto.

—¡Molesto! No, no lo temas, querido primo! exclamó la baronesa: no, él es así... algo brusco, pero ama todo lo que me pertenece... no le hagais caso ni tú ni Leticia: los hombres de negocios son todos ásperos... ya se sabe... Mi pobre padre lo era tambien algunas veces...

—¡Ah, perdonad! el nombre de mi padre viene sin cesar á mis labios, y su memoria no se separa un instante de mí. Pero hablemos de vosotros... ¿sois dichosos? así lo

creo, y no sabeis con cuanto gusto pasaré algunos ratos en vuestra casita, que debe ser un cielo de alegría y de felicidad.

—Sí, soy dichosa, prima mia, respondió Leticia; mas dichosa sin duda que tú, que estás en extremo alterada y triste.

Fernanda iba á hablar: su corazón subia á sus labios: su alma necesitaba expansion... pero la pobre mártir tenia, para mostrar sus dolores, que culpar á su marido, á su marido á quien amaba, y se detuvo.

Al cabo de algunos instantes de silencio repuso:

—No te ocultaré que sufro algunas veces, prima mia: ¡sí, sufro porque me acuerdo de mi padre!

Sonó en esto la campanilla de la escalera: se oyó abrir la puerta, y despues un altercado en el que se mezclaban la voz de tiple de una mujer y la voz gruesa del lacayo de la antesala.

Leticia escuchó admirada: el ruido de la contienda se iba acercando, y la baronesa se acercó tambien á la puerta: ya iba á abrirla, cuando se abrió por sí misma, y una mujer gritó, al penetrar, con tanto ímpetu, que casi hizo caer á la baronesa.

—He dicho que entraria, y entraré.

Era una joven de lindas y graciosas facciones y de aire atrevido: era la misma Ernestina á quien conocimos en el Hotel de Paris.

Venia elegantemente vestida con un traje de seda azul y un abrigo de terciopelo, pues la tarde estaba fria; un sombrero azul, mitad de raso y mitad de blonda, cubria sus cabellos negros y brillantes, ligera y naturalmente ondulados.

El criado de la antesala entró tras ella y dijo á Fernanda:

—Señora baronesa, la señora se ha empeñado en ver al señor baron, y como no tenia orden suya de dejarla pasar, yo no queria.....

—¡Vd. es un insolente! gritó Ernestina: el baron me

escribió ayer que llegaba, y he querido verle: si él supiera que vd. se ha atrevido á impedírmelo.....

—Retírese vd., dijo Fernanda al doméstico con su dulzura acostumbrada; y volviéndose á la jóven añadió:

—En cuanto á vd., señorita, puede esperarle si quiere: ahora se le avisará.

Ernestina miró asombrada á Fernanda: luego se vieron humedecer de lágrimas sus bellos y atrevidos ojos: por último cómo si no pudiera resistir al impulso secreto de su alma, se lanzó hácia la baronesa y le preguntó:

—¿Cómo señora! ¿no le importa á vd. que vea á su marido? ¿No sabe vd. quién soy yo? ¿No recuerda vd. haberme visto en Paris, cuando fui á buscarle tambien al Gran Hotel?

—Si, dijo la baronesa: recuerdo haber visto á vd.

—¿Y no adivina vd. nada?

—Entonces nada pude adivinar, porque era muy niña y muy inocente: ahora que el dolor ha abierto algun tanto mis ojos, creo adivinar algo triste para mí, pero aun mas triste para vd.

—¿Y no me hace vd. arrojar de su casa.

—No! es vd. mujer y desgraciada, porque camina por una senda torcida.... Además, ¿qué adelantaria yo con dar un escándalo? Hacer á vd. un nuevo daño, pobre jóven.

—Oh, señora, exclamó Ernestina, tomando la mano de Fernanda y cubriéndola de besos y de lágrimas; ¡como es posible que haya un hombre capaz de preferirme á vd.! ¡Perdon, ángel del cielo! yo soy una de las que consuman la ruina del baron, pero no la única.... he sabido lo que ha hecho en Baden; y apenas he tenido noticia de que se hallaba aquí por una carta suya, he venido á decirle que es un infame: ¡oh! si vd. supiera....

—Nada quiero saber de lo que no hace favor á mi marido, repuso Fernanda con dulce dignidad: en cuanto á vd. la compadezco, ¡pobre jóven! es seguro que ni ha conocido á sus padres, ni tiene tampoco un esposo, quien

por mas extravíos que tenga, es siempre el amparo mas seguro y mas legitimo.

—¡Ah, señora! qué triste verdad hay en lo que vd. piensa, exclamó Ernestina volviendo á su llan'o; yo soy una de tantas desdichadas que no tienen familia, ni cariño, ni afecciones en el mundo: fui hija única y mis padres me adoraban: nada aprendí del gobierno de una casa, ni de las labores propias de mi sexo, ni de nada de lo que ilustra el entendimiento y eleva la inteligencia: murieron; y el desamparo, la pobreza, mi completa ignorancia, me condujeron á la vida del galanteo, de la disipacion: creyéndome amada, viéndome cubierta de galas y joyas, nada mas pedía al porvenir, y así pasé la primavera de mi vida: mas poco á poco he ido viendo que todo era mentira, y que el amor verdadero ni se compra ni se vende.... Hoy que tengo ya veinticinco años y la ruina de algunas familias pesando sobre mi conciencia, envidio á la pobre obrera, esposa y madre, á la que ama á un hombre honrado de su clase, con un cariño honesto y correspondido.

¡Adios, señora! prosiguió la jóven: no seré yo la que contribuya mas á la ruina consumada ya del baron: venia á llenarle de improperios; pero prefiero alejarme sin decirle nada: ojalá sea vd. tan dichosa como merece y yo le deseo.

Salió Ernestina; y Fernanda, ruborizada de que Leticia y su marido hubieran sabido los crueles misterios de su vida doméstica, procuró recobrase y hablar de mil cosas que les distrajesen de lo que acababan de oír: pero el doctor y su esposa conocieron la violencia que la pobre jóven se estaba haciendo y se despidieron de ella.

Así que salieron, el rostro de Fernanda se cubrió con la densa sombra del dolor, y dejando caer la frente en su mano, quedó por largo rato meditabunda y sumergida en amargas reflexiones.

El invierno se pasó dando el baron de Valdemar cada dia un nuevo escándalo, no solo con sus ruidosos amores con todas las beldades de moda, sino tambien con algunos lances de honor en que se vió envuelto á causa de sus continuas conquistas.

Desde su vuelta de Baden, el dinero escaseaba cada vez mas en el palacio de Valdemar: los criados se habian despedido en su mitad y los que quedaban servian con ese ceño, con ese despego, propio de los sirvientes mal pagados.

Fernanda vió llegar un dia en compañía de su marido á un hombre flaco, amarillo y vestido con un deteriorado traje negro; seguíanles dos mozos de cordel, que conducian una enorme caja y todos se dirigieron al comedor: el baron mismo abrió los chimeros, y toda la vajilla de plata labrada fué colocada en la caja y conducida fuera de su casa.

El baron esperaba de su mujer reconversiones ó, á lo ménos, preguntas; pero ésta no le dijo ni una sola palabra, ni su bello rostro perdió nada de su apacible serenidad.

Enternecido el esposo calavera, se acercó á ella y la asió de las manos mirándola con admiracion.

—Fernanda, le dijo, estamos arruinados, no te lo quiero ocultar.

Fernanda le miró con sobresalto: el baron añadió:

—He jugado y perdido mucho: todo lo mio y hasta tu dote.

—Yo no tenia dote, repuso la jóven.

—Lo tenias porque yo te lo habia señalado.

—Entonces era tuyo.

—Mañana, Fernanda, tendremos que abandonar esta casa que se va á vender para pago de acreedores y te habré de llevar á otra mucho mas modesta.

—No te apures por eso, dijo la esposa, y para satisfacer

al acreedor mas exigente ó que tenga mas razon, toma mis diamantes: ya sabes que me visto poco de noche.

—Pero esos diamantes son en su mayor parte de tu madre.

—Reservaré éste que siempre llevaba puesto, dijo Fernanda mostrando en el dedo anular de su preciosa mano, una sortija pequeña: los demas te los ofreceré tambien mi buena madre si viviera y necesitaras de ellos.

—¡Ah! ¡qué buena eres, Fernanda! exclamó verdaderamente enternecido aquel hombre disipado y frívolo; ¡y yo qué poco te merezco! ¿No me aborreces?

—Fernanda dejó escapar un triste suspiro: su marido se dejaba llevar por su afán de lujo, por sus inclinaciones disipadas: pero esto, se sentia inclinada á perdonárselo, puesto que para ella siempre habia sido comedido y casi galante: lo que no podia olvidar era que habia contribuido á la muerte de su padre.

—Te compadezco, respondió la joven á la pregunta que su marido acababa de hacerle: te compadezco porque no sabes ó no puedes huir de esa vida que te arruina.... ¿Di, no tienes una casa en una provincia adonde nos podamos retirar algunos años? Yo te prometo que, si me dejases la direccion de los negocios, pronto desempeñarías todos tus bienes y nuestra casa volveria á estar floreciente y rica.

—¡Ah! y entonces yo te juro que no volveria á disipar nuestros caudales tan locamente como ahora, dijo el baron: ya conozco lo que el mundo dá de sí y deseo el retiro y el descanso.... Tengo, en efecto, una casa en un pueblecito de Extremadura.

—¿Se puede vivir en ella? preguntó ansiosa Fernanda.

—Es muy vieja y muy fea, aunque grande.

—No importa, vámonos allá: justamente ahora llegaría pronto la primavera

—No, aun no..... dijo el baron: esperemos todavía

algunos días: tengo aun algunas esperanzas.... si se defraudan, nos iremos, aunque por ahora no muy á gusto mio: la casa necesita reparos, sobre todo por ti, mi pobre Fernanda.

El baron, para buir de las instancias de su mujer, salió de la habitacion: hacia días que le preocupaba una loca afición á una dama jóven y bella, que rechazaba sus pretensiones, y cuya aversion crecia, á medida que se aumentaban los extremos del baron, que eran ya el pábulo de todas las conversaciones.

¿Qué pensaba de Fernanda la sociedad, en la que vivia su marido? Lo mas injusto, lo mas absurdo, lo que se hallaba mas distante de la verdad.

Que era una niña casi imbecil, indiferente á todo, vulgar y con sus puntas de beata.

La misma noche del día en que la baronesa instó á su marido para que consintiese en retirarse á la aldea, llegó éste en su coche acompañado de dos amigos y con una bala en el costado, que el esposo de la bella jóven á quien perseguia le habia alojado allí en un desafío.

Al día siguiente, y despues de la primera cura, el baron y la baronesa de Valdemar salieron para el pueblo donde estaba la casa solariega del primero.

Su fortuna se hallaba del todo arruinada.

Su palacio, sus bienes, sus fincas, sus carruajes, sus caballos y hasta sus muebles, estaban embargados por los acreedores.

VIII

Seis años despues, y en una fria noche de Diciembre, los dos esposos se hallaban sentados al lado de una antigua chimenea, en la que ardia un abundante fuego.

El baron se hallaba flaco, casi demacrado, y su aspecto indicaba que sufría.

En efecto, su herida le habia dejado reliquias difíciles

de curar, ó por mejor decir, que debian acompañarle toda su vida.

Interesado el hígado y gravemente lesionado, le producía padecimientos continuos, que ora se suavizaban á fuerza de calmantes, ora se exacerbaban, sin que nada fuera bastante á mitigar sus agudos dolores.

Ya no habia en aquel hombre, que el mundo habia devorado con sus espantosas fauces, rastro alguno de belleza: se hallaba calvo, sin dentadura, y su flaco cuerpo se movia dentro de una bata de raso oscuro, entretelada, y ceñida á su angulosa cintura por un cordón de seda.

Fernanda no habia hecho mas que cambiar la forma de su martirio, pero el martirio existia, si bien mas silencioso y mas mudo que nunca.

Nadie iba á aquella casa, porque el baron, de carácter altanero é intolerante, excitaba una universal antipatía; y la baronesa, únicamente consagrada al cuidado de su marido y de su casa, á pesar de su extrema juventud, solo salia de ella para ir á oír misa á una iglesia cercana.

Jamás tomaba el sol, ni respiraba la brisa del campo, ni salia de entre aquellas espesas paredes heladas y sombrías.

La palidez de la jóven se habia aumentado, ó mas bien se conservaba la que se advertía en ella á su vuelta de las aguas de Baden, y que ya no volvió á desaparecer.

Se hallaba ademas en los últimos días de un embarazo que para ella habia sido un continuo sufrimiento fisico; pero con qué paciencia, y hasta con qué alegría habia soportado sus padecimientos! ¡Iba á tener un hijo despues de siete años de matrimonio, es decir, cuando ya habia perdido toda esperanza de ser madre! ¡Iba á tener en su sociedad, la mas grata, la mas bella, la mas dulce compañía en su hijo!

Esta idea consoladora sostenia el valor de Fernanda:

ademas, su economía, su continua aplicacion al buen órden de la casa, la modestia de su mesa, y la absoluta carencia de gastos por su parte y por la de su marido, quien á causa de su retiro y del estado de su salud, no podia tampoco gastar, iban mejorando su fortuna.

Fernanda habia conseguido con la venta del trigo, del vino y del aceite, desempeñar su casa de Madrid y la mayor parte de sus bienes embargados: podia, pues, dentro de uno ó dos años, á lo mas, decir á su marido:

—¡Vuelve á Madrid si ese es tu deseo! Yo me iré tambien para alentarte, y nuestro hijo te separará de la senda de los extravíos; ahora ya tienes por quien mirar; sé padre, ya que no sepas ser esposo!

Todas estas ideas y la seguridad de una conciencia pura, el mayor bien que el cielo nos puede conceder, vestian al porvenir de aquella jóven de veintidos años de nubes rosadas, y la consolaban de las asperezas de su marido, quien, irritado contra sí mismo, pasaba el dia y la noche en una continua y amarga queja.

¡Pobre Fernanda!

Allí en aquella sombría casa, al lado de aquel esposo, egoísta, injusto y cruel; al lado de aquel réprobo, arruinado por el mundo, y á quien el mundo arrojaba de su seno, enfermo y envejecido, la desgraciada jóven se parecia al ángel de la Guarda, á ese celeste mensajero que Dios coloca al lado de los míseros mortales para aliviar sus dolores y mostrarles el camino del cielo.

—¡Qué odiosa soledad! murmuró amargamente el baron: siempre aislados de todos: ¡imbécil gente la de este pueblo!

Fernanda pasó la mano por la cabeza de un gran mastín sentado á sus piés, y que correspondió á su caricia con una mirada de amor y guardó un melancólico silencio.

El baron, irritado, dió un puntapié al perro, que se reñugió gimiendo detras de su ama.

Esta se estremeció como si ella misma hubiera recibi-

do aquel castigo injusto y cruel: se conocia bien que no en vano vivia hacia siete años en una violencia continua, en un continuo padecimiento moral, y que sus nervios doloridos y excitados la tenian en un estado de sufrimiento y debilidad, que hubiera alarmado á cualquiera que se interesase por ella.

—¡Habla! gritó su marido irritado: cuando me quejo, jamás me respondes, y parece que tengo á mi lado una persona sorda y muda.

—¿Qué quieres que te diga? repuso la baronesa: estamos solos, es verdad: pero ¿cómo ha de venir la gente del pueblo á vernos, si á nuestra llegada vinieron á visitarnos algunos vecinos y á nadie quisiste recibir?

—¡Porque son todos unos imbéciles, estúpidos y repugnantes!

La baronesa volvió á guardar silencio.

—¿Se ha avisado al médico nuevo? volvió á preguntar el baron.

—Sí, respondió Fernanda; pero como ha llegado esta mañana....

—¿Y eso qué tenia que ver? ¡Será quizá otro padre cómodo como el que, gracias á Dios se ha muerto!

Nuevo silencio de Fernanda.

—¿Cuándo se ha avisado al médico? preguntó su marido.

—Esta tarde, respondió Fernanda.

—¿Pero á qué hora?

—A las tres.

—Me gusta la diligencia! gruñó otra vez el baron: ¡se le avisó á las tres, y aun no ha tenido por conveniente dejarse ver!

—Señora, el señor médico pide permiso para entrar, dijo á la puerta una aldeana que servia á los dos esposos.

—¿Qué gente mas cerril! exclamó el baron: ¡el señor médico! ¡que pase al instante, animal!

Un instante despues entró el doctor: era jóven, de

gallarda figura, pero su aspecto revelaba profunda tristeza.

Fernanda volvió la cabeza para verle: la luz del quinqué dió de lleno en la cara del doctor, conforme se iba acercando; la baronesa le miró, y dejó escapar un agudo grito: ¡era Jorge!

En seguida cayó sobre su asiento sin voz y sin color: cerró los ojos y llevó la mano al corazón con una expresión de sumo sufrimiento. El médico, sin hacer caso del baron, sin pensar siquiera en que estaba allí, se lanza hacia la jóven y grita á su vez:

— ¡Fernanda!

Levántose el baron pálido y sombrío, y se acercó al grupo encantador que formaba la inanimada jóven y el médico.

— ¿Qué es esto? murmuró con las mejillas cubiertas de un color de púrpura, que era casi violado: ¿quién es vd.? ¿á qué viene vd. aquí?

Jorge no respondió: sostenia en su brazo la pálida cabeza de Fernanda, cuyos largos cabellos negros se habian desprendido del peine que los sujetaba y caian por su espalda.

Hacia seis años que no veía á aquella mujer, que no se separaba jamas de su pensamiento: desde Baden, no habia vuelto á hallarla en el camino de la vida, ni se habia atrevido tampoco á buscarla.

¡Cómo la hallaba ahora! La profunda mirada de la ciencia descubria el martirio horrible, silencioso é ignorado de todos que habia sufrido Fernanda, y los estragos que aquel martirio habia hecho en su organismo tan débil, tan nervioso, tan delicado.

¡Fernanda se habia mecido en esperanzas engañosas! ¡Fernanda se habia ido quedando pálida, flaca como una sombra! ¡Fernanda iba á morir!

El alma era lo que enviaba al rostro reflejos de dicha y de esperanza; pero el continuo dolor moral que por espacio de siete años habia sufrido, sus noches sin sueño,

sus largos dias pasados en el llanto por las sinrazones de su marido y sin tomar alimento alguno; su eterna soledad, su excesivo trabajo material, á fin de que sin mas criados que una tosca aldeana, no faltase nada á las continuas y ridículas exigencias de su esposo; sus cavilaciones, sus penas, el recuerdo de su padre, de su prima y de Jorge, de todo aquello, en fin, que amaba y que se hallaba lejos de ella, todos estos dolores propios de la vida, habian ido adelgazando y estaban próximos á romper el hilo de la suya.

Jorge leyó la terrible sentencia en la lívida frente de Fernanda: alzó al cielo sus grandes ojos negros, y dijo á imitación de Jesus:

— ¡Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz!

IX

Abrió los ojos por fin la baronesa, y su mirada buscó con inefable alegría la mirada de Jorge.

¡Cuánto, en sus largas horas de soledad, cuánto habia pensado en él y le habia llamado! ¡cuántas veces soñó que salia del templo asida de su brazo, coronada de azahar, vestida de blanco y unida á él para siempre! En aquella mirada, se encendia el fuego de una fiebre mortal, y en medio de su extravío no vió al baron, sino al único hombre á quien habia amado.

— ¡Jorge! exclamó: ¡ya estás aquí! ¡al fin te veo! ¡yo creí que te habias muerto!.... ¡cuanto he llorado por tí....

— ¡Ah! balbuceó el baron con acento concentrado: ¿conque este es aquel Jorge que tú nombrabas soñando, y al que jamas nombrabas despierta?

— No puede responder á vd., señor baron, dijo el médico; su estado es muy grave.... es preciso acostarla....

—¡Ya! ¿conque muy grave, eh? repitió el esposo con acerba sonrisa.

—Muy grave.... lo repito! afirmó Jorge con solemnidad terrible.

—Y vd.... Jorge.... el amante con quien ella soñaba, viene á asistirle.... á cuidarla.... á estar á su lado.... Vaya, vaya.... que es chistoso!

—Es una cosa muy triste, señor baron, y muy terrible para mí lo que va á suceder, dijo el jóven doctor, reclinando en el respaldo del sillón la cabeza de la baronesa, cuyas mejillas se encendían ya con el fuego de la fiebre; pero, ante todo, debo decir á usted, que hace seis años que no veo á su esposa, y que desde que nuestro enlace, próximo ya á verificarse, se rompió hace siete años, no le he dirigido la palabra.

—¡Bah, bah! ¿Si pensará vd. que yo creo en esos amores de libretos románticos? dijo el baron: ¿sabe vd. que conozco el mundo mucho mas que usted?

—A la verdad, yo le conozco muy poco, repuso Jorge con una tristísima sonrisa: el estudio y Fernanda han sido las dos únicas cosas que en él han fijado mi atención: pero la baronesa de Valdemar no es ya Fernanda para mí, aunque debo confesar á vd. que endulzaré todo lo posible su agonía.

—¡Su agonía! exclamó el baron, levantándose de su asiento, lívido, con los ojos dilatados por el espanto.

—Su agonía, señor baron.

—Pero.... ¿está enferma?....

—No verá el sol de mañana.

—No, no, eso no puede ser! gritó el baron recobrando de repente un vigor extraño, y arrojándose á los pies de su mujer: ¡morirse.... ella!..... ¡pero si le han llamado á vd. para mí.

—Ya lo sé: y yo vine porque no sabia quién era vd., ni que ella habitaba aquí: sin embargo, señor baron, vd., aunque sufriendo algo de su dolencia, puede aun vivir largos años.... ¡pero ella morirá muy pronto!

—¡Oh, no! gimió el baron llevando á sus labios las manos de la jóven: ¡dejarme ella, ahora que, gracias á sus esfuerzos, podíamos volver á Madrid! ahora que yo podría pagarle todo lo que le debo! ¡dejarme ella que es mi ángel tutelar, mi dulce compañera, mi todo en este mundo! ¡no, eso no puede ser; vd. no sabe, doctor, cuánto la amaba yo, á pesar de mis extravíos, á pesar de mi carácter irascible, á pesar de mis modales bruscos!..... ¡morirse! ahora que iba á ser mía otra vez..... ¡ahora que iba á ser madre!..... Doctor, añadió volviéndose á Jorge, lo que mas he deseado toda mi vida ha sido un hijo... Fernanda me iba á dar uno; pues bien; si el parto está cerca y es necesario, sacrifíquelo vd. á la vida de su madre... que viva ella, y todo es nada para mí!.....

Jorge mecía la cabeza con melancolía.

—El hijo sacrificado no salvaria á la pobre madre, dijo.

—¿Por qué?

—Porque la herida de Fernanda está en el corazón.

—¿De qué proviene, pues?

—De haber sufrido mucho!

—Y esos pesares, ¿quién los ha ocasionado? ¡Yo! ¡yo, sin duda! exclamó el baron: ¡oh, sí! Yo he sido para ella el mas cruel, el mas egoísta de los hombres.

—Ignoro cuál ha sido la vida de Fernanda en el largo espacio que yo no la veo, dijo Jorge; solo si puedo asegurar que ha sufrido mucho.... ¡mucho! El egoísmo de los hombres! ¡ah! ¡cuántas víctimas hace! prosiguió el jóven doctor: ¡a cuántas mujeres he curado ó asistido heridas nada mas que de melancolía ó desesperación! Si, caballero; todas las faltas, todos los vicios de los hombres nacen del egoísmo: de pensar mas en sus placeres que en la tranquilidad y en la dicha de sus esposas, pues si pensarán en ellas, procurarían no ofenderlas. Vamos, señor baron: conduzcamos á Fernanda á su cuarto, y si vd. la ha hecho sufrir, bastante castigado estará con su recuerdo, cuando ella haya volado al cielo.

El baron no respondió: gruesas lágrimas caian de sus ojos; ayudó á Jorge á trasladar á su cuarto el cuerpo de Fernanda, que habia quedado de nuevo sumergida en una congoja profunda.

La aldeana la desnudó y la acostó, sin que ella hiciera el menor movimiento.

Jorge salió de la estancia y de la casa: necesitaba aire y espacio porque se abogaba: volver á ver á Fernanda despues de seis años, y volverla á ver para asistir á su muerte, era una cosa superior á sus fuerzas. Su cabeza estaba dolorida y abrasada: zumbaban sus sienes, y hubo algunos instantes en que tuvo que comprimirlas con ambas manos.

La noche estaba muy fria; el cielo blanco, y nevaba de una manera copiosa, lo que prestaba á la atmósfera una gran claridad.

Jorge, insensible á los rigores de la intemperie, se apoyó en el tronco de un árbol, alzó al cielo los ojos y exclamó:

— ¡Oh, Señor, padre y consolador de las criaturas, mi pobre ciencia es impotente para salvar á Fernanda! Solo un milagro tuyo puede volverla á la vida. Hazlo, pues, ya que ahora en el arrepentimiento de su marido, vislumbro para ella una esperanza de felicidad.

Detúvose aquí el doctor: aquella generosa súplica agotaba sus fuerzas..... la vista de Fernanda habia despertado su pasión hacia ella.

Apoyó la frente en el tronco del árbol y quedó inmóvil.

Su dolorosa distraccion no le dejó ver á dos mujeres que pasaban por la senda, á cuya orilla se alzaba el árbol en que se hallaba apoyado.

— ¿Conque vas á casa de esos señores forasteros tan ricos? preguntó la una á la otra.

— Sí, respondió: á asistir á la señora que está de parto: el mismo señor ha venido á buscarme, porque dicen que

el médico nuevo, aunque ha ido, se ha vuelto á marchar sin decir una sola palabra; y no saben dónde se halla.

— ¡Vaya una cosa rara! ¿Si estará loco? pues si no hubiera comadre en el lugar, la pobre señora estaba bien.

Las dos mujeres se alejaron: el médico, de quien ellas hablaban, no las habia visto ni oido.

Largo rato despues levantó la cabeza; miró en torno suyo y emprendió de nuevo el camino que conducia al viejo castillo señorial de Valdemar.

— ¡Quién me hubiera dicho, murmuró, al elegir este pequeño pueblo para mi retiro, que iba á hallarla, y en qué estado! ¿Cómo he podido separarme de ella?

Apresuró el paso, entró en el castillo y llegó á la habitación de Fernanda.

La primera cosa que hirió su oído fué el lloro de una criatura que acababa de venir al mundo: la baronesa, acostada en su lecho, pálida é inmóvil, tenia los ojos cerrados: á su lado, en una cunita, estaba el niño que una hora antes habia nacido, y la nodriza que le miraba con esos ojos de impasible curiosidad de la mujer pagada para dar el alimento. El baron, sentado al lado del lecho, tenia el semblante oculto entre las manos. Una lámpara alumbraba con una débil luz aquel cuadro.

La estancia, que era sencilla y casi pobre, demostraba lo que era Fernanda: al lado de la ventana, un velador sostenia un bordado de tapiceria y un libro. Mas allá, el piano abierto, tenia en el atril una romanza de Bellini.

En el fondo, un caballete dejaba ver un cuadro que representaba un canastillo de flores.

El rpero entreabierto mostraba unas chinelas pequeñas, como las de Cendrillon, y un peinador blanco. Sobre la mesa, un ramo de flores inodoras, y cultivadas en macetas por la mano de Fernanda, lucian sus colores.

El médico recorrió con una mirada triste el aposento, y luego, acercándose al lecho, tomó la mano de la baronesa, que pendia fuera del lecho, con languidez y desmayo.

Luego tocó su frente, hizo un gesto de triste resignación, y volviéndose á la nodriza, le dijo en voz baja:

—Vaya vd. á buscar al señor cura.

—¡Qué!....¡qué dice vd.! exclamó el baron levantando azorado la cabeza.

—Que ya está en agonía, respondió Jorge con sombría calma.

Y se inclinó sobre el lecho sin soltar la mano de la baronesa, y mirando aquel rostro que el sepulcro iba á robarle bien pronto para siempre. Cuando llegó el sacerdote, Fernanda abrió los ojos y dijo con voz débil:

—¡Yo sé que voy á morir, señor!.....hay en mi alma una cosa oculta que me lo avisa.....ahora que iba yo á ser tan dichosa con mi hijo! ¡pero hágase en todo la voluntad de Dios!

—Perdon, Fernanda! sollozó el baron.

—¡Perdon! ¿de que! pues ¿qué me has hecho?

—Te he hecho sufrir mucho!

—¿Quién no sufre en la tierra? Aquí no venimos á gozar..... muero dichosa, porque he hecho mi deber, y he contribuído á que recobres tu fortuna..... dame nuestro hijo para que mis ojos se cierren para siempre contemplándolo!

El médico tomó al niño y le puso en los brazos de su madre.

—¡Gracias, Jorge, y adios! dijo la baronesa: lleva á Leticia mi despedida y dile que rece por mí.

Jorge y el baron se retiraron al extremo de la alcoba, y la jóven quedó sola con el sacerdote.

La aurora enviaba su primer rayo, cuando Fernanda dejó escapar un leve suspiro: era el último. Jorge partió al dia siguiente para Roma, y tres años despues se ordenó y puso en su cabeza la corona del sacerdocio.

El baron no volvió mas al gran mundo ni á la sociedad, de la que él y su mujer habian sido víctimas; ella inocente y resignada, el culpable y egoista: se quedó en su

vieja casa solariega y pudo ver llegar á su hijo á la adolescencia.

¡Cosa extraña! la tibia aficion que habia sentido por su esposa, cuando esta vivia á su lado, se convirtió despues de haberla perdido, en una pasion profunda.

Cuando Fernando que asi se llamó su hijo, le preguntaba por su madre, el baron respondia siempre:

—Tu madre, hijo mio, fué la mas buena, la mas dulce, la mas noble, la mas inocente de cuantas mujeres hallé en mi larga carrera: fué mártir sin saberlo, y el mundo no le concedió ninguna gloria por sus oscuros sufrimientos; pero Dios, sin duda, le ha dado la eterna entre sus elegidos.

FIN DE MARTIRIO SIN GLORIA.

EL CANCER DEL SIGLO.

Sous l'écorce du travail le plus grossier, le plus ingrat, Dieu et la nature ont caché un fruit d'une saveur mystérieuse, que le pauvre connaît mieux que nous. C'est le sentiment vague et doux d'un instinct contenté et d'une loi accomplie. A part même toute application, l'activité pure nous calme et nous réjouit, parce qu'elle nous fait rentrer, si peu que ce soit, dans l'ordre véritable de notre destinée, dans l'harmonie des choses.

Bajo la corteza del trabajo mas grosero, mas ingrato, Dios y la naturaleza han ocultado un fruto de un sabor misterioso, que el pobre conoce mejor que nosotros: es el sentimiento vago y dulce de un instinto satisfecho y de una ley cumplida. Hasta prescindiendo de toda aplicación, la actividad nos calma y nos alegra, porque nos hace entrar, por poco que sea, en el orden verdadero de nuestro destino, en la armonía de las cosas.

OCTAVIO FEUILLET.

—¡Calle vd., Martina, calle vd.! ¡por mas que me predique, no me convencerá de que el señor duque hace bien

en casar á su nieta con el primero que llega! ¡Si tuviera muchas! pero ella sola, poderosa, casi una niña, y darla así á ese hombre.....

—¿Y qué hay que decir de ese hombre? ¿no es un conde?

—¡Sí!

—¿No es jóven?

—Sí por cierto.

—¿No tiene una bella figura?

—No lo niego.

—¿No es una persona de maneras distinguidas, de perfecta educacion?

—Lo que es con nosotros....

—Es que los grandes señores de Madrid, amigo Nolasco, tratan á sus criados con despego.

—Segun y como, Martina: que yo he estado en Madrid con el padre de la señorita muchos años, y no solo él, sino todos sus amigos, me trataban muy bien.... ¡muy bien! excesivamente bien!

—¡Ya! como que era vd. el confidente de todas sus picardías! ¿Qué atenciones quiere vd. que nos guarde el conde si para nada le hemos servido todavía?

—En fin, la boda será muy buena, muy conveniente, cuanto vd. quiera decirme, Martina, pero á mí me parece muy mal.

—Pero hombre, ¿se podrá saber por qué?

—¿Por qué? ¿no hay en Madrid muchos caballeros jóvenes, que se hubieran casado muy contentos con la señorita despues de tratarla? ¿Por qué, pues, no se la lleva allí su abuelo?

—¡Sí, á los ochenta años!

—Verdad es que está muy viejo: y como la pobrecita no tiene ni padres, ni hermanos, ni parientes..... pero en fin, primero la dejo yo toda mi vida sin casar que casarla así.

Tenia lugar esta conversacion entre Nolasco, mayordomo del castillo del duque de Santa Clara, y Martina, que

había sido nodriza de la hija única del mismo duque, muerta hacia siete años á consecuencia del dolor que le causó la pérdida de su marido, ocasionada por la caída de un caballo.

Alicia, que así se llamaba la hija de aquellos esposos infortunados, muertos en la flor de su vida, quedó á la edad de diez años en poder de su abuelo materno, que ya contaba cerca de setenta y tres.

El duque, gentil hombre de cámara del rey Fernando VII, y privado de aquel monarca espléndido, había sido durante largo tiempo ministro de Estado, y siempre el mejor amigo de S. M., que tenía en mucho su parecer, y le consultaba en los negocios mas arduos.

Acumuló el rey sobre su cabeza los honores y las distinciones, y no habrá trabajo en creer que la hija única del duque tuvo soberbios partidos en que elegir: no obstante, educada por una madre tierna y cristiana y por un padre que la adoraba, no conoció la ambición ni el deseo de brillar.

—Hija mia, le decía su madre, la que ha de ser buena esposa y buena madre, se ha de casar enamorada; porque solo el amor es buen Cireneo para ayudar á llevar la cruz del matrimonio: no te fijes en el hombre mas rico y mas brillante, sino en el mas honrado y el que posea mejores sentimientos y mas noble carácter; la riqueza la llevarás tú.

Diez y ocho años contaba Imelda, que este era el nombre de la hija del duque, cuando conoció á un jóven coronel, segundo de una ilustre familia, y que fijó para siempre su corazón.

Celebróse la boda con la aprobacion del rey, siendo éste y la reina los padrinos, y el esposo fué nombrado caballero de S. M. y agraciado con algunos honores.

Imelda dió á luz una niña hermosa como el dia: y poco despues, sus padres se retiraron á un palacio campestre que poseían entre Valladolid y Burgos, y que bien me-

recia el nombre de castillo por su construcción y grandes proporciones.

Su hija y su yerno quedaron en la corte, y cada verano iban á pasar una temporada al lado de los abuelos, quienes recibían á su nieta como al rayo del sol que iba á alegrar los últimos dias de su existencia.

Imelda no tuvo ya más hijos con vida: su naturaleza débil y delicada se inclinó á un lastimoso extremo; sus hijos se malograban todos, despues de vivir en su seno cinco ó seis meses, y de esta suerte perdió siete sin llegar á nacer.

Pero Alicia crecía como una bella y delicada flor, y ya retrataba su semblante la pura y angelical belleza de su madre, y la firmeza de carácter de su padre.

Durante un invierno que los esposos pasaron en Madrid y dando un paseo con uno de sus amigos, el caballo que montaba el coronel dió un bote para saltar una zanja, y dejó caer al ginete, al que levantaron inanimado.

Aquella noche espiró.

La desdichada Imelda corrió con su hija al lado de sus padres; pero en breve empezó á languidecer, y dos meses solo tardó en seguir al esposo, á quien tanto había amado.

Su madre, que era ya muy anciana, no pudo sobrevivirla, y, apenas pasado un año, no quedaba de toda la familia mas que el duque y su nieta.

Así, pues, Alicia creció sin conocer mas amor que el de su abuelo: ¡pero cuánto se acordaba ella de su madre, de su padre y de su abuela!

Conservaba de la primera el mas vivo recuerdo, porque Imelda, en tanto que vivió, apenas la había separado de sus brazos: una afinidad misteriosa unía á la madre y á la hija, y cuando la blanca frente de Imelda se cubría con la sombra de algun pesar, su hija adivinaba la causa, y, no obstante su tierna edad, la consolaba con amorosas palabras y dulces caricias.

Cuando perdió á su madre, se temió tambien por la vida de la niña; pero tenía esta al lado, además del espiri-

tu benéfico é invisible al que llamamos ángel de la Guarda, otro ángel de la Guarda visible en Martina, la nodriza de Imelda, que adoraba á la hija de la que habia alimentado á su seno.

Tanto veló Martina por la niña, que esta se curó de aquella frisleza profunda, quedándole, sin embargo, una dulce melancolía como fondo de su carácter.

El duque, á no ser por aquella pobre criatura, huérfana de todo afecto sobre la tierra, quizá hubiera sucumbido tambien; pero se dijo que debia ser fuerte por ella, y que para alegrarla, debia aparentar conformidad y calma.

Pasaron siete años: el palacio campestre del duque se hallaba situado á la salida de la pequeña aldea de Santa Clara, propiedad suya, y distante unas ocho leguas de Valladolid, hácia el centro de Castilla: en Valladolid habia estado Alicia algunas veces con su abuelo, y otras á hacer compras con Martina y Nolasco, ayuda de cámara que habia sido de su padre, y, á la muerte de este, nombrado mayordomo del castillo: pero en Madrid no habia estado jamas.

En el humilde cementerio de Santa Clara, se hallaba el panteon que contenia los restos de la duquesa, de su hija y del esposo de ésta: el duque tenia una llave de él, y no pocas veces la tomaba Alicia del cajon donde se hallaba, é iba á arrodillarse en aquellas tumbas para orar y llorar ante las veneradas cenizas que encerraban.

Llegó Alicia á los diez y siete años de su edad, tan ignorante del mundo, como si solo hubiera tenido ocho: las pasiones no habian aún marcado su sello en aquellas graciosas facciones tan adorables y tan puras.

Su abuelo, al cual rodeaba de cuidados y caricias; las tumbas de sus padres y de su abuela; sus antiguos sirvientes; los pobres de la aldea, hé aquí los amores y los cuidados de Alicia, ademas de los que prodigaba á su pajarrera y á su perro Tamerlan, grande como un borrico, y mastin de pura raza:

Una noche llamaron á una hora muy avanzada á la puerta: un criado abrió, y luego fué á la cámara del duque, que ya se hallaba acostado.

El viejo ayuda de cámara, que dormia en la sala que precedia á la de su señor, abrió y preguntó al criado lo que se ofrecia.

—Señor Gerónimo, dijo el criado, diga vd. al señor duque que unos caballeros extraviados en la caza desde el anohecer, le piden asilo por esta noche: aquí están sus tarjetas.

El grave Gerónimo las tomó, cruzó su bata sobre el pecho, pues vestia como una persona de importancia, gracias á los regalos de su señor, y volvió al lado del duque.

—El conde de Carrion, el baron de Fuentes, el coronel Sahagun, el vizconde de Mena: son personas de distincion y cuyos nombres conozco, dijo el anciano despues de haber leído las tarjetas. Gerónimo, que pasen adelante, y manda encender una buena lumbre en el salon: tú ve á recibirles: y diles que ya me visto: para ayudarme enviame á Silvestre.

—¡Y qué, señor! exclamó el fiel Gerónimo, ¿vá vuencencia á levantarse con una noche tan cruda? ¡si es la una!

—No importa, ese és mi deber de amo de casa: haz llamar á Martina para que saque ropas y haga á las otras muchachas preparar las camas: pero mucho cuidado para no despertar á mi hija; á su edad, es preciso un sueño muy tranquilo.

Gerónimo conocia desde hacia muchos años la firmeza de carácter del duque, quien, aunque muy bondadoso, no cejaba nunca en su voluntad, cuando conocia que lo que deseaba era justo: salió, pues, para ejecutar sus órdenes, y le envió á Silvestre, el segundo ayuda de cámara, para que le vistiese.

Los viajeros fueron introducidos en el gran salon, caldeado por una abundante lumbre, y en el comedor se

cubrió la mesa con viandas fiambres, té, café y excelentes vinos.

En aquella opulenta casa, tales preparativos fueron la obra de un instante, pues la servidumbre era numerosísima é inteligente.

—Sentiríamos mucho que el señor duque se incomodase por nosotros, dijo el conde de Carrion tomando la palabra por él y por sus tres amigos, y dirigiéndose á Gerónimo: dígame vd. que nos basta con la generosa hospitalidad que nos concede, y que de ninguna manera nos conformamos con que se moleste.

—Mi señor se está ya vistiendo, dijo Gerónimo inclinándose profundamente, y no quiere dejar de tener el honor de saludar á vuestras señorías: ya oigo sus pasos.

En efecto: un instante despues apareció en la puerta la venerable figura del duque.

Era éste de alta estatura y enjuto de carnes: á pesar de su edad avanzada, aun había belleza su sus facciones aguileñas, y el conjunto era tan noble como interesante: llevaba puesto un pantalon negro y un *surtout*, ó gran paletot, de paño de color de castaña, guarnecido de pieles de marta.

Al entrar en el salon, se quitó su gorro de terciopelo negro, y descubrió su cabeza blanca como la nieve y casi despojada de cabellos.

—Señor! exclamaron los cuatro jóvenes que se hallaban de pié delante de la chimenea, dando dos pasos para recibirle, é inclinándose con profundo respeto.

—Bien llegados sean vdes. á esta su casa, caballeros, dijo el amable anciano, presentando su mano á uno despues de otro: sepan que en vez de venir á causar molestia á ella, vienen á darme solaz en mi retiro, y que les recibo en él con alegría y gratitud, como un eco del mundo, que dolores de mi corazon me han hecho dejar.

—No sabemos, señor duque, de qué modo agradecer á vd. el favor que le debemos, dijo el coronel.

—Yo dí á su padre de vd. sus entorchados de general, siendo ministro de Estado, hijo mio, respondió el duque: así, pues, soy amigo de su familia desde antes de nacer vd., y entre amigos los bienes son comunes: tambien conocí al tio que educó á vd., señor baron de Fuentes, y á su buena madre, señor vizconde de Mena: cuando yo vine á este nido de águilas, eran vdes. muy niños; pero los recuerdo muy bien: solo no me acuerdo del señor conde de Carrion, y eso que su bella figura, ni aun de adolescente, sería para olvidada.

—Yo, señor, dijo el conde, nací en Italia, donde fué mi madre agobiada de ese mal que devora á tantas jóvenes, de la tisis: murió allí mismo, de donde mi padre no se atrevió á sacarla cuatro años despues de darme al mundo, y desde entonces he viajado en compañía de aquel hasta hace tres años que le perdí, y me establecí en Paris, de donde he llegado hace dos meses.

—Los señores están servidos, dijo Gerónimo apareciendo á la puerta.

—Vamos, señores, á cenar, dijo el duque, y luego á dormir: mañana hablaremos: yo guiaré al comedor.

Dos criados tomaron, á una señal de Gerónimo, los dos candelabros que cargados de bujias se hallaban sobre la chimenea del salon, y alumbraron hasta el comedor, caminando á los lados del duque, que iba delante para enseñar el camino á sus nobles huéspedes.

Iban estos vestidos de caza: sus trajes, de paño verde con botones de plata, sus botines de gamuza, y hasta sus cabellos, destilaban nieve derretida, y se hallaban completamente mojados.

Todos eran de bella figura; pero el que la tenia mas interesante era el conde, que unía á la belleza física esa gracia animada que nace del talento y de la gran práctica del mundo.

El estado deplorable de sus trajes no les impidió el ha

cer honor á la cena, y en tanto que comían contaron al duque cómo se habían extraviado en un soto vecino, propiedad suya, persiguiendo liebres, y cómo se habían internado en el monte con la oscuridad de la noche que era tempestuosa y fría.

—A la verdad, señor duque, dijo el vizconde de Mena, que no se comprende cómo vd. tan opulento, y teniendo, según hemos oído, una preciosa jóven nieta suya en su compañía, se resigna á vivir en esta soledad.

—Yo no conozco mas mundo que éste, señor vizconde, respondió el anciano: esos aldeanos de ahí enfrente, colonos míos todos, me adoran y adoran á mi Alicia: nuestros criados son mas bien amigos fieles; y Alicia es el rayo de hermoso sol que basta para alegrar mi vida: en el cementerio de la aldea duermen mi mujer y mi hija: la religion, la caridad, la esperanza del cielo embellecen mi retiro: pero, añadió el anciano, veo que el apetito de vdes. se ha apagado ya y me admira que, á su edad y con su fatiga, puedan ser tan frugales: si ya no han de hacer mas honor á las viandas, lo mejor será que se retiren á descansar, pues los lechos están preparados: solo les suplico que ya que mi país les ha tratado tan mal en el día de hoy, se queden en él seis ú ocho dias honrando esta su casa, para que puedan reconciliarse con él admirando lo bueno que encierra.

Los jóvenes se inclinaron con gratitud ante aquel noble octogenario, que recordaba la hidalga cortesía de los antiguos castellanos, y, cerca ya del alba, se retiró cada uno al aposento que se le habia preparado con una comodidad llena de espléndidez.

DIRECCIÓN II GENERAL

Tarde era ya cuando los cuatro amigos se reunieron en el cuarto del conde al siguiente día para pasar al comedor, donde, según les dijeron los respectivos criados

puestos á sus órdenes, les esperaban el duque y su nieta.

Era esta una jovencita de cerca de diez y siete años, que todavía aparentaba menos edad de la que tenia, y de una belleza verdaderamente encantadora: gruesos bucles de cabellos castaños se agrupaban en su frente, blanca como las hojas de una camelia, y sus ojos de un azul que tiraba á gris como el de la pizarra, eran tan rasgados y puros que parecían reflejar toda su alma. La estatura de Alicia era esbelta y bastante alta: un sencillo traje blanco, ceñido con una cinta azul y hecho enteramente liso, realzaba la gracia cándida y dulce de su figura.

El duque se levantó para saludar á sus huéspedes y cedió la cabecera al conde, que era el mas edad, aunque no pasaba de los treinta años.

Alicia se sentó al lado de su abuelo é hizo los honores de la mesa con mucha gracia, perdiendo poco á poco la timidez natural en una niña que se veía entre cuatro jóvenes por la primera vez de su vida.

Pasóse el día muy bien: la nieve no permitió salir al campo á los jóvenes; pero fueron á la aldea para ver á sus perros, á sus caballos y enseres de caza, que, al cuidado de algunos criados, se habian quedado en ella.

—Niña encantadora es la duquesita! dijo el coronel: y á no lamentar aún la pérdida de mi mujer, que me dejó demasiado pronto, me decidiria á hacerle la corte.

—Y yo! repuso el marques: es tan rica que su fortuna vendria muy bien á mi próxima ruina.

—Y á la mia, observó el visconde. ¿Pero tú, Raimundo, no dices nada?

—¿Yo? nada, respondió el conde; ni estoy arruinado para desear esposa rica, ni pienso casarme por ahora.

—Pues ya tienes treinta años!

—Cerca de treinta y uno; lo que no impide que os diga que lo mas seguro será el no casarme nunca.

—Será verdad que así pienses! exclamó el coronel mirándole con aire de dolorosa reconvencion: ¿y por qué?

—Tengo mala opinion de las mujeres.

—Te compadezco.

—Malísima opinion! repitió el conde: á ninguna de las que he tratado le daria mi nombre.

—¿Y si la duquesita te hace cambiar de opinion?

—No lo creo.

—¿Quién sabe?

—No me gusta.

—¿No la hallas bonita?

—Sí; pero no me gusta: demuestra su cara demasiado talento.

Esta salida hizo reir á los tres amigos.

—¿Acaso, preguntó el vizconde, te gustan las mugeres tontas?

—Para mujer propia la mas tonta es la mejor.

—¿Piensas aún en ser calavera?

—¿Yo? no por cierto; pero si he de decir la verdad, no puedo ni quiero mirar ya á la mujer como alma, sino como cosa: la he respetado mucho: le he rendido un culto casi fanático; pero he visto que la que tiene mas talento está mas llena de defectos, de allivez, de vanidad, de egoismo: es la que tiene mas pasiones; es, en fin, la mas inútil para la casa, la peor para compañera.

—Verdad es, afirmó el coronel: yo estuve casado con una mujer que solo tenia buena razon natural: que era humilde, cristiana, modesta, sujeta en todo á mi voluntad, y con ella fui dichoso: ¡ojalá Dios no me la hubiera llevado!

—Tenia todas esas cualidades, porque era pobre, observó el conde: ¡Dios me libre de las mujeres ricas! ¡he visto ejemplos fatales!

Los cuatro amigos, despues de ver sus equipajes y sus perros, volvieron al castillo, donde se entretuvieron en conversacion hasta la hora de comer.

Pasaron así los seis dias del convite: en la noche del último, y despues de haber estado reunidos durante la velada en el salon, se retiró cada uno á su cuarto despidiéndose del duque y de su nieta, pues debian marchar muy temprano á la mañana siguiente.

Alicia, al dar la mano al conde, se puso pálida como la muerte, y, á pesar de sus esfuerzos, brotaron de sus ojos dos lágrimas.

Su abuelo le miró con profunda y dolorosa atencion: el conde observó con extrañeza aquella emocion profunda, y á su vez dirigió á Alicia una mirada de lástima.

Sus amigos en nada repararon.

Despues de haberse retirado los jóvenes, Alicia iba á seguir á Martina, que habia ido á buscarla con una bujía en la mano; pero su abuelo la detuvo y le dijo:

—Quédate, hija mia, tenemos que hablar: y tú, Martina, retírate; te llamará Alicia cuando se vaya á recoger.

La joven miró á su abuelo, y luego, acercando un taburete, se sentó confiada á sus pies.

—Hija mia, le dijo el duque: responde á lo que te voy á preguntar, con toda verdad; pero antes interroga y examina tu corazon: ¿amas al conde?

Alicia quedó muda de espanto y de asombro: cubriose su blanco rostro de un subido carmin, y poco despues de una palidez mortal: luego, llena de rubor y de turbacion, ocultó la cara entre sus dos manos.

—¡Habla! dijo su abuelo: ¿le amas? deja á un lado una pueril confusion y piensa en que se trata de tu dicha. ¡Habla, hija mia, habla!

—Pues bien, padre mio, repuso la joven: yo no sé si es amor lo que siento por él, pues ignoro el nombre de mis propios sentimientos: solo sé que, al saber que se marchaba, me sentí tan triste... que parecia se me queria salir el corazon del pecho!

—¿Has pensado alguna vez en que serias dichosa viviendo á su lado?

—He deseado muchas que el conde no se marchase de aquí, padre mio.

Suspiró el anciano: sabía que el conde tenia su casa en un pueblo de la Mancha, y consideraba que, casándose con su nieta, lo que no dudaba sucederia, querria llevar-sela y separarla de él.

No obstante, este pensamiento no le ocupó mas que breves momentos: procuró sobreponerse á la pena que le causaba, y dijo á su nieta ocultando todo lo posible la emocion de su voz:

—Ve á acostarte, hija mia, y descansa, que yo velo por tu felicidad.

Alicia, sin poderse apenas dar cuenta de la confesion que se le habia exigido, trémula y conmovida en medio de su inocencia, besó la mano de su abuelo segun costumbre: este la abrazó mas tiernamente y la despidió hasta el dia siguiente.

Cuando el duque se vió solo, apoyó su venerable cabeza en la palma de su mano y quedó sumergido en profundas reflexiones durante media hora: pasado este tiempo, pareció tomar una resolucion definitiva: levantóse, y, tomando una bujía de la meseta de la chimenea, se dirigió con paso seguro á la habitacion ocupada por el conde.

III

Hallábase este leyendo, en un grueso volumen que de la biblioteca habia tomado por la mañana, pues estando habituado en Madrid á acostarse muy tarde, no podia resolverse á hacerlo á las once de la noche.

Cuando oyó llamar á la puerta de su cuarto, fué á abrir, alegrándose al pensar que tal vez alguno de sus amigos, desvelado como él, habia tenido el buen pensamiento de ir á hacerle compañía.

Pero, al ver al duque, retrocedió un paso admirado de su llegada.

—Perdon, señor conde, si vengo á molestarle á estas horas, dijo el anciano; cuando vd. sepa el asunto que me trae, disculpará sin duda lo intempestivo de la visita.

Dijo esto el anciano con una gravedad que sorprendió á su huésped: este no contestó una sola palabra, y cerrada de nuevo la puerta, el duque y el conde se sentaron al lado de la chimenea.

—El asunto que me trae es grave, y tan difícil de exponer, que lo haré con la mayor brevedad posible, amigo mio, dijo el anciano: se trata de mi nieta.

El conde miró al duque fijamente, pero no con la extrañeza que este esperaba.

—¿Qué! murmuró: ¡habrá vd. adivinado antes que yo... ¿Sabe vd. lo que pasa en el corazon de Alicia?

—El dar á vd. cuenta de una observacion que he hecho, podria encerrar mucha vanidad por parte mia, señor duque, dijo el jóven: hable vd. y luego se la participaré.

—Pues bien, conde: mi hija ama á usted.

—Ahora debo decirle lo que antes callé, observó el conde: esta noche, al despedirme de ella, la vi palidecer y llorar.

—Y yo tambien la vi.....: la hice quedar á mi lado, la he interrogado, y su candor no ha sabido ocultarme la verdad: le ama á usted.

El conde guardó un severo silencio.

—¿Y qué! no halaga á vd. ese amor! exclamó el anciano: mi hija es la única rama de una ilustre y opulenta familia.....es rica.....es bella, es buena.....y tiene diez y siete años! ¿No le halaga á vd. una conquista que muchos le envidiarán?

—No, señor duque, respondió el jóven con noble pero ruda franqueza.

—¿Ama vd. á otra?

—No, señor.

—¿La ha amado vd. alguna vez y se interpone su recuerdo entre el amor de mi hija?

—Tampoco: no guardo ningún recuerdo sagrado de ninguna mujer.

—¿Halla vd. fea á mi nieta?

—La encuentro adorable.

—Y no quiere vd. casarse con ella?

—No, señor.

Bajó el duque la cabeza, agobiado de rubor y de pesar: el desaire era grande, y era además, el primero que había devorado en su vida.

—Conde, dijo tras una breve pausa, yo le suplico á vd. que me diga el motivo que tiene para rechusar la mano de mi hija.

—Sólo uno, respondió el conde: no tengo vocacion al matrimonio, ni quiero casarme, á menos que algun día me enamore ciegameute.

—¿No hay otra razon?

—No, señor duque.

—Pues bien, conde: yo, el duque de Santa Clara, suplico á vd. que haga el sacrificio de casarse con mi hija.....ella le ama á vd. y sufrirá mucho si le pierde.....morirá aquí, en esta soledad, llorando el desden de vd., y yo no quiero que muera!.....Conde, piense vd. en que tengo ochenta años: en que de un instante á otro Dios puede llamarme á sí.....en que no puedo buscar á mi pobre niña el reposo que le conviene, para que sea su apoyo y su protector.....si un día se ha de casar vd., conde, haciéndolo ahora, hace tambien una buena obra.

—A la verdad, señor duque, repuso el conde, que me sorprende la impensada honra que quiere hacerme: yo no soy quizá tan buen partido como vd. supone y como debe desear y puede exigir para su nieta: mi fortuna, que era muy grande, aunque estaba muy embrollada ya á la muerte de mi padre, ha quedado reducida á muy poco, gracias á los locos gastos de mi juventud: en los cuatro úl-

timos años, he gastado la mayor parte de mi capital.....

—No hablemos de eso, interrumpió el duque: hablemos solo de si vd. podrá casarse sin violencia con mi Alicia: de si vd., una vez enlazado á ella, la estimará lo bastante para respetar su tranquilidad y su decoro....para no causar penas á su corazon.

—Señor duque, repuso el jóven: yo respeto á las jóvenes de la alta clase, de la educacion cristiana, de la inocencia de su hija de vd., y, aunque no la ame como vd. desearia, y como yo desearia tambien, ella podrá esperar de mí toda clase de miramientos y el mas delicado respeto.

—Eso basta! exclamó el duque, en cuya frente brilló una alegre esperanza; el amor vendrá despues: ¡es imposible ver de cerca á mi niña sin adorarla!

—¿Y si el amor no llega?

—¡Llegará! ¡si Dios es justo, y no querrá dar á mi pobre Alicia, tan inocente, tan buena, un martirio inmerecido.....ella se hará querer de usted!

El conde guardó algunos instantes de silencio: su corazon se enterneció al ver suplicar á aquel anciano, y le parecia inhumanidad el negar lo que tantos otros le hubieran pedido como un señalado favor.

—Señor duque, le dijo: no tengo el derecho de hacer á vd. un desaire cuando en todo lo que de mi parte exige soy yo el favorecido: me casaré con la Srta. Alicia, y vd. podrá comparecer delante de Dios con el espíritu tranquilo, pues le dejará un buen guardador.

El anciano abrazó con efusion al jóven, y este sintió caer sobre su mano una lágrima. Era una lágrima que la alegría y la gratitud habian arrancado del corazon del duque.

—¡Gracias, hijo mio! exclamó éste: ¡ojalá Dios le recompense el bien que me hace! y se lo recompensará, estoy seguro de ello: ahora debo decir otra cosa, á la que no sé si accederá, y en la que no insistiré si no se conviene á

ello; deseo que mi nombre no se extinga, y que mi título se trasmita á mi hija y á su marido. A mi muerte, se llamará vd., pues, el duque de Santa Clara.

—¿Podré conservar tambien el de mi padre?

—Sin duda: puede vd. llamarse duque de Santa Clara, conde de Carrion.

—Nada tengo que objetar: mañana, segun quedó convenido con mis amigos, marcharé á Madrid para arreglar mis asuntos y volveré dentro de un mes: entretanto, dejo á vd. mi palabra de honor de que seré el esposo de su nieta.

—Y yo le bendigo y le doy gracias de nuevo, repuso el duque. ¡Ah hijo mío! á mi edad, ya no hay hora segura, y era tan amarga para mí la idea de abandonar el mundo, dejando á mi Alicia en el desamparo! ¿y donde hallar para ella el esposo que le conviniera? La soledad y profundo retiro en que vivo; su extrema juventud; su falta absoluta de parientes; la imposibilidad por lo mismo, de presentarla en la corte, me hacian casi desesperar de casarla, y algunas veces he estado inclinado á encerrarla en un convento, persuadiéndola á que profesase: ¿pero tenía yo el derecho de privar á esta pobre criatura del amor y de las santas afecciones de la familia? No; jamas me lo he reconocido, y he esperado en Dios que él abriera algun camino; él es, pues, quien, movido de mis ruegos, le envia á vd., hijo mio..... bendito sea, y ojalá le haga tan dichoso como yo se lo pediré desde el fondo de mi corazón agradecido.

El duque se levantó: volvió á estrechar la mano del conde, y salió de la estancia como si temiese que este llegara á arrepentirse de su promesa.

IV

A la mañana siguiente muy temprano, salieron del castillo los cuatro amigos con sus equipajes de caza.

El conde dejó para el duque una carta muy corta, en

la que reiteraba su promesa de estar allí dentro de un mes, á contar desde el mismo dia, y le rogaba previniese á Alicia como lo creyese mas conveniente.

Cuando su abuelo habló á la jóven de la concertada boda, esta no se admiró de ello: jamas en el retiro en que habia vivido habia oido hablar de ningun otro matrimonio; así es que no le admiró la singularidad del suyo; solamente abrazó estrechamente á su abuelo, y luego se puso á saltar y bailar batiendo palmas como una pensionista.

Aquel mes se pasó en una deliciosa embriaguez para la novia, que recibió, durante las tres primeras semanas, dos cartas del conde, y en las que solo se advertia el respeto y la adhesión, mas bien amistosa que hija del amor.

Alicia respondió á ellas; pero la pobre niña escribió con cuanta reserva le fué posible, temerosa de cometer alguna inconveniencia con una persona de tan buen tono como el conde.

¡Ah! qué falta hacia entonces para su hija la buena y dulce Imelda! jamas, en vida de su madre, se hubiera tratado de semejante matrimonio para su hija, puesto que la opinion de aquella, era que no hay felicidad posible sin amor recíproco.

La accion de esta historia empieza el dia antes de cumplirse el mes; pero nosotros, siguiendo una mala propension, hemos retrocedido algunos años para dar á conocer los personajes de ella: volveremos, pues, á encontrar á Nolaseo y Martina, mayordomo del palacio aquel, y ésta aya de Alicia, que disputaban acerca de la conveniencia del matrimonio de la jóven heredera.

La llegada de ésta al salon que se hallaban arreglando los dos vetustos servidores, interrumpió su conversacion.

Era Alicia, como ya hemos dicho, una encantadora niña, alegre y fresca por lo regular, aunque á veces la sobrecogian accesos de profunda melancolía.

Durante un mes, que sabia se hallaba próxima á casar-

se, sus facciones habian adquirido un sello reflexivo y grave, como si conociese por intuicion la gran mudanza que iba á haber en su vida.

—¡Venid! dijo al entrar á Nolasco y Martina: venid, mis buenos amigos: quiero que sepais que hoy estoy muy contenta: vosotros, que habeis estado al lado de mis queridos padres, sois las personas que mas merecen mi amor y confianza.

—¿Conque la señorita está contenta? dijo el grave Nolasco.

—¿Si lo estoy? ¡Oh, no lo sabeis bien! ¡El va á llegar mañana!

Este *él* fué pronunciado con un acento que no dejaba duda acerca de la pasion que alimentaba la jóven por su futuro.

—Martina, prosiguió ésta: ¿te acuerdas que de un año acá me hallabas muchas veces sola triste en el jardín? ¿Te acuerdas que habia perdido el apetito y el sueño?

—Y tanto como me acuerdo, señorita! respondió el aya, como que he pasado muy malos ratos, y me he devanado mucho los sesos pensando en que cosa podria ser la que ponía á vd. triste!

—Yo tampoco adivinaba entonces la causa de mi melancolía: ahora sí... mira, yo deseaba algo y no sabia que... habia en mi alma una sed indefinible... lo que antes me habia agradado, llegó á cansarme... si tocaba en el piano algun bello trozo de música, sentia deseos de llorar... si leía, el libro se me caía de las manos y lo dejaba para escuchar yo no sé qué voz desconocida que parecía llamarme... en fin, yo no sabia lo que me pasaba... pero no me acomodaba en ninguna parte... Pues bien, al ver al conde, me pareció que su imagen residia hacia ya mucho tiempo en el fondo de mi alma... que su voz era la que me llamaba y yo oía... que le amaba desde hace largo tiempo!

—¿De modo que ahora será vd. dichosa?

—¡Con solo que me ame un poco, seré completamente feliz!

—Pues la amaré á vd. mucho; porque siendo tan linda, tan rica, ¿qué mas puede desear?

Alicia sacudió descontenta la cabeza: no entendia aquella gente tosca las puras expansiones de su primero y virginal amor.

Quedó un rato pensativa y luego preguntó á Martina:

—¿Has visto los regalos de boda?

—¿Los que ha enviado el señor conde?

—¡Justamente! ha venido conduciéndolos su ayuda de cámara: ya los han sacado mis doncellas y se ballan en mi cuarto... ¿qué magnificencia, Dios mio! allí hay encajes, diamantes, costosísimos trajes, qué sé yo! todo lo que la riqueza y el buen gusto tienen de mas precioso!

—No puede vd. dudar del amor del señor conde, señorita, dijo Martina echando una mirada de triunfo sobre Nolasco su contendiente.

—No, dijo Alicia, sacudiendo su linda cabeza: eso no significa amor, querida Martina!

—¿Qué no, señorita?

—¡No! eso lo que significa es que el conde es espléndido, y tiene buen gusto y bastante vanidad! En cuanto al amor, se conoce en otras cosas... verémos!

—¿Lo vé vd.? exclamó Nolasco en la embriaguez de su triunfo: tiene mas seso la señorita con ser una niña, que vd. que es una vieja!

—¿Por qué dices eso, buen Nolasco? preguntó Alicia sorprendida.

—Lo dice, señorita, repuso Martina, porque no cesa de deplorar su boda de vd.... ¿como si á él le importara algo!

—¿Qué no me importa? gritó irritado el mayordomo: ¿pues quién ama á la niña mas que yo? ¿quién se la ha criado sobre sus rodillas sino yo? ¿quién ha servido á su

padre con alma y vida? por eso si la viera desgraciada... creo que me moriría de pena.

—¡Gracias, buen Nolasco! dijo entornecida la jóven y tomando la mano del mayordomo: te agradezco mucho tu cariño y lo pago con todo mi corazón; pero no temas; espero que seré dichosa: vamos, Martina, ya han llegado de Paris mi traje blanco de boda y mi corona de azahar.

La jóven y su aya salieron del salon, y Nolasco quedó dando la última mano á sus muebles y arreglando las espléndidas colgaduras.

—Yo, señorita, dijo Martina en tanto que se encaminaban á la habitacion de Alicia, estoy loca de alegría con esta boda... ¡qué bella pareja harán los dos! ¡porque el señor conde es todo un buen mozo!

—¿Verdad que sí? exclamó la jóven, y ¡que cara tan bella! ¡qué ojos tan expresivos...! ¡algunas veces demasiado tristes!

—¿A qué hora supone vd. que llegará mañana, señorita?

—Me parece que temprano... anuncia á mi abuelo que, para asistir á la boda, vendrá con él su mejor amigo el coronel Sahagún.

—Y el señor duque que ha convidado ya á los señores que trata en Valladolid... ¡no faltará gente...! ¿Y dónde se casarán vdes., aquí, en la capilla, ó en la iglesia del puebló?

—En la parroquia: mi abuelo quiere que se haga todo con la mayor solemnidad.

—Y tiene razon: y ¿quiénes son los padrinos?

—Los marqueses de las Bárcenas, de Valladolid: la marquesa era muy amiga de mi madre, y ya sabes que, aunque mi abuelo y yo no visitamos á nadie, ella ha venido á visitarme algunas veces.

—Por cierto que es una señora muy bella y muy elegante. Pero señorita, ¿después de casada se va vd. de aquí?

—Si, contigo y Nolasco, á la Mancha, donde el conde tiene su casa.

—¿Y el señor duque?

—Ya lo sabe y está resignado á ello: mañana por la noche partimos: conque prepara mi equipaje y el tuyo: yo lloraré mucho... ¡Dios mio! la mitad de mi vida daría por no separarme de mi abuelo... pero dice él mismo que mi deber es seguir á mi marido, y tiene razon.

—Pero ¿vendrá vd. á verle?

—¡Oh, eso sí! siempre que me sea posible! Alicia y Martina llegaron, al decir esto, á la habitacion de la primera: en medio de la estancia habia una gran caja de madera: Martina se arrodilló en el suelo y desclavó la tapa con ayuda de un martillo.

Alicia se inclinó, y sacó de su fondo el mas adorable vestido de boda que una novia pudiera soñar.

Era de seda blanca: el prendido y ramo para el pecho, de azahar y rosas blancas: el aderezo, de perlas: el devocionario, de marfil y plata.

Apénas enviaba la aurora su primero y perezoso rayo en aquella mañana de Febrero, cuando Martina entró en el cuarto de Alicia y se acercó á su lecho.

Dormía la jóven el sueño de los ángeles: en su noble frente se retrataba la seguridad de una dicha próxima y completa, y sus lindas facciones estaban iluminadas por una tranquila sonrisa.

Martina la tocó suavemente en el hombro, y ella abrió los ojos tan naturalmente y sin esfuerzo, como el pajarillo que se despierta sobre la rama de un árbol.

—Vamos, ¡arriba! dijo el aya á media voz: ¡ya ha llegado!

—¿Quién? ¿Raimundo?

padre con alma y vida? por eso si la viera desgraciada... creo que me moriría de pena.

—¡Gracias, buen Nolasco! dijo entornecida la jóven y tomando la mano del mayordomo: te agradezco mucho tu cariño y lo pago con todo mi corazón; pero no temas; espero que seré dichosa: vamos, Martina, ya han llegado de Paris mi traje blanco de boda y mi corona de azahar.

La jóven y su aya salieron del salon, y Nolasco quedó dando la última mano á sus muebles y arreglando las espléndidas colgaduras.

—Yo, señorita, dijo Martina en tanto que se encaminaban á la habitacion de Alicia, estoy loca de alegría con esta boda... ¡qué bella pareja harán los dos! ¡porque el señor conde es todo un buen mozo!

—¿Verdad que sí? exclamó la jóven, y ¡que cara tan bella! ¡qué ojos tan expresivos...! ¡algunas veces demasiado tristes!

—¿A qué hora supone vd. que llegará mañana, señorita?

—Me parece que temprano... anuncia á mi abuelo que, para asistir á la boda, vendrá con él su mejor amigo el coronel Sahagún.

—Y el señor duque que ha convidado ya á los señores que trata en Valladolid... ¡no faltará gente...! ¿Y dónde se casarán vdes., aquí, en la capilla, ó en la iglesia del puebló?

—En la parroquia: mi abuelo quiere que se haga todo con la mayor solemnidad.

—Y tiene razon: y ¿quiénes son los padrinos?

—Los marqueses de las Bárcenas, de Valladolid: la marquesa era muy amiga de mi madre, y ya sabes que, aunque mi abuelo y yo no visitamos á nadie, ella ha venido á visitarme algunas veces.

—Por cierto que es una señora muy bella y muy elegante. Pero señorita, ¿despues de casada se va vd. de aquí?

—Si, contigo y Nolasco, á la Mancha, donde el conde tiene su casa.

—¿Y el señor duque?

—Ya lo sabe y está resignado á ello: mañana por la noche partimos: conque prepara mi equipaje y el tuyo: yo lloraré mucho... ¡Dios mio! la mitad de mi vida daría por no separarme de mi abuelo... pero dice él mismo que mi deber es seguir á mi marido, y tiene razon.

—Pero ¿vendrá vd. á verle?

—¡Oh, eso sí! siempre que me sea posible! Alicia y Martina llegaron, al decir esto, á la habitacion de la primera: en medio de la estancia habia una gran caja de madera: Martina se arrodilló en el suelo y desclavó la tapa con ayuda de un martillo.

Alicia se inclinó, y sacó de su fondo el mas adorable vestido de boda que una novia pudiera soñar.

Era de seda blanca: el prendido y ramo para el pecho, de azahar y rosas blancas: el aderezo, de perlas: el devocionario, de marfil y plata.

Apénas enviaba la aurora su primero y perezoso rayo en aquella mañana de Febrero, cuando Martina entró en el cuarto de Alicia y se acercó á su lecho.

Dormía la jóven el sueño de los ángeles: en su noble frente se retrataba la seguridad de una dicha próxima y completa, y sus lindas facciones estaban iluminadas por una tranquila sonrisa.

Martina la tocó suavemente en el hombro, y ella abrió los ojos tan naturalmente y sin esfuerzo, como el pajarillo que se despierta sobre la rama de un árbol.

—Vamos, ¡arriba! dijo el aya á media voz: ¡ya ha llegado!

—¿Quién? ¿Raimundo?

—¡Claro está! ¿quién ha de ser? apenas se veía nada cuando han llegado él y el coronel.

—Yo no quiero que me vea tan temprano, dijo Alicia: esto sería demostrar demasiada impaciencia por mi parte, y además, mi abuelo no se ha levantado todavía.

—¿De modo que no se quiere vd. levantar?

—Eso sí, ahora mismo: porque, aunque no quiero que él me vea, yo quiero verle: ¿dónde están?

—Han dicho á Gerónimo que, para no molestar á una hora tan temprana al señor duque y á vd., se quedarían en el pabellón del jardín, en el que vd. dibuja, lee y borda.

—¡Dios mío! exclamó Alicia: ¡si al menos hubieran elegido el otro, estaba mucho mejor arreglado! pero el mío, ¿cómo estará? estos días no he pensado en ir allá, y ya sabes que no consiento que vaya mi doncella sola porque todo me lo revuelve y trastorna.... sin embargo, pensándolo bien, me alegro que se hallan ido allí.... porque puedo verles sin que me vean y oír lo que hablen, que será sin duda de mí.

—¡Pero, señorita, eso de escuchar es muy feo!

Una tinta rosada cubrió el blanco rostro de Alicia, que respondió:

—Ya sé que no está bien hecho: pero cree, Martina, que no me guía una mala intención.... deseo saber la opinión que el conde tiene de mí.... si de mí se trata, me quedará oyéndoles; pero si hablan de cosas suyas me retiraré.

—Ese deseo me parece muy natural, dijo la bondadosa Martina: conque vamos allá: á vestirse, y vaya vd., en tanto que yo me quedo aquí, acabando de preparar lo que falta para el viaje.

El aya puso á Alicia una bata de merino azul, y le echó en los hombros una manteleta de felpa negra de gran abrigo: la jóven salió corriendo como una cervatilla.

Llegó recatándose y por un sendero de travesía á uno de los dos pabellones que se alzaban en los costados del jardín, y penetró en él sin ruido.

El pabellón, que como ya sabemos era la habitación de estudio de Alicia, estaba caldeado por una estufa que Gerónimo había hecho encender.

Constaba aquel asilo encantador de una salita octógona, que tenía en sus dos ángulos laterales dos gabinetes, cuyas puertas se hallaban cubiertas con espesas cortinas: ambos gabinetes tenían salida á la escalera.

Alicia entró en el de la derecha, abrió la puerta y quedó oculta tras el tapiz y en disposición de oír cuanto hablasen los dos amigos.

Sentados estos en el divan del centro de la sala, tenían delante un velador bastante grande, en el que se veían dos posillos, ya vacíos, de chocolate, dos cestitos con pasas y viscochos, y una bandejilla de plata llena de hermosos cigarros habanos: todo se debía á la previsión de Gerónimo, que había deseado proporcionarles los medios de pasar lo mejor posible el rato de espera, al que se querían sujetar.

Veíase en un ángulo un piano abierto: en otro, un cabalete con una pintura empezada: en otro, y sobre una mesita, algunos volúmenes: mas lejos una canastilla de labor con un bordado.

Sin embargo, el conde y el coronel parecían hallarse muy bien: reclinados en el mullido divan, hablaban y chupaban sus cigarros con gran placer, con ese placer sibarita de los fumadores inteligentes.

Alicia se apoyó contra la pared: la puerta en que ella se hallaba daba casi al lado de la cabeza de Raimundo; y aunque este podía oír su agitada respiración, como no tenía ningun antecedente de la presencia de la jóven, no se aperció de nada.

—No sé á la verdad, dijo el coronel, no bien Alicia se hubo acomodado en su escondite; no sé por qué no has de

amar á esa adorable niña; ni sé, ya que no la amas, por qué te casas con ella. Raimundo eso es cruel, y mucho mas noble hallaria el que te hubieras negado á los ruegos de su abuelo.

—No tuve valor para tanto, repuso el conde: un anciano que ruega, es para mí una cosa sagrada: creí ver á mi propio padre que me pedía esta boda.

—¿Pero no consideras que es Alicia la víctima de tu condescendencia? ¿Ni sé yo tampoco hermanar la ternura, que el abuelo te inspira, y la dura indiferencia con que miras la suerte de la nieta!

—¡Yo te lo diré, repuso el conde avivando la lumbré de su cigarro: amo á los ancianos: detesto á las mujeres!

—¡Bah, bah, bah! las detestas y les has sacrificado la mayor parte de tu fortuna? ¿Son un misterio acaso tus ruidosas aventuras galantes, la multitud de tus amores?

—¡Mucho he amado! repuso el conde cuya frente se cubrió de pronto de honda tristeza: mucho he amado y con mucha nobleza, y he sido pagado con mucha indignidad! Aquí, Miguel, prosiguió Raimundo apoyando su mano sobre el corazón, aquí no hay nada ya.nada mas que silencio.... y vacío!

—¿Qué dices! exclamó el coronel: ¿ni cómo quieres engañarme así? Si tu corazón estuviera seco, yo renegaría de la humanidad entera. ¿Dónde hay un tesoro mas rico que en él de abnegación, de nobleza y de ternura? Raimundo, te calumnias, y no quiero oírte.....

—¡Ojalá fuera así! murmuró con tristeza el conde: en este corazón solo hay aún calor para tí.....para el amor, no se reanimará amas.

—¿Pero qué te ha sucedido? ¿qué gran desengaño sufriste que me has ocultado? Habla.....habla.....sepa yo lo que así te ha cambiado durante los dos años que he estado sin verte.

—Mi desgracia es mezquina; casi vergonzosa, dijo el conde: ningún dolor grande ha habido en mi vida: pero

oye los detalles de mi progresivo cambio para que, á lo menos sepas lo que yo sé.

Acercóse Miguel á su amigo con muestras de vivísimo interés, y la desposada aplicó á sus lábios el pañuelo para sofocar un sollozo que le arrancaban las horribles palabras que acababa de escuchar.

Raimundo prosiguió así:

—Ya sabes que nací muy rico: traje al mundo ya al venir á él, como obligación, el cáncer del siglo, la ociosidad: la ociosidad forzosa del gran señor, y de la que mi padre era un ferviente adorador, á pesar de la nobleza de su carácter.

Me enseñaron algunas cosas de adorno, de esas que debe saber una persona bien educada; es decir, dos ó tres idiomas, á conocer el mio con perfección, á pintar uncaudro medianamente y á acompañar en el piano una romanza; aprendí tambien á tirar el florete, por sí me veía en algun desafío, lo que me ha sucedido con bastante frecuencia.

Lo poco mas que sé, lo he aprendido yo en mis viajes y lecturas.

En completa libertad y en un país tan bello en que el alma, sin quererlo y sin saberlo, se abre á las pasiones; inmensamente rico, ocupaba mi forzoso ociosidad en todo aquello que podia matar ó adormecer el alma, y corría por la rápida pendiente de los desórdenes, admirándome ahora yo mismo de cómo no fuí á dar en la del crimen.

Pues bien, amigo mio, en mi larga peregrinación, no he hallado una sola mujer que mereciese mi amor y mi respeto: muchas me han amado por vanidad: otras por interés; y las que la fortuna y el nacimiento habian hecho iguales á mí, me han descubierto tantos defectos y tan malas cualidades para esposas, que he huido de ellas para conservar mi libertad.

Pero de esta perpétua lucha, solo he sacado el hielo en el corazón, y en el alma mil decepciones. ¡Ah! ¡por

qué, en vez de nacer opulento, no he nacido humilde obrero! ¡por qué no he sido un sacerdote del trabajo, en vez de serlo de los placeres, de las fiestas y de la vanidad! entonces mi corazón, preservado, por el escudo santo de una incesante laboriosidad, del hastío mortal que hoy le aqueja y le consume, hubiera amado á alguna modesta y virtuosa hija del pueblo; porque sólo en esa clase, es donde tal vez se ocultan algunas virtudes: entonces hubiera sido buen esposo y padre feliz!

—Aun te queda esa última dicha, dijo el coronel: aun puedes hallar en el amor paternal la felicidad y la alegría. Pero dime, crees poder respetar y estimar lo bastante á Alicia para no hacerla desgraciada? ¿tu hastío no tomará formas dolorosas é hirientes para ella, en el retiro que solos vais á habitar?

—No ó á lo menos llevo la firme intencion de ocultarla mi aburrimiento: pasaremos en ese retiro nada menos que la cercana primavera, y luego iremos á Madrid: ella se entretendrá durante la bella estacion visitando mis dominios, y en Madrid ya no temo por Alicia; hará lo que todas.

—¿Como?

—Irá á los bailes, á paseos, del tocador al salon, de la mesa al teatro... tendrá amantes, adoradores lisonjeros que la rodearán, yo no le haré falta ya, y así pasará su romántica pasion hácia mí.

—¿Y si no pasa?

—Pasará: yo procuraré que suceda.

—¿De qué modo?

—Riéndome de sus románticas manifestaciones: no haciendo caso cuando me acuse de indiferencia.

—¿Pero y si realmente te ama?

—¡Tanto peor para ella! no concibo cosa mas terrible que una esposa que, ademas de sus muchos defectos, esté enamorada.

—¿Pero tú que harás?

—Lo que hasta aquí: soportar los dolores del cáncer;

no hacer nada: buscar amores fáciles, de los que, al terminarse, no dejan huella alguna; jugar, cazar y cenar con esos que se llaman mis amigos y que viven á costa mia.

—¡Dios mio! ¡que horrible porvenir para tí y para Alicia! ¡Oh, Raimundo! ¡quien ha hecho en tí tan horrible estrago en estos dos últimos años? ¡No, tú no eras así antes! ¡quien ha consumado la obra de tu destruccion moral?

—Ha sido una mujer, despues de otras muchas, respondió Raimundo con acento sordo y pasando la mano por la frente: sí, la mujer que he visto mas hermosa y la que creia mas buena: la que he amado mas en este mundo: la que me ha dominado mas.... y tambien la mas perversa de todas las que he conocido... era una extranjera... una francesa de alto rango..... no quieras saber mas..... ya murió, y a pesar de su perfidia, he llorado su muerte, y la recuerdo con una pavora mezclada de un sordo y concentrado dolor. Cuando aquella mujer, que yo creia la única buena del mundo, la sola capaz de una gran pasion, descubrió el yelo que caia delante de su maldad, me aterré de mi engaño, y huyeron los últimos restos de mi fé para no volver jamas: ya no puedo amar ni creer: lo mas que podré hacer será respetar á mi mujer, en tanto que ella lo merezca, y darle mi indiferencia despues.

—El señor duque ruega al señor conde que pase á verle á su cuarto, dijo Gerónimo apareciendo á la puerta de la estancia: se siente algo indispuesto y por esta causa no viene.

—Vamos, dijo Raimundo: tú, Miguel, espérame aquí.

Al mismo tiempo de salir el conde, se oyó detras del coronel el ruido sordo y pesado de un cuerpo que caia al suelo.

El coronel se volvió, alzó la cortina, y vió ante sus ojos el inanimado cuerpo de Alicia.

—¡Desventurada! exclamó: ¡todo lo ha oído! ¡ya es esta boda imposible... pobre niña... y pobre anciano!

Miguel sacó despues en sus brazos á la jóven, y la colocó sobre el divan, contemplándola con una commiseracion profunda.

VI

Alicia tardó poco en volver en sí, y poco tambien en recordar lo que habia pasado: vibraba en su alma, como un eco fúnebre, la voz del conde confesándose incapaz de sentir el amor, y asegurando que se habia casado con ella solo por un sentimiento de compasion: atestiguaron al coronel su memoria y su dolor algunas lágrimas que se escaparon de sus ojos y rodaron por sus pálidas mejillas.

—Valor, señorita, dijo Miguel; ya que vd. conoce hasta dónde llega su desgracia, ponga á ella una frente serena: no ha de faltar en el mundo un esposo digno de vd.....yo mismo lo seré si esto puede satisfacer los temores que, acerca de su suerte venidera, abriga su anciano abuelo.

—No, caballero, respondió la jóven enjugando sus ojos y sacudiendo con melancolía la cabeza: ¡no! nosotros no podemos casarnos.

—¿Por qué razon, señorita?

—Porque ni vd. me ama á mí, ni yo le amo.

—Es tan fácil amar á usted!

—No pensemos en eso, caballero; yo no puedo amar mas que al conde.

—A la edad de vd. y en el retiro en que se ha criado, no se sabe aún lo que será del porvenir, repuso el coronel: ¿qué sabe vd. si aun amará á otro con pasion?

—Ay, caballero! exclamó la pobre niña; vd. no sabe, vd. no puede saber cómo he nutrido yo este amor durante el mes que he estado segura de la dicha de pertenecerle! vd. no sabe cuanto le he acariciado y qué profundas raíces ha hechado en mi alma! ¡No, no, se lo repito! ¡no es mi corazon de los que aman dos veces, y debo haberlo

heredado de mi pobre madre, que solo amó á su esposo y no pudo sobrevivirlo!

—Pero su casamiento de vd. con Raimundo es ya imposible, señorita! ¿Tendria vd. el triste valor de darle su mano, despues de lo que ha oido?

—Y ¿qué he de hacer, caballero, si yo le amo? Y aunque no le amase, ¿cómo dar una negativa que tanto afligiria á mi abuelo? Yo debo casarme con él, y esto no será una mala accion, porque ningun vil interés me mueve á ello, y le amo.

—Dios mio! ¿y qué felicidad puede vd. esperar de tal enlace, señorita? ¿Sabe vd. lo que es una union para toda la vida? Yo he estado casado, y lo sé... fui feliz en ella, y, sin embargo, comprendo lo que puede ser cuando el amor no endulza su peso, y, sobre todo, para una pobre niña sin valor y sin experiencia!

—Coronel, repuso Alicia, yo amo á Raimundo: mas no por eso le exigiré una correspondencia, que ¡ay de mí! sé, desde hace una hora, que no puede darme: me contentaré con su amistad y con que no me sujete á un trato duro, lo que no espero de él, porque, á pesar de todo, su carácter es noble.

—Y bien, repuso Miguel: yo quiero mejor esperar en el porvenir que desesperar de él, señorita: ya que vd. es tan generosa, que se decide á casarse por solo su amor, y por tranquilizar los últimos dias de su abuelo, yo quiero esperar en el porvenir... ¿quién sabe si está destinada á vd., á su candor, á su virtud, á sus gracias, la mision de despertar y dar calor á ese corazon adormecido y helado por los excesos y los desengaños del mundo? ¿Quién sabe si el conde hallará en el santo amor de la familia, en el amor paternal, lo que perdió en los placeres, las fiestas y la ociosidad?

Sonrió Alicia con tristeza, y respondió:

—No espero este triunfo, mi buen amigo, y desde hoy quiero darle este dulce nombre, ya que tanto se interesa por mí: no espero resucitar ese corazon cadáver ya:

ninguna esperanza de dicha me llevará al altar... pero, si Dios quisiera, tal vez podría inculcar en esa alma una consoladora creencia, la de que yo soy, si no tan superior como debiera ser para que él me amara, al menos la mejor de las mujeres que ha conocido.

—Ah, señorita, vd. es un ángel, y Dios la ayudará! exclamó Miguel con entusiasmo: ¡sí, vd. no sabe cuánto alcanza una mujer que es buena y cristiana! Ella es el ángel de la Guarda de su hogar y de su marido.

—Voy á hacer á vd. una pregunta, dijo Alicia, que se habia quedado pensativa, como herida por una idea repentina: en todo lo que ha hablado, el conde no ha pronunciado ni una sola vez el santo nombre de Dios, que vd. acaba de invocar... estará apagada también en su alma la llama de la fé cristiana?

Miguel bajó la cabeza y guardó silencio.

—Hable vd., dijo Alicia: ¿no cree el conde? ¿no ama á Dios? ¿no es buen cristiano?

—La fé religiosa se ha apagado en el torbellino en que ha vivido, respondió el coronel: su padre no debió inculcarle, tan sólidamente como necesitaba, los principios religiosos.

—Luego ¿no cree?

—Libreme Dios, señorita, de pensar tal cosa, dijo Miguel: solo pienso que no cree tan sólidamente como debería, y que la duda, que enfria su alma para el amor, la enfria también para la religion.

—Adiós y gracias, coronel, dijo Alicia levantándose y presentando á Miguel su pequeña mano: permítame vd. que me retire: creo que no tardarán en avisar á vd. para que vaya á reunirse con Raimundo y mi abuelo.

—Adiós y valor, señorita.

—Le tendré: sólo suplico á vd. que nuestra conversacion quede ignorada de todos.

—Nadie sabrá nada.

—Me promete vd. el secreto hasta para el conde?

—Para él, sobre todo: y yo mismo sólo la recordaré para admirar su valor de vd. y para decirle que soy su mejor y mas edicto amigo, asegurándole desde luego que, donde quiera que me halle, si me llama, acudiré en su ayuda.

Alicia hizo una afectuosa señal de despedida y reconocimiento al coronel, se envolvió en su capa, y salió del pabellon.

Miguel la siguió con la vista y murmuró:

—Ah Raimundo! que infeliz vas á hacer á ese ángel, y cómo te pedirá Dios cuenta de lo que le hagas sufrir!

VII

El almuerzo no se hizo en el comedor, porque el duque, bastante indispuesto, no se pudo levantar para aquella hora.

La indisposicion del anciano, aunque frecuente en él, contristó aun mas el ánimo de Alicia, cuyo corazon estaba lleno de amargos presentimientos.

El coronel y el conde almorzaron juntos en el cuarto de este último: Alicia tomó solo un vaso de leche al lado del lecho de su abuelo.

—Creo que debes estar muy contenta, hija mia, dijo el duque: ya se van á cumplir los votos de tu corazon y los del mío también, puesto que vas á hacer un casamiento á tu gusto... el esposo que vas á tener, es noble, rico, de bella figura y que te ama ya, porque solo así se explica que te dé su mano y encadene su libertad. ¡Pero que cadena tan dulce sabrás tú hacer! nada te recomiendo, Alicia mia, porque veo en tí un retrato de tu buena madre, que, á su vez fué educada por la soya. Oh! si tu abuela hubiera vivido, hija mia, yo hubiera tomado mas tiempo para asegurar tu dicha, porque hubiera esperado en Dios que te dejase su amparo y proteccion; pero así, hija mia, he tenido que apresurarme, porque de un instante á otro

puedo morir, y te dejaba sola, sin apoyo y sin consejo, y demasiado rica por desgracia: hija mia, yo tengo confianza en Dios, y espero que El te mirará con ojos de misericordia y te dará la dicha.

Alicia se arrojó en los brazos de su abuelo, que continuó:

—¡Bendita seas, hija mia, tú que jamás me has causado ni un instante de dolor! ¡bendita seas, alegría de mi vejez, esperanza de mi nombre, único vástago de mi familia! si mis ruegos llegan al trono del Todopoderoso, tú serás dichosa!

Calló el anciano; su cabeza estaba levantada al cielo con una expresión de ruego, y su venerable rostro iluminado con una expresión sublime de confianza y de fe: la joven sintió que descendía hasta su corazón un rayo de esperanza: la voz de aquel anciano virtuoso, benéfico, irrepreensible en su larga carrera, debía, en efecto, llegar al cielo.

—Ve, hija mia, prosiguió el duque tras una breve pausa: vé á vestirme: los convidados van á ir llegando, y yo tambien quiero hacer un esfuerzo para levantarme... hoy me siento bastante mal y postrado... pero no temas, prosiguió al ver dibujarse el terror en el rostro de Alicia... es efecto de la emoción... de la alegría, al ver asegurada tu suerte.

La joven ahogó un suspiro, pensando cuan mal asegurada estaba aún su dicha: pero lo ocultó bajo una sonrisa, y rogó á su abuelo que depusiera toda aprehension y que se animase lo posible para animar á todos con su presencia: despues le abrazó y salió de la estancia.

Martina la vistió su traje de boda, y cuando bajó al salon, halló ya en él á su abuelo, al conde y al coronel entre los convidados.

El aspecto del duque la asustó sin saber por qué; el anciano estaba como aniquilado bajo una fatiga profun-

da, aunque en su sonrisa brillaban la tranquilidad y la alegría.

Sirvióse á las cuatro una espléndida comida, y á las siete, prontos ya los carruajes, se dirigió la comitiva á la iglesia parroquial de la aldea, cubierta de flores y de luces.

Alicia pronunció un sí débil y tembloroso: el del conde fué firme y severo.

Acabada la ceremonia, se retiraron los concurrentes, y quedaron solos en el salon, el duque, su nieta, el coronel y el conde.

La conversacion se deslizó durante algun tiempo apacible y alegre, persuadiendo el duque al conde de que, en vez de irse á sus tierras de la Mancha aquella misma noche, segun habian proyectado, se quedasen algunos dias mas con él.

—Yo no me siento bueno, dijo: acaso el Supremo Hacedor quiere hoy, que dejo asegurada la suerte de mi hija, llamarme á sí: ¿por qué habeis de separaros de este anciano que os ama? ¿á qué tener que volver precipitadamente? desistid por ahora y quedaos algunos dias conmigo: si me pongo mejor, os ireis... si muero, ya sabeis que debeis tomar mi nombre y la posesion del título y tierras de Santa Clara.

—¿A qué esos tristes presentimientos, querido padre? dijo el conde: si el gusto de vd. es tenernos algunos dias á su lado, no nos iremos; pero no piense vd. en morir, porque aun querrá tal vez la Providencia dejarle por largo tiempo á nuestro lado.

—Gracias, hijos míos, dijo el anciano: yo os agradezco el que bayais atendido á mis deseos: ahora permitidme que me retire á descansar, y hasta mañana.

El anciano, que parecia en efecto fatigado de una manera alarmante, tomó el brazo de su fiel Gerónimo, y se retiró.

Martina se presentó con una bujía en la mano para

alumbrar á Alicia hasta la cámara nupcial, á la que se dirigió despues de haber dado la mano al coronel.

Una vez allí, y despojada por sus doncellas de sus adornos de boda, se hizo poner un peinador blanco, se sentó al lado de un velador, y, despidiendo á su aya y á las camareras, se puso á leer esperando á su marido.

Nada mas bello y mas suntuoso que aquella cámara digna de los desposorios de un príncipe.

Los ricos tapices de seda carmesi recamados de oro; el gran lecho esculpido, rematando en la corona ducal; la multitud de candelabros de oro cargados de bujías que arrojaban torrentes de luz; las mesas doradas con tableros de pórvido; los grandes sillones dorados y carmesi, repartidos en rico profuso desórden; todo esto daba un aspecto regio á la habitacion.

Así que hubieron desaparecido sus criadas, Alicia dejó caer el libro, y, apoyando la frente en la mano, quedó pensativa por espacio de algunos instantes.

Oyéronse pasos en la cámara vecina, y poco despues la puerta de la habitacion nupcial se abrió dando paso al conde.

Alicia se levantó pálida y helada, y esperó de pié, y con una mano apoyada en el velador, á que su marido se aproximase.

—Mi querido esposo, le dijo con voz firme; si has hallado abierta la puerta de esta habitacion, es porque yo queria tener contigo una entrevista importante, y aun mas, porque no queria provocar un escándalo inútil ante los criados de la casa: de lo contrario, la hubieras hallado cerrada.

—¿Qué quiere decir eso, querida Alicia? preguntó el conde procurando tomarle una mano, que ella retiró.

—Esto quiere decir, repuso la jóven, que oí toda la conversacion que tuviste esta mañana en el pabellón con el coronel: que he sabido por ella que tu corazon está seco, que no me amas, ni puedes amar, y que hasta que

recobre ese corozon un poco de fuego y de vida, si es que esto es posible, no seré tu esposa mas que en el nombre: que mi alma rechaza este indigno consorcio, que he llevado á cabo para que mi abuelo muera tranquilo, y que yo no concedo ni concederé nunca al matrimonio otros derechos que los del amor.

El conde palideció al oír el razonamiento de su mujer; pero dominando á todo otro sentimiento el de su vanidad herida, se encogió de hombros con aire de glacial indiferencia.

—Al lado de la habitacion que ocupa el coronel, prosiguió la condesa, hay otra preparada para tí: yo me he ocupado de ese cuidado: todos aqui nos creerán unidos por los mas tiernos lazos; pero Dios y nosotros sabremos la verdad: espero regenerarte y trocar tus dudas en la certeza de que hay en el mundo una mujer buena, digna, irreprensible: cuando te vea convencido, esa mujer será tuya.... ¡antes no!

—Buenas noches! dijo el conde con la brusca insolencia del hombre derrotado por una mujer: si has oído lo que hablé en el pabellón, nada puedes hacer mejor que olvidar.

Tomó, dicho esto, una bujía y salió sin mirar á su mujer.

Esta se dejó caer de rodillas delante del magnífico reclinatorio que se hallaba á los piés de su lecho, y oró con amargas lágrimas de dolor.

Mucho rato permaneció arrobada en su fervorosa plegaria; pero llegaron á sacarle de ella pasos precipitados y voces ahogadas que se oían por la galería que circuía la casa.

La condesa abrió un balcon y se asomó á él, al mismo tiempo que llegaba Martina sofocada y jadeante.

—¿Qué pasa? preguntó la jóven, ¿venias á buscarme, Martina? ¿caso mi abuelo?.....

No pudo decir más: el presentimiento, que se había apoderado de su corazón, la hizo palidecer y temblar.

—Señorita, el señor duque se muere..... no habla y está frío ya..... se hallan á su lado el médico y el señor cura..... también ha bajado el señor coronel.

—¡Vamos! exclamó la condesa: ¡vamos corriendo á ver lo que tiene!

Martina no había mentido: Dios había marcado en su libro el fin de la larga carrera de aquel anciano: no se movía, no hablaba, su rostro se hallaba cubierto de una suave palidez; pero se conocía que oía atentamente las exhortaciones del sacerdote, y que de vez en cuando rezaba, á juzgar por el débil movimiento de sus labios.

—¡Padre mio! exclamó Alicia arrojándose deshecha en llanto sobre el cuerpo del anciano.

—Dios, tu abuela... y tu madre, me llaman, hija mía... murmuró el duque haciendo un esfuerzo supremo: ya te dejo un protector... sé buena para que seas dichosa;...

No habló ya más para las criaturas que dejaba en el mundo: solo se le oyó articular el santo nombre de Dios, con ardorosa unción.

Hubo un instante en que volvió los ojos y buscó con ansiosa mirada al conde: hallóle á los pies del lecho: le señaló con expresiva mirada á su nieta, como un último ruego para que la hiciera dichosa: volvió despues la vista al cielo y espiró!

Alicia dejó escapar un agudo grito y cayó desmayada en los brazos de Martina.

VIII

El conde y el coronel cumplieron todos sus deberes concernientes á las honras fúnebres del duque.

Alicia había quedado sumergida en tan profundo dolor, que parecía haberse suspendido en ella hasta el pensamiento.

—¡Pobre niña! á los diez y siete años quedaba sola, sin ningún amor en el mundo, pues su abuelo, único ser que la amaba, había volado al cielo.

Quince dias pasó el coronel con los dos esposos; mas llamado despues por negocios y deberes militares á Madrid, los dejó en su solitario y antiguo castillo.

Raimundo y Alicia tomaron el título de duques de Santa Clara, segun el deseo del anciano, que ya se hallaba junto al trono de Dios.

Alicia conocía, al quedarse sola con su marido, que debía, sobreponiéndose á su dolor, empezar la grande obra que se había propuesto, y de la que dependía el porvenir de toda su vida.

A los tres dias de haber partido su amigo, la vió su marido, despues del desayuno, entrar con un delantal de percal puesto sobre su traje y un gran sombrero de paja.

El delantal ocultaba un gran bulto.

—¿A dónde vas? le preguntó Raimundo.

—A dar de comer á las aves, respondió Alicia.

—¿Tú?

—Yo misma.

—¿No hay una criada encargada de ese cuidado?

—¡Sin duda! pero la ociosidad me aburre ¿quieres venir?

—Gracias, respondió el duque.

La jóven duquesa salió, y su marido no pudo resistir á sus deseos de ir á buscar una ventana que daba al corral para ver cómo alimentaba su mujer al ejército de pavos, gallinas y palomas.

Acabada su tarea, Alicia hizo su sencilla *toilette* de luto, y se puso á estudiar un poco en el piano hasta la hora de almorzar: á lo menos así lo dijo á su marido, que se recostó en un canapé del salon de espaldas á ella.

Pero Alicia lejos de ocuparse en repasar alguna sonata nueva, se puso á tocar la más tierna y dulce de cuantas sabía, esperando divertir algún tanto á su marido, al que

veía por medio de un magnífico espejo, con la mano apoyada en la mejilla.

—Si yo pudiera inspirarle gusto por la música! pensaba ella: si su alma llegase á recobrar el sentimiento de lo bello, extinguido ó adormecido en él por el contacto de placeres vulgares; ¿quien sabe? parece que me escucha con atención.

Y Alicia acabó de tocar una preciosa y tierna sonata de Bellini que habia empezado, y que trasmitia á su alma tan dulce melancolía.

—Sin duda tiene Raimundo los ojos llenos de lágrimas como yo! pensó ella con íntimo convencimiento: veamos: voy á levantarme como para buscar algo.... pasaré por su lado con disimulo, y le miraré....

La ejecución siguió al proyecto: levantóse, y pasó por el lado de su marido, al que creia atento y enternecido: ¡oh dolor! Raimundo estaba durmiendo!

Una lágrima, no dulce como las que la música le arrancaba, sino amarga como las que produce el desengaño, corrió por la mejilla de la jóven duquesa.

—Ah! exclamó: nada le agrada! nada le conmueve!

Y sentándose con cólera en una silla, se acercó un velador que contenia un gran envoltorio y un estuche de costura.

Aquel ruido despertó al duque, que abrió los ojos con disimulo y se puso muy formal, para no dar á entender que se habia dormido.

—¿Qué vas á hacer? dijo á Alicia al ver que cortaba una tela que habia sacado del paquete.

—Voy á cortar un vestido para mí, repuso ella.

—¿A cortarlo!

—Y á coserlo.

—Pero no hay modistas? ¿no tienes doncellas?

—Ciertamente; pero yo siempre me he hecho los vestidos: me abruma la ociosidad.

—Mira, dijo Raimundo si quieres, dentro de un rato saldremos á dar un paseo á caballo: ¿sabes montar?

—Como una amazona! respondió Alicia alegremente: cuando te parezca la hora, manda ensillar los caballos.

Y siguió cortando el vestido.

Levantóse Raimundo y dió dos ó tres paseos por la sala: se aburría y no sabia en qué emplear su tiempo hasta la hora del paseo.

—Aquí hay un ejemplar de la *Divina comedia*, dijo Alicia: ¿quieres leerme un poco mientras coso?

—Está traducido? preguntó el duque.

—No; está en italiano, repuso sencillamente la jóven.

—¿Conoces tú el italiano?

—Un poco; para cantar es preciso.

El duque tomó el libro que su mujer le presentaba y empezó á leer con gran sonoridad y sentimiento la *Divina comedia*.

—Tiene alma! se dijo Alicia: aun siente: ¡solo que yo, ignorante y sencilla jóven, puedo tan poco! Dios mío, ayudadme! enseñadme los medios de conservar mi único bien! ¡Oh! ¡si cansado de esta soledad, que tan poco embellece mi compañía, quisiera irse á Madrid, entonces si que tendria que temer por el porvenir!

Después de leer como una media hora, el duque fatigado, dejó el libro y salió para ir á ordenar que dispusieran los caballos.

Alicia se presentó vestida de amazona, y tan linda, que su marido la contempló con verdadera admiración.

El luto riguroso de su amazona hacia resaltar el castaño dorado de sus cabellos y el gris azulado de sus ojos: su talle, de una gracia y figura maravillosas, lucia toda su elegancia aprisionada en el corpiño con aldatas: por debajo del sombrerito de castor negro, asomaban los magníficos rizos de sus cabellos, y no parecia posible que sus manecitas pudieran sujetar al fogoso bruto que pafaba en el patio anhelando salir al campo.

La mirada de su marido hizo palpar el corazón de la duquesa: ésta montó ligeramente, y salió siguiéndola

Raimundo, que rehusó la compañía de ningún criado ó palafrenero.

—¿Sabes que no sospechaba que montaras tan bien á caballo? dijo el duque á su mujer.

—Tomemos un galope respondió ésta alegremente.

Los caballos salieron con velocidad: llegados á una pradería, Alicia acortó el paso para disfrutar de su deliciosa vista.

Estaba espirando Abril: ya había flores entre la yerba: los árboles llevaban su verde traje de primavera: el sol bañaba los extremos de sus copas, y los pajaritos entonaban el himno vespertino, saltando gozosos de rama en rama.

—¿Qué será aquel humo? dijo de repente Alicia, señalando á una columna que se confundía con el azul del cielo.

—No sé, repuso el duque: vamos allá y lo veremos.

Pronto los acercaron los caballos al pié de un montecillo, en cuya falda se veía una pobre cabaña hecha de paja y piedras.

Fuera de la puerta de la cabaña, ardía una hoguera, al lado de la cual había dos niños y una mujer que envolvía patatas en la ceniza caliente.

Alicia, sorprendida de hallar aquella gente en sus dominios, bajó del caballo y se acercó á la mujer, que al ruido se volvió y dejó ver un semblante flaco y curtido por los años.

—¿Vive vd. aquí, buena mujer? preguntó la duquesa.

—Sí, señora, respondió la mujer: soy la madre del pastor que guarda parte de los ganados de los señores duques de Santa Clara.

—¿Y estos niños?

—Son mis nietos: mi hijo quedó viudo el año pasado: su mujer pereció en el incendio que les dejó sin su casita de la aldea: entonces no hubo mas remedio que hacer esta cabaña y venirnos acá con los niños: ya pedimos licencia al mayordomo Sr. Nolasco, que nos la dió, y nos dijo

que para tan poca cosa no queria incomodar al señor duque.

—¡Pobre mujer! exclamó Alicia, cuyos ojos se llenaron de lágrimas: vivir aquí en esta choza donde penetra el viento y la lluvia, cerrada solo por una puerta de palos! Dios mio! ¿y se puede vivir de ese modo? ¡Ah! qué culpables somos los ricos de la tierra ignorando todas estas miserias.

Alicia estaba tan bella hablando así y abrazando á las niñas que la miraban atónitas, que su marido no pudo contener un gesto de admiracion.

—Les levantaremos una casita: ¿querrás, Raimundo? preguntó la duquesa estrechando la mano de su marido.

—¿Por qué me consultas eso? respondió éste: ¿no eres tú aquí la señora de todo?

—No, respondió Alicia suavemente; sin tu permiso, nada puedo ni debo hacer.

El duque sonrió con amargura: su amor propio se hallaba herido del frio trato que su mujer había establecido entre los dos: se sentía allí inferior y dominado en todo: la jóven era mas noble, mas generosa que él, como asimismo mas rica: el título que llevaba no le pertenecía: su boda, á pesar de haber sido casi la obra de la caridad, podia llamarse la obra del calculo: solo el amor podia salvar la inmensa distancia que cada dia los separaba mas.

Alicia, inocente como una niña, quiso entrar á ver el interior de la cabaña: admiró el torno en que hilaba la madre del pastor, la cabrita que daba leche para las niñas, y jugó alegremente con el animal y con sus infantiles amas, bebiendo con gran placer un vaso de leche.

El duque experimentaba, contemplando á su mujer, una sensacion desconocida para él hasta entónces: en nada se parecia á la admiracion que tantas veces le había causado el ver á una bella mujer vestida con un esplén-

dido traje de baile, y lleva de diamantes; no se asemejaba tampoco al entusiasmo producido por el canto de una eminente artista, de aquellas cuyo nombre era europeo; y cuyos amores habia pagado á tan subido precio, no; lo que oia era un canto del alma, de una alma pura, que se abria, como una flor, al santo rocío de la caridad cristiana.

Quizá por la primera vez dirigió á Alicia la mirada del verdadero amor, y entonces recordó que ninguna otra mujer de las que habia conocido, le habia parecido tan bella y tan interesante como la suya.

Ya era cerca del anochecer, cuando Alicia, después de haber estrechado la callosa mano de la anciana, dejando en ella un bolsillo con algun dinero, y de haber abrazado tiernamente á las niñas, volvió á montar á caballo, ofreciendo á la desgraciada familia, que se ocuparia de su suerte.

Los dos esposos salieron al paso, y el silencio reinó entre ellos, pues ambos iban absortos en sus meditaciones. Alicia estaba aún enternecida: su marido pensaba en que una mujer tan buena y caritativa, debia ser el bello ideal que él habia buscado toda su vida y en el torbellino del mundo sin poderlo encontrar.

La luna salió en breve de entre los árboles, é iluminó con su plácida y melancólica luz toda la campiña; su resplandor hizo blanquear las tapias del cementerio, y sus primeros rayos fueron á bañar la cruz de bronce que servia de remate á la cúpula de la capilla, que brilló como un faro consolador.

—El sepulturero se hallaba sentado á la puerta del asilo de los muertos, con su mujer y sus hijos.

—Raimundo, dijo Alicia á su marido; jamas paso por este recinto, que guarda los restos de todos los que me han amado, sin que entre á elevar por ellos una oración: espérame un instante.

—Yo iré contigo, respondió el duque; es de noche y tendrás miedo.

—¡Miedo! repitió la jóven con voz triste y profunda: ¡ojala pudiera pasar mi vida al lado de esos sepulcros; entónces la gran soledad en que vivo se llenaria para mi y seria mas dichosa esperando la hora de ocupar mi sitio al lado de mis padres y de mis abuelos!

El duque nada respondió; pero el acento triste de su esposa, vibró en su alma como una dolorosa reconvencion.

Apearonse, y el aposentador de los muertos ató los caballos á un árbol, franqueando el paso á su jóven señora y á su marido.

El cementerio no tenia nada de espantoso: el guardian cuidaba con esmero el lindo jardincillo en cuyas galerias se veian los nichos con sus lápidas, que explicaban el nombre y la edad de las personas que los ocupaban.

No obstante, eran pocos los habitantes de aquellos, y lo que mas se veia eran humildes cruces de madera negra, que señalaban las sepulturas del suelo.

En medio, y rodeado de una verja de hierro, se levantaba el panteón de los duques de Santa Clara: era de piedra, bastante alto, y contenia las cenizas de los abuelos y los padres de Alicia.

Esta se arrodilló: unió sus manos, inclinó la cabeza y se puso á rezar.

Raimundo, apoyado en uno de los ángulos de la derecha, y con el sombrero en la mano, la contemplaba con respeto: el silencio de la noche, la tibia luz de la luna, todo daba solemnidad á la plegaria de la jóven.

De repente creyó el duque oír un sollozo: se acercó á su mujer, oyó un segundo gemido, y pudo convencerse de que Alicia lloraba.

—Vamos, querida mia, le dijo dulcemente: esta emocion, tan largo tiempo sufrida, puede causarte daño: levántate ya y volvamos á casa.

Alicia obedeció como una niña: su marido no se atrevió á dirigirle una palabra: tanto era el respeto que le inspiraban el dolor y la desgracia de aquella jóven, que, casa-

da con el hombre á quien amaba, se creia sola en el mundo.

IX

Al día siguiente por la tarde, Alicia entró en el salon, llevando en los brazos un cofrecito de hechura remota, y, al parecer, muy pesado.

—¿Qué es eso? preguntó el duque.

—Son dijo, ella, algunos papeles antiguos que mi pobre abuelito queria arreglar, sin ballarse jamas con fuerzas para ello: algunas veces te dije que si queria que lo hiciera yo; pero, como debe ser cosa muy pesada, me respondia:

—Esto no es cosa á proposito para tí, hija mia.

—¿Y ahora vas á ocuparte de ella?

—Sí: deben ser documentos de familia, escrituras de compras y ventas.... ¡qué sé yo! pero basta que mi abuelo desease aclarar esto, para que yo lo haga.

—Yo me encargo de ese trabajo, dijo vivamente el duque: déjalo aquí en esta mesa.

—Tú! repitió Alicia asombrada.

—¡Yo! ¡sí! yo lo entenderé mejor, y así haré algo; y á fe mia que lo desco, porque la continua ociosidad ha llegado á fatigarme.

—¿Pues has trabajado alguna vez?

—No, lo confieso: el bullicio de las fiestas, los convites, los bailes, *mataban* mi tiempo: ahora el tiempo me mata á mí.

—¿Quieres volver á la sociedad que has dejado? preguntó tímidamente Alicia: si la echas de menos, vuelve á ella sin temor, que yo me quedaré aquí.

—¿Vendrias tú conmigo? preguntó el duque, en cuyos ojos brilló la alegría.

—No, respondió la jóven: el año de luto lo pasaré en este palacio, que no abandonaré hasta dejar en claro todos los asuntos, y saber que nuestros colonos nada

necesitan: mi abuelo, por su edad, tenia algo olvidada la dicha de estas pobres gentes: á mí me toca cuidar ahora de ella.

El duque no contestó: sentóse delante de la mesa, donde su esposa habia colocado el cofrecillo, y se puso á examinar lo que contenia.

Alicia fué á buscar su labor y se puso á trabajar.

Dos horas hubo de completo silencio: cuando la campana llamó para el almuerzo, alzó el duque la cabeza, y dijo admirado:

—¿Ya?

—¿No estás cansado? preguntó la duquesa.

—No respondió él, se me ha pasado el tiempo en un instante.

—Pues hace dos horas que estás leyendo y registrando.

—Y aquí hay para días, dijo el duque: son infinitas las anotaciones que hay que tomar; los papeles se ballan en el mas completo desorden: el árbol genealógico está destrozado.

—Lo mandaremos hacer otra vez, observó Alicia: tú conocerás en Madrid algun buen caligrafo.

—Yo mismo lo haré.

—¿Sabes pintar tambien?

—Medianamente.

—Oiga! ¿Y me lo habias ocultado?

—Tú solo tienes idea de lo malo que hay en mí, repuso el duque: ya llegará día en que conozcas lo bueno.

Alicia no respondió: fueron al comedor, y Raimundo almorzó de prisa con el objeto de volver á seguir arreglando papeles.

—¿Por qué ese afán? le preguntó su esposa: tienes aún diez meses de tiempo, si es que te resignas á acompañar mi soledad.

—Nunca hubiera creído que la ocupacion proporcionase tanto placer, y tanto tedio la ociosidad, dijo el du-

que. ¿Por qué se le llama venturoso al que nace rico? ¡Ah! venturoso, cuando trae por herencia el cáncer del siglo!

—Mi infausta curiosidad me hizo saber, el día mismo de nuestro casamiento, que llamas así á la ociosidad, dijo Alicia; pero no hay nadie en el mundo que no pueda curarse de ese cáncer.

—¿Cómo?...

—Mi abuelo decía que desde el rey hasta el mas humilde de sus súbditos, todos los hombres tienen deberes que llenar, y la obligación sagrada del trabajo: sin duda, pues, que no hay uno que no pueda trabajar, porque mi abuelo no mentía nunca: los que, como nosotros, tienen gentes que dependen de ellos, deben mirar por la dicha de los pobres: los que, como tú tienen talento para la pintura, deben cultivarle: para eso se lo da Dios. ¡El trabajo! ¿donde hay nada comparable á las dichas que proporciona? ¿dónde hay nada como él para llenar el vacío del alma?

El duque nada respondió: arregló aún algunos papeles con aire distraído, y luego, encerrándolos en el antiguo cofrecillo, dijo levantándose:

—Hasta luego: voy á mi cuarto: tengo que escribir al coronel.

Y salió.

—¡Dios santo! pensó Alicia: de nada ha servido todo lo que he hecho para ocuparle, para distraerle! ya le ha cansado esa ocupación, y quién sabe si acabará diciéndome que esta vida le es insoportable, y que se va á Madrid... ó quizá á París!

Hé aquí, entretanto que Alicia se entregaba á sus meditaciones, lo que escribía su marido al coronel:

«Yo estoy loco, amigo mío: jamás he visto una criatura que reúna las perfecciones que mi mujer: la menor para mí, es su belleza; lo que admiro es su dignidad unida á su perfecta é inalterable dulzura: su caridad, su fe cristiana, su valor para soportar todas las continuas inco-

modidades de la vida: su gracia, su eterna é incomparable compostura: pero ¡ay! Alicia me amaba, y temo que haya dejado de amarme, porque á la par que ella ha conocido que yo valía muy poco, por la fatal coincidencia que la llevó al pabellon el día de nuestra llegada, ya he conocido el tesoro que me deparaba el cielo.

«¡Aconséjame, Miguel! qué debo hacer. ¿De qué modo me haré digno de Alicia? ¿Qué haré para que consienta en mirarme como á su marido, para que me ame en vez de tratarme con la glacial amistad que ahora me concede?

«Me creía con mucho mundo, y ahora, delante de esta sencilla é inocente criatura, criada en la soledad del campo, veo que soy un niño. ¿Qué es, pues, lo que aprendemos en esos salones, en los cuales paseamos nuestra ociosidad y nuestro fastidio, en los que nos creemos idolatrados de todas las mujeres? ¿Qué hacemos? Consumir nuestra vida en inútiles y costosos galanteos, y nuestras fortunas en desórdenes que dejan el corazón vacío.

«Miguel, te lo confieso! acaso por la primera vez de mi vida, estoy enamorado seriamente... y de mi mujer: en cuanto á ella, me mira con una indiferencia que me desespera: creo que el amor que me tuvo murió cuando me oyó en el pabellon descubrirte el fondo de mi alma y que jamás podrá volver á amarme.»

El coronel se rió de esta carta, y contestó á su amigo que iba á pasar quince días en su compañía y en la de la duquesa.

Esperando su llegada, Raimundo trató de entretener su tiempo del mejor modo posible: continuaba en las primeras horas de la mañana el arreglo de los papeles de familia, ordenándolos, colocándolos en legajos y tomando anotaciones: despues del almuerzo, se ocupaba en el árbol genealógico de la familia de Santa Clara, trabajo de pintura delicadísimo, y que llevaba á cabo con una paciencia infinita.

Estos trabajos tenían lugar en la biblioteca, donde solía reunirse Alicia, que iba allí con su bordado ó costura.

Con la presencia de su mujer, se veía el duque feliz: de cuando en cuando alzaba la cabeza para mirarla, y la veía irabajando tranquilamente al lado de la ventana abierta, que dejaba ver la campiña engalanada con su traje de primavera.

Ella le miraba también á hortadillas, y al verle tan agradablemente ocupado, y observar que había huido de él el hastio excesivo que antes devoraba su salud, alzaba los ojos al hermoso cielo que se descubría, y exclamaba desde el fondo de su alma con los ojos humedecidos de gratitud:

—¡Gracias, Dios mio!

El coronel llegó, y la alegría de Raimundo fué inmensa: le contó todas sus penas, y el ansia con que esperaba ser mirado por su mujer como un esposo digno de ella.

—No dudes que lo conseguirás tan pronto como la convenzas de que puedes amarla, de que puedes ser esposo fiel y hombre religioso y grave: no olvides que ella solo así ha conocido al hombre, y que su abuelo y su padre eran modelos de hidalguía y de nobleza, no menos que de galantería. No es Alicia de esas mujeres que se prendan mas del hombre mas depravado: educada tierna y cristianamente, en una familia que ha fundado siempre su mayor gloria en la virtud, todo lo que es falso, vil y vicioso, le causa horror: su alma pura y digna, verá siempre en la virtud lo mas hermoso de la tierra, sin que por eso haga alarde de una intolerancia austera: sus ideas son las que debe tener toda mujer verdadera y sinceramente buena, y la tuya sabrá ser á la vez el mejor ornato de los salones del gran mundo, la esposa mas ejemplar y la madre mas tierna.

—Yo dudo, dijo el duque, que esta niña sencilla sirva para hacer en el gran mundo los honores de la casa: du-

do que tenga esa elegancia de maneras, ese tacto, ese aplomo necesarios en la alta sociedad: pero ¿que importa? pienso huir del gran mundo, porque me he convencido de que solo en el hogar doméstico es donde se halla la verdadera felicidad.

—Mi pobre amigo, repuso Miguel, diríase que tu destino es caer siempre en las exageraciones: antes te has entregado al mundo en cuerpo y alma: ahora quieres huir de él por completo: esto no es justo ni prudente, teniendo una esposa joven, huda, bien educada, y á la que está en tu mano dar ese barniz elegante y distinguido que temes le falte. no, amigo mio: no es la perpétua soledad, no es el aislamiento absoluto lo que conviene al amor: la casa parece mas agradable, cuando se disfruta alguna vez del bullicio de las fiestas: el sosiego es mas grato despues de la agitacion. Alicia sabrá, estoy seguro de ello, ser tan amable en un baile como en el interior de su casa: tiene lo que falta á todas las mujeres que caen: sólidos principios religiosos y una moral pura y grave, de la que un constante ejemplo ha hecho en ella una segunda naturaleza: la mujer que es buena cristiana, no cae jamas; ni se apodera nunca del hombre, que ha recibido una educación religiosa, ese hastio profundo y fatal, que habia llegado á hacer de tu vida un doloroso sueño, sin alegría en el presente, sin esperanza en el porvenir: creeme, debes presentar á tu esposa en el mundo, y lo antes posible, para que te convenzas de lo que vale: para ensayarlo, debes asistir ya á la fiesta que, segun me ha dicho tu mayordomo, va á dar en su quinta el marques de X...

—Por mí, no hay inconveniente, respondió Raimundo, cuyo carácter, antes violento y dominante, parecia haberse ablandado ahora cual la cera virgen, bajo el mágico poder del amor.

—Está bien, dijo Miguel, iremos á esa fiesta, que promete estar muy concurrida, y allí te convencerás de lo que vale tu mujer.

El coronel fué desde la habitación del duque á la de la duquesa, que se hallaba sola y triste.

—Amiga mía, le dijo, se va acercando la hora de la dicha.

Alicia sacudió la cabeza con tristeza y respondió:

—No espero esa hora bendita! ¡Ay, amigo mío! ¡si supiera vd. cuanto sufro para demostrar alegría cuando mi corazón está tan afligido! amo á mi esposo, y debo mirar este amor como una desgracia, y, como otro mal irreparable, el estar unida á él.

—Ni lo uno ni lo otro, contestó Miguel: Raimundo ha cambiado mucho.... ¡él la ama á vd.!

—¿A mí? ¿olvida vd. sus confianzas del pabellon?

—Y qué exclamó el coronel; ¿ninguna influencia concede vd. á una criatura buena, adorable, angelical y hermosa como vd. lo es? ¿Serian dotes inútiles la paciencia, la conformidad, la prudencia y la resignacion cristiana? ¿Serian virtudes ineficaces la caridad, la modestia, la piedad más candorosa y severa á la vez? No, amiga mía, Dios es justo y no puede dejar sin recompensa sus virtudes: los ruegos que ha dirigido vd. á su madre no han sido en vano: ella vela en el cielo por la felicidad de vd.: lea vd. esta carta.

Y Miguel dió á la duquesa la carta que Raimundo le habia escrito, y en la que le confesaba su amor hácia su esposa.

Alicia la leyó dos veces sin poder dar crédito á sus ojos: despues cayó de rodillas, elevó las manos y los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ¡gracias, madre mia!

—Creo, dijo el coronel, que este escrito destruye las confianzas que se me hicieron en el pabellon del jardin: hé aqui, amiga mía, el milagro que obran siempre la virtud y la dignidad de la mujer. Pero vamos á otra cosa: pasado mañana hay un baile en la quinta del marques de X.... procure vd. ponerse todo lo bonita posible, pues va vd. con su marido y conmigo.

—A un baile! ¡de luto! exclamó la jóven.

—Ya va á hacer seis meses que murió el duque, y algo tiene vd. que poner tambien para alcanzar por completo su dicha: ya que la ha visto á vd. buena, dulce y modesta, que la vea ahora bella y elegante: ya que ha halagado vd. su corazón, es fuerza que halague su vanidad.

X

Dos dias despues, y á eso de las nueve de la noche, entraba Alicia vestida de baile, en el salon donde la esperaban su esposo y el coronel.

Como ya iban á cumplirse los seis meses de la muerte de su abuelo, se habia aliviado el luto, y su traje se componia de crespon blanco y negro, y blondas de los dos colores: rosas blancas, perlas y brillantes formaban el tocado de la jóven, entrelazándose caprichosamente con hermosos rizos de sus cabellos castaños.

El duque pudo ver entonces una espalda hechicera y blanca, unos brazos de marfil hechos á torno, y, al entrar Alicia con rápido paso, un pieccecito de aña calzado de raso blanco.

La duquesa estaba encantadora: porque aquella duquesa de diez y siete años, fresca y risueña como una niña, en nada se parecia á las duquesas pintadas y llenas de rizos postizos que Raimundo habia visto en los salones franceses.

La alegría de saber que era amada de su marido: la de asistir al primer baile: la esperanza, la emocion, todo esto habia cubierto las blancas mejillas de la jóven de un sonrosado encantador.

Su aire, á la vez ingénuo y elegante, estaba lleno de gracia y distincion: entró sonriendo, y Martina tras ella con una capa de raso blanco, forrada y guarnecida de piel de armiño en el brazo.

—¿Qué tal? preguntó el coronel en voz baja al duque,

en tanto que el aya cubría con la capa á su jóven señora.

—¡Jamás la hubiera creído tan bella, tan elegante! contestó Raimundo en el mismo diapason.

—Pues repara en que muchos pueden ser de tu mismo parecer, y pide pronto la absolución.

Raimundo, al ver que su mujer esperaba, le ofreció el brazo y los tres bajaron para tomar el coche.

La quinta se hallaba desde el gran patio magníficamente decorada: alfombras, macetas llenas de flores, luces, todo esto se mezclaba en el ornato con una agradable confusión: una larga fila de coches se hallaba estacionada delante de la puerta principal.

El salón se hallaba asimismo iluminado con profusión, y le guarnecía armoniosamente una guirnalda de mujeres, la mayor parte jóvenes y engalanadas todas á porfía.

Pero excepto la marquesa, ama de la casa, todas las demás llevaban vestidos muy pasados de moda, y recargados de un modo ridículo, de adornos y de joyas.

Una mostraba, sobre un traje rosa, una túnica recogida con rosas amarillas; otra ostentaba en el peinado enormes plumas que se mecían como un penacho colosal: la mayor parte llevaban los trajes cortos y tenían los pies muy grandes, bien en contra de la exquisita elegancia que prescribe la larga cola y que procura ocultar la pequenez del pie.

Así, pues, la jóven duquesa, con su sencillo y elegante traje, con sus magníficos diamantes, repartidos con sobriedad, con su fresca y pura belleza, cayó allí como una estrella, cuyo brillo deslumbró á toda la parte masculina de la reunion.

Raimundo oía estas frases por todos lados:

—¡Qué bella es la duquesita!

—¡Qué elegante!

—¡Qué aire tan noble!

—¡Qué distinguidas maneras!

—Hé allí al vizconde de Fuentes, que también se halla en la fiesta, dijo el coronel á su amigo: parece que no ha olvidado el día en que, yendo nosotros de caza con él, el duque nos dió hospitalidad: repara con qué insistencia tan significativa está mirando á tu mujer.

El duque palideció: en efecto, el vizconde devoraba á Alicia con una mirada llena de entusiasmo.

Había motivo para ello: nadie hubiera podido sospechar en la cándida niña que vivía al lado de su abuelo, ruborizándose hasta de saludar; á la bella, á la encantadora jóven de tan graciosas y distinguidas maneras, y de un aire tan elegante.

Aprovechó el vizconde un momento en que la marquesa se había separado de Alicia y se acercó á ella para saludarla.

Hablaron algunos instantes, y al tocar la orquesta un vals, el duque les vió bailar en medio de la turba que llenaba el salón. Alicia sabía bailar; y de qué modo! una sílfide no pudiera moverse en las nubes impalpables del espacio, con una gracia mas casta y mas completa.

Fatigada á la segunda vuelta, ya del baile ó bien de las palabras que su pareja le decía en voz baja al oído, Alicia se detuvo sin afectación y dijo que se hallaba cansada.

Entonces el vizconde fué á saludar al duque, que le midió con una mirada de odio y de celos, pues ya no podía dudar del sentimiento de amor que le inspiraba su mujer.

—Muy callado has tenido tu casamiento, le dijo el vizconde con ironía: no lo sabía hasta que me lo han dicho aquí.

—No he dado parte á nadie, respondió Raimundo con frialdad.

—Sin embargo, aquí veo á Miguel.

—Con Miguel me unen los vínculos de una amistad muy estrecha.

—Así parecía me la profesabas á mí.

—Te equivocas. —Es tarde y me parece que la duquesa está algo fatigada, dijo el coronel interviniedo en la conversacion que ya iba tomando cierto aspecto peligroso.

—Vamos, respondió el duque. Y volviendo la espalda al vizconde, fué á ofrecer el brazo á su esposa y á despedirse de la marquesa, que, de pié á la puerta del salón con su marido, iba saludando á los que se retiraban.

Subieron al carruaje en silencio los dos esposos y el amigo, silencio que no se rompió hasta llegar á las tapias del cementerio.

Ya allí, el coronel mandó parar al cochero, y como si el guardian de la mansion de los muertos hubiera estado prevenido, la puerta se abrió de par en par.

—Entremos á rezar, dijo Miguel: quiero elevar al cielo una oracion por el alma del noble anciano á quien apenas conocí, pero cuyo recuerdo veneraba tanto.

Atravesaron los tres una de las calles de árboles, y el coronel y Alicia se arrodillaron ante el panteon de los duques de Santa Clara.

Raimundo, en vez de permanecer en pié como la vez primera, dobló tambien la rodilla, y una oracion brotó de sus labios.

¡Amaba! y el amor ahuyentaba todas las sombras del exepcticismo.

De repente, y en medio del silencio de la noche y del lugar, se elevó la voz de Miguel sonora y grave.

—¡Oh noble duque de Santa Clara! exclamó: ¡oh, tú, su buena y santa esposa! ¡oh tiernos padres de Alicia! bendecid desde el cielo, adonde vuestras virtudes os han conducido sin duda, la union de estas dos almas que vivian alejadas, y que el amor reúne! Vosotros veriais desde esos lugares de gloria, quizá con profundo dolor si es que el dolor cabe al lado del Supremo bien —que las bodas de vuestra hija eran solo una fórmula hasta hoy, y que Alicia vivia triste y sola; pero en adelante la vereis esposa

feliz y respetada, porque será esposa ejemplar, porque su virtud le ha conquistado el amor del que lleva ante los altares el título de esposo suyo! Alicia ha amado siempre á Raimundo! ¡el ha sido su primer amor y será el último! ¡Raimundo ha llegado á amar á Alicia con la fé ciega y llena de ternura del amor primero! Nobles sombras, bendecid desde el cielo esta tierna é indisoluble union!

Miguel, dichas estas palabras, tomó las manos de los jóvenes esposos y las unió á las suyas: aquellas manos se estrecharon tiernamente: despues Alicia abrió los brazos á su marido, que la estrechó contra su corazon.

—¡Esta es la union verdadera y sancionada por la paternal sonrisa de Dios! dijo el noble amigo: en tanto que los corazones no laten acordes, el lazo es un dogal.

—¡Tú me has redimido! exclamó el duque volviendo á abrazar á su esposa: tus modestas virtudes han avergonzado á mi ruin ociosidad, á mi rutinaria ceguedad para todo lo que era bello y bueno: la niña inocente sabia mas que el hombre de mundo, porque estaba guiada por la caridad y la religion: ¿como te pagaré yo, mi Alicia, el que me hayas enseñado el camino del trabajo, de la resignacion y de la felicidad?

—Llevándola á Madrid mañana, respondió el coronel: siguiendo el ejemplo que te dará constantemente de moderacion y de paciencia, y huyendo con horror, como ella, de la ociosidad, ese fatal cáncer del siglo que tantos desórdenes trae consigo y que ahoga todos los buenos instintos.



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF